

Índice

PRESENTACIÓN	3
HODGSON Y EL TERROR CÓSMICO LOVECRAFTIANO	4
PRELIMINAR	7
INTRODUCCIÓN AL MANUSCRITO	8
PESAR	10
EL HALLAZGO DEL MANUSCRITO	11
LA LLANURA DEL SILENCIO	18
LA CASA DE LA ARENA	22
LA TIERRA	26
LA BESTIA DEL POZO	28
LAS BESTIAS-CERDOS	32
EL ATAQUE	38
DESPUÉS DEL ATAQUE	41
EN LOS SÓTANOS	44
EL TIEMPO DE LA ESPERA	47
LA INSPECCIÓN DE LOS JARDINES	49
EL POZO SUBTERRÁNEO	53
LA TRAMPA DEL SÓTANO GRANDE	59
EL MAR DEL SUEÑO	62
EL RUMOR DE LA NOCHE	65
EL DESPERTAR	71
LA ROTACIÓN DECRECIENTE	75
LA ESTRELLA VERDE	79
EL FIN DEL SISTEMA SOLAR	84
LOS GLOBOS CELESTES	87
EL SOL OSCURO	89
LA NEBULOSA OSCURA	92
PEPPER	95
PISADAS EN EL JARDÍN	96
LA ENTIDAD DE LA ARENA	99
LA MANCHA LUMINOSA	104
CONCLUSIÓN	106

INTRODUCCIÓN AL MANUSCRITO

Muchas son las horas que he pasado meditando sobre la historia consignada en las páginas que siguen. Una y otra vez, en mi calidad de escritor, me he sentido tentado de (si me permitís acuñar tan feo vocablo) «literarizarlo»; pero confío en que mi instinto no esté equivocado al impulsarme a dejarlo en toda su simpleza, tal como me ha llegado a mí.

En cuanto al propio manuscrito, teníais que haberme visto, cuando me lo dieron para guardarlo, abrirlo con curiosidad y echarle una rápida y presurosa ojeada. Es un libro pequeño, pero grueso; todo él, salvo unas pocas páginas del final, repleto de una escritura curiosa, aunque legible, y de letra apretada. Ahora, mientras escribo, siento su olor raro, desvaído, húmedo en las ventanas de mi nariz, y mis dedos conservan el recuerdo subconsciente del tacto blando, «embarazoso», de sus páginas largo tiempo húmedas.

Recuerdo, con apenas un ligero esfuerzo, la primera impresión que me produjo su contenido: una impresión de cosa fantástica, formada de miradas casuales y de atención distraída.

Así que imaginadme confortablemente sentado, por la noche, haciéndonos compañía el grueso librito y yo, durante unas horas de descanso y de soledad. ¡El cambio que se operó en mis opiniones! Fue el surgimiento de una semicreencia. La aparente «fantasía» dio origen, para compensar mi despreocupada concentración, a un sistema poderoso y coherente de ideas que canalizó mi interés más firmemente que el mero esqueleto de la crónica o relato, sea lo que fuere, aunque confieso mi inclinación a utilizar el primero de los términos. Descubrí entonces una historia grande metida dentro de otra más pequeña: paradoja que no es tal paradoja.

Lo leí y, al leerlo, levanté el Telón de lo Imposible que ciega la mente, y me asomé a lo desconocido. Vagué entre las frases rígidas y bruscas; y no pude ya rechazar su tremenda eficacia narrativa; pues esta historia mutilada es capaz de plasmar, muchísimo mejor que mi ambiciosa fraseología, todo lo que el viejo Recluso de la desaparecida casa se había esforzado en contar.

Diré poco de la simple y correosa relación de cosas extraordinarias y preternaturales. La tenéis ante vosotros. La historia interior debe descubrirla personalmente cada lector, según su capacidad y deseo. Y aun cuando alguno no llegase a verla tal como la veo yo ahora, su sombría representación y concepción, a la que muy bien podría darle uno las admitidas denominaciones de Cielo e Infierno, puedo prometer, sin embargo, que experimentará ciertas oscuras emociones, aun tomando el relato como mero relato.

Una observación final, y dejaré de molestar. No puedo por menos de considerar la descripción de

los Globos Celestes como una sorprendente ilustración (¡cuan cerca he estado de decir «prueba»!) de la efectividad de nuestros pensamientos y emociones entre las Realidades. Pues, aparte de parecer sugerir la aniquilación de la duradera realidad de la Materia como eje y armazón de la Máquina de la Eternidad, que ilustra una de las concepciones de la existencia de mundos de pensamiento y emoción, que actúan juntamente con, y debidamente sometidos al, esquema de la creación material.

WILLIAM HOPE HODGSON
«Graneifion», Borth, Cardiganshire
17 de diciembre de 1907

PESAR¹

«¡Fiera hambre reina dentro de mi pecho,
Yo no había soñado que este mundo todo,
Que Dios estruja en sus manos, podía dar
Tan amarga esencia de inquietud,
Tanto dolor, como el que ahora aulla
Desde este espantoso corazón liberado!
•Cada aliento sollozante es sólo un grito,
Mis latidos redoblan de agonía
Y un solo pensamiento ocupa mi cerebro: ¡Que
nunca más en esta vida se tocarán (Salvo en el
dolor de la memoria)
Tus manos y las mías, porque no existes!
»A través del vacío de la noche te busco,
Y te llamo en mudo silencio;
Pero ya no estás, y el trono inmenso de la noche
Se transforma en iglesia
Y sus campanas-estrellas repican para mí, ¡El
más solitario en todos los espacios!
»Y, famélico, me arrastro hasta la orilla
Donde acaso me aguarde algún consuelo
Del eterno corazón del viejo Mar; {Pero,
oíd!, |de las solemnes profundidades, Las
voces lejanas del misterio
Parecen preguntar por qué nos separamos!
»Allá donde voy me encuentro solo,
Aunque una vez, al tenerte a ti, lo tuve todo.
Mi pecho es un dolor furioso Por todo
lo que fue, y ahora corre Al vacío donde
la vida se precipita,
¡Donde todo se pierde, y ya no vuelve a ser!»

¹ Estas estancias, redactadas a lápiz, las descubrí en un trozo de papel pegado en la guarda del Manuscrito. Parecen haber sido escritas en una fecha anterior al Manuscrito.

EL HALLAZGO DEL MANUSCRITO

Al oeste de Irlanda existe una pequeña aldehuela llamada Kraighten. Está situada, solitaria, al pie de una colina. En torno a ella se extiende una inmensa zona desértica, totalmente inhóspita, donde, aquí y allá, a trechos muy dispersos, pueden descubrirse las ruinas de alguna cabaña largo tiempo abandonada, sin techumbre, vacía. Toda la región está desnuda y despoblada; y la misma tierra apenas cubre la roca que yace debajo, que es abundante, y emerge del suelo en crestas que adoptan la forma del oleaje.

Sin embargo, a pesar de su desolación, mi amigo Tonnison y yo decidimos pasar allí nuestras vacaciones. Había sido él quien había visto este lugar casualmente, el año anterior, en el curso de un largo viaje a pie, y había descubierto las posibilidades, para el pescador, de un riachuelo sin nombre que atraviesa las afueras de la aldea.

He dicho que el río carece de nombre; puedo añadir que ninguno de los mapas que he consultado hasta ahora traen el pueblo ni el pequeño río. Parecen haber escapado enteramente a toda observación: en efecto, podían no haber existido nunca, a juzgar por lo que las guías corrientes nos dicen. Posiblemente, esto pueda explicarse por el hecho de que la estación de ferrocarril más próxima (Ardrahan) está a unas cuarenta millas de distancia.

Fue a primera hora de una calida noche cuando mi amigo y yo llegamos a Kraighten. Habíamos desembarcado en la estación de Ardrahan la noche anterior, y habíamos dormido en unas habitaciones que alquilamos en la oficina de correos del pueblo, y salimos a la mañana siguiente, mal encaramados a uno de esos típicos coches para excursiones.

Tardamos una jornada entera en efectuar este viaje, por uno de los caminos más escabrosos que se pueda imaginar, con el resultado de que estábamos completamente agotados y de mal humor. Sin embargo, teníamos que plantar la tienda y ordenar nuestras cosas, antes de poder pensar en comer o en descansar. Así que nos pusimos a trabajar, ayudados por nuestro cochero, y no tardamos en tener montada la tienda en un pequeño trozo de terreno de las afueras del pueblecito, muy cerca del río.

Luego, una vez guardadas todas nuestras pertenencias, despedimos al cochero, ya que debía emprender el regreso lo antes posible, diciéndole que volviese a recogernos a las dos semanas. Llevábamos suficientes provisiones para todo ese tiempo, y el agua la podíamos coger del río. No necesitábamos combustible, ya que incluimos una pequeña estufa de aceite en nuestro equipo, y el tiempo era cálido y agradable.

Fue idea de Tonnison acampar, en vez de buscar alojamiento en una de las casas. Como él dijo, no tenía gracia dormir en una habitación, con una numerosa familia de robustos irlandeses en un

rincón y la cochiguera en otro, mientras una andrajosa colonia de gallinas y pollos distribuía arriba sus bendiciones indiscriminadamente, en un ambiente tan lleno de humo de carbón, que te haría estornudar en cuanto metieras la cabeza por la puerta.

Tonnison había encendido ahora la estufa, y estaba ocupado en cortar lonchas de tocino y echarlas en la sartén; así que cogí la olla y bajé al río por agua. En el camino, tuve que pasar cerca de un grupo de lugareños que miraban con curiosidad, pero no de manera hostil, aunque ninguno me dirigió la palabra.

Al volver con mi olla llena, pasé junto a ellos, y tras dirigirles un saludo con un gesto de cabeza, al que contestaron de la misma manera, les pregunté al azar sobre la pesca; pero en vez de contestar, movieron negativamente la cabeza, en silencio, y se quedaron mirando. Repetí la pregunta, dirigiéndome más particularmente a un individuo alto y flaco que tenía junto a mi codo, pero tampoco obtuve respuesta. Entonces el hombre se volvió a un camarada, y le dijo algo rápidamente, en una lengua que yo no entendí; inmediatamente, toda la pequeña multitud empezó a parlotear en lo que, al cabo de unos momentos, adiviné que era irlandés puro, sin parar de mirar hacia mí. Durante un minuto, quizá, hablaron entre sí de este modo que digo; luego el hombre al que me había dirigido se volvió hacia mí, y me dijo algo. Por la expresión de su rostro, supuse que me preguntaba algo a su vez; pero ahora me tocó a mí negar con la cabeza, e indicarle que no comprendía qué era lo que quería saber; y así, nos estuvimos mirando el uno al otro, hasta que oí a Tonnison gritarme que me diese prisa con la olla. Entonces, con una sonrisa y un gesto de cabeza, le dejé, y la pequeña multitud sonrió y correspondió con otro gesto de asentimiento, aunque sus caras aún manifestaban perplejidad.

Era evidente, reflexionaba yo mientras me dirigía a la tienda, que los habitantes de estas cabañas del páramo no sabían una palabra de inglés; y cuando se lo dije a Tonnison, éste comentó que ya lo sabía; y más aún, que no era en absoluto un caso raro en esta parte del país, donde la gente vivía y moría a menudo en sus aisladas aldeas sin llegar a entrar jamás en contacto con el mundo exterior.

-Me habría gustado tener al cochero con nosotros, para que hubiese hecho de intérprete, antes de marcharse -observé, mientras nos sentábamos a comer-. Les resultará muy extraño a las gentes de este lugar no saber siquiera a qué hemos venido.

Tonnison gruñó un asentimiento, y a continuación se quedó callado durante un rato.

Más tarde, una vez saciado algo nuestro apetito, empezamos a hablar, haciendo planes para la mañana siguiente; luego, tras fumar un rato, cerramos las solapas de la tienda, y nos dispusimos a dormir.

-¿Crees que hay posibilidad de que estos individuos cojan nada? -pregunté, mientras nos envolvíamos en nuestras mantas.

Tonnison dijo que no lo creía, al menos mientras estuviésemos nosotros cerca; y mientras seguía con sus explicaciones, pudimos cerrar todo, salvo la propia tienda, en el gran cofre que habíamos traído para guardar las provisiones. Coincidió con él, y no tardamos en dormirnos los dos.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano y fuimos a bañarnos al río; después de lo cual nos vestimos y desayunamos. Luego sacamos nuestros avíos de pesca y los repasamos; ordenamos un poco los enseres del desayuno, lo guardamos todo en la tienda, y nos encaminamos hacia el lugar que mi amigo había explorado en su visita anterior.

Durante el día tuvimos suerte en la pesca; nos dedicamos a remontar constantemente la corriente, y hacia el atardecer teníamos una de las más preciosas cestas de pescado que yo había visto en mucho tiempo. De regreso al pueblo, preparamos una buena comida con los trofeos del día; después de lo cual, y tras seleccionar unos cuantos de los más bellos pescados para nuestro desayuno, regalamos el resto al grupo de aldeanos que se había congregado a respetuosa distancia para ver lo que hacíamos. Se mostraron indeciblemente agradecidos, y derramaron infinidad de bendiciones irlandesas, según me pareció a mí, sobre nuestras cabezas.

Así pasamos varios días, disfrutando de un espléndido deporte y de un enorme apetito que hacía justicia a nuestras capturas. Tuvimos la satisfacción de ver que los lugareños se mostraban muy serviciales, y que no se habían atrevido a tocar nuestras cosas mientras estuvimos ausentes.

Llegamos a Kraghten un martes, y sería el domingo siguiente cuando hicimos un gran descubrimiento. Hasta entonces habíamos ido siempre río arriba; ese día, sin embargo, dejamos a un lado nuestras cañas; cogimos algunas provisiones, y emprendimos una larga excursión en dirección contraria. El día era cálido, y caminamos sin prisa, deteniéndonos hacia mediodía para almorzar sobre una gran roca plana próxima a la orilla del río. Después, permanecemos sentados y fumamos un rato, reanudando nuestra marcha sólo cuando nos cansamos de estar sentados.

Durante quizá otra hora, seguimos andando, charlando tranquila y agradablemente sobre temas diversos, y en varias ocasiones nos detuvimos para que mi compañero -que es un poco artista- tomase ligeros apuntes de algún aspecto sorprendente del agreste paisaje.

Y entonces, sin previo aviso, el río que seguíamos tan confiadamente, terminó de súbito, desapareciendo bajo tierra.

-¡Dios mío! -dije-, ¿quién lo iba a suponer?

Y me quedé mudo de asombro; luego me volví a Tonnison. Estaba mirando, con una expresión vacía en su rostro, el lugar donde el río desaparecía.

Un instante después, dijo:

-Sigamos un poco; puede que reaparezca otra vez..., de cualquier modo, vale la pena comprobarlo.

Asentí, y reanudamos la marcha, una vez más, aunque un poco a la ventura; pues no sabíamos en qué dirección continuar nuestra búsqueda. Proseguimos durante una milla tal vez; luego Tonnison, que había estado mirando los alrededores con curiosidad, se detuvo y se protegió los ojos haciéndose sombra.

-¡Mira! -dijo, al cabo de un momento-, ¿no hay una bruma o lo que sea, allá a la derecha, a la altura de aquella enorme roca? -y señaló con la mano.

Miré, y un minuto después me pareció ver algo, aunque no estaba seguro, y se lo dije.

-De todos modos -dijo mi amigo- iremos hasta allí y echaremos un vistazo -y emprendió la marcha en la dirección que había indicado, conmigo detrás. Poco después nos adentramos en una zona de arbustos, y coronamos la escarpada margen, desde la que descubrimos un paraje agreste lleno de árboles y vegetación—. Parece como si hubiésemos dado con un oasis en este desierto de piedra -

murmuró Tonnison, mientras contemplaba el panorama interesadamente. Luego se quedó callado, con los ojos fijos; y yo miré también; pues de algún punto del centro de la boscosa depresión se elevaba en el aire quieto una gran columna de bruma o agua pulverizada, sobre la que incidía el sol, componiendo innumerables arcoiris.

-¡Qué maravilloso! -exclamé.

-Sí -convino Tonnison, pensativo-. Debe de haber una catarata o algo parecido allí. Quizá sea nuestro río que sale a la luz otra vez. Vamos a ver.

Nos abrimos paso pendiente abajo, y nos internamos entre los árboles y matorrales. Los arbustos formaban una maraña espesa, y los árboles se cerraban por encima de nosotros, de forma que el lugar resultaba desagradablemente sombrío. Pero no estaba lo bastante oscuro como para ocultarme el hecho de que muchos de los árboles eran frutales, y que, aquí y allá, podían distinguirse vagamente vestigios de un cultivo desaparecido hacía mucho tiempo. De tal modo que se me ocurrió que nos estábamos abriendo paso en la lujuriente maraña de un inmenso y antiguo jardín. Se lo dije a Tonnison, y coincidió en que, efectivamente, todo indicaba que era así.

¡Qué lugar tan tétrico y oscuro! De alguna manera, mientras avanzábamos, se fue apoderando de mí una sensación extraña, ante la silenciosa soledad y abandono del viejo jardín, y tuve un escalofrío. Uno podía imaginarse extraños seres acechando entre los espesos arbustos; mientras, en la misma atmósfera del lugar, parecía percibirse algo pavoroso. Creo que Tonnison era consciente de esto, también, aunque no decía nada.

De repente, nos detuvimos. A través de los árboles, había llegado a nuestros oídos un rumor distante. Tonnison se inclinó hacia adelante, y prestó atención. Ahora lo pude oír más claramente; era continuo y áspero..., una especie de rugido ronco, que parecía provenir de muy lejos. Experimenté una vaga, indescriptible sensación de nerviosismo. ¿En qué clase de lugar nos habíamos metido? Miré a mi compañero para ver qué pensaba, pero su cara sólo reflejaba perplejidad; y entonces, mientras leía en su semblante, afloró a él una expresión de comprensión, y asintió con la cabeza.

-Es una catarata -exclamó con convicción-. Ahora reconozco el ruido -y empezó a abrirse paso vigorosamente entre los matorrales, en dirección al rumor.

A medida que avanzábamos, el ruido se fue haciendo más claro, lo que indicaba que caminábamos directamente hacia él. Invariablemente, el rugido creció y creció, más cerca cada vez, hasta que, como comentó Tonnison, casi pareció brotar de debajo mismo de nuestros pies..., aunque seguíamos rodeados de árboles y de matorrales.

-¡Cuidado! -me gritó Tonnison-. ¡Mira dónde pisas!

De pronto, salimos de entre los árboles a un gran espacio despejado, donde, a menos de seis pasos de nosotros, se abría la boca de un tremendo precipicio, desde cuyas profundidades parecía emerger el ruido, junto con la continua nube de agua pulverizada que habíamos divisado desde lo alto del lejano ribazo.

Durante un minuto entero permanecemos en silencio, contemplando embobados el espectáculo; luego mi amigo avanzó cautelosamente hasta el borde del abismo. Le seguí, y nos asomamos juntos, en medio de la nube hirviente, a una catarata monstruosa de agua espumeante que saltaba

desde el costado del precipicio, a una treintena de metros por debajo de nosotros, para reventar en el fondo.

-¡Dios mío! -exclamó Tonnison.

Yo guardé silencio, impresionado. El espectáculo era inesperadamente grandioso y sobrecogedor; aunque esta última cualidad se me hizo más patente más adelante.

Luego alcé los ojos hacia el otro lado del precipicio. Allá, por encima de la nebulosa, se erguía una oscura silueta: parecían restos de unas ruinas enormes. Toqué a Tonnison en el hombro. Este miró sobresaltado en torno suyo, y yo le señalé la silueta. Su mirada siguió mi dedo, y sus ojos se iluminaron con un súbito destello de excitación, cuando tropezaron con ella.

-¡Vamos! -gritó por encima del tumulto-. Le echaremos un vistazo. Hay algo raro en este lugar; lo siento hasta en los huesos -y nos pusimos en marcha, rodeando el borde de aquella especie de cráter. A medida que nos acercábamos a este nuevo lugar, fui comprobando que no me había equivocado en mi primera impresión: era indudablemente parte de las ruinas de un edificio; sin embargo, ahora veía que no estaba construido en el borde del abismo, como había supuesto al principio, sino que estaba encaramado casi en el último extremo de un gigantesco espolón rocoso que sobresalía unos quince o veinte metros por encima del abismo. De hecho, la mellada mole de ruinas se encontraba suspendida en el aire.

Al llegar al otro lado, nos dirigimos hacia el saliente del espolón, y debo confesar que experimenté una insoportable sensación de terror al asomarme desde aquella vertiginosa cornisa a las oscuras profundidades de abajo..., de las que se elevaban el tronar de la catarata y el sudario de agua pulverenta. Al llegar a las ruinas, trepamos cautelosamente a su alrededor, y en el extremo más alejado nos tropezamos con un montón de piedras y bloques desprendidos. Tras examinar minuciosamente estos restos, comprendí que eran parte del muro exterior de alguna construcción prodigiosa: era un muro enormemente grueso, y sólidamente edificado. Sin embargo, ni se me ocurría qué función pudo desempeñar en semejante sitio. ¿Dónde estaba el resto de la casa, o castillo, o lo que hubiese sido?

Regresé a la parte exterior del muro, y de aquí al borde del precipicio, dejando a Tonnison hurgando sistemáticamente entre el montón de piedras y escombros del otro lado. Empecé a examinar la superficie del terreno, cerca del borde del abismo, para averiguar si quedaban más restos del edificio al que evidentemente pertenecían éstos. Pero aunque lo hice con el mayor cuidado, no pude descubrir vestigio alguno que indicase que se había alzado un edificio en este lugar, de modo que me sentí más confundido que nunca.

Entonces oí el grito de Tonnison; me llamaba, excitado, y eché a correr sin dilación por el promontorio rocoso de las ruinas. Primero pensé que se había hecho daño; luego se me ocurrió que quizá había descubierto algo.

Llegué a la pared desmoronada, y di la vuelta a su alrededor. Encontré a Tonnison de pie, dentro de una pequeña excavación que había hecho entre los escombros: le estaba quitando el barro a algo que parecía un libro, muy arrugado y deteriorado, y abría la boca intermitentemente para rugir mi nombre. Tan pronto como vio que ya había llegado, me tendió el botín, diciéndome que lo guardase en mi mochila, mientras él continuaba sus excavaciones. Lo hice así, aunque no sin deslizar antes mis dedos entre sus páginas, y notar que estaban repletas de una escritura cuidadosa, anticuada, completamente legible, salvo en una parte que tenía las páginas casi del todo estropeadas; estaban

embarradas y arrugadas, como si hubiese quedado doblado por esa parte. Según me dijo Tonnison, así era como lo había encontrado, en realidad, y el deterioro se debía, sin duda, al derrumbamiento de la albañilería sobre dicha parte abierta. Curiosamente, sin embargo, el libro estaba bastante seco, lo que imagino se debía a haber estado muy bien enterrado entre las ruinas.

Después de poner a salvo el libro, bajé y eché una mano a Tonnison en su autoimpuesta tarea de excavar; sin embargo, a pesar de que estuvimos trabajando denodadamente más de una hora revolviendo el rimero de piedras y cascotes amontonados, sólo dimos con unos trozos de madera, que podían haber sido parte de un escritorio o mesa; así que dejamos de buscar, y retrocedimos por la roca hasta la seguridad del terreno firme.

Seguidamente, dimos un rodeo completo al tremendo abismo que, según pudimos observar, tenía la forma de un círculo casi perfecto, salvo en el lugar donde sobresalía el espolón rocoso coronado por las ruinas, el cual rompía la simetría.

El abismo, como comentó Tonnison, no parecía otra cosa que una gigantesca sima o pozo que penetraba profundamente en las entrañas de la tierra.

Durante algún tiempo más, seguimos mirando a nuestro alrededor; descubrimos un espacio despejado al norte del precipicio, y dirigimos nuestros pasos en esa dirección.

Allí, a unos centenares de metros de la boca del imponente pozo, encontramos un gran lago de aguas silenciosas..., es decir, silenciosas salvo en un lugar, donde había un constante burbujeo y gorgoteo.

Ahora, lejos del ruido de la ensordecedora catarata, pudimos oírnos el uno al otro sin tener que gritar a voz en cuello; y le pregunté qué pensaba del lugar; por mi parte, le dije que no me gustaba, y que cuanto antes nos marcháramos, mejor.

El asintió, y miró furtivamente hacia el bosque que habíamos dejado atrás. Le pregunté si había visto u oído algo. No contestó; pero se quedó callado, como escuchando, y yo guardé silencio también.

De repente, habló.

-¡Mira! -dijo vivamente. Le miré a él, y luego me volví hacia los árboles y arbustos, conteniendo el aliento involuntariamente. Transcurrió un minuto de tenso silencio; sin embargo, no pude oír nada, y me volví a Tonnison para decírselo; y entonces, cuando ya había abierto la boca para hablar, se oyó un extraño lamento en el bosque, a nuestra izquierda... Pareció propagarse entre los árboles, hubo luego un susurrar de hojas, y, luego silencio

Tonnison se echó a hablar acto seguido. Me puso la mano en el hombro.

-Vayámonos -dijo; y camino lentamente en la dirección en la que la espesura de los árboles y matorrales parecía menos densa. Mientras le seguía, observé de repente que el sol estaba cerca del horizonte, y que había en la atmósfera no sé qué cosa glacial y acre.

Tonnison no dijo nada más, sino que siguió andando sin aminorar la marcha. Ahora avanzábamos entre los árboles, y yo miraba a mi alrededor, nervioso; pero no se veía nada, salvo ramas inmóviles, y troncos y arbustos enmarañados. Seguimos caminando; ningún ruido quebraba el

silencio, a no ser el ocasional chasquido de alguna ramita bajo nuestros pies, a nuestro paso. Sin embargo, a pesar de la quietud, iba yo con la horrible sensación de que no estábamos solos; y me pegué tanto a Tonnison, que le pisé dos veces los talones. En dos minutos, llegamos a los confines del bosque, saliendo finalmente a la desnudez roqueña del campo. Sólo entonces fui capaz de desechar el miedo opresivo que me había dominado en el interior de aquella floresta.

Y mientras nos alejábamos, me pareció oír otra vez un lamento lejano, y me dije a mí mismo que era sin duda el viento..., aunque esa tarde no había soplado la más leve brisa.

Ahora Tonnison empezó a hablar.

-Mira -dijo con decisión-, no pasaría yo una noche en ese lugar ni por todo el oro del mundo. Reina algo impío..., diabólico. Lo he sentido de pronto, justo después de hablar tú. Me ha parecido que el bosque estaba lleno de seres perversos. ¿A ti también?

-Sí -contesté, y miré hacia atrás; pero ahora el bosque estaba oculto por una elevación del terreno-. Tenemos el libro -dije, y puse una mano sobre la mochila.

-¿Lo has guardado bien? —preguntó, con un súbito acceso de ansiedad.

-Sí -respondí.

-Tal vez -prosiguió mi amigo- nos enteremos de algo por él, cuando volvamos a la tienda. Será mejor que nos demos prisa; nos queda aún un largo camino, y no quisiera que nos cogiese aquí la noche.

Dos horas más tarde llegábamos a la tienda; y acto seguido nos pusimos a preparar la cena, pues no habíamos tomado nada desde nuestro almuerzo.

Terminada la cena, recogimos las cosas y encendimos nuestras pipas. Entonces Tonnison me pidió que sacase el manuscrito de la mochila. Así lo hice; y como no lo podíamos leer los dos al mismo tiempo, sugirió que lo leyese yo en voz alta.

-Y procura -me previno, conociendo mis tendencias- no saltarte la mitad del libro.

Aunque de haber tenido él idea de su contenido, se habría dado cuenta de lo innecesaria que era tal advertencia, por esta vez al menos. Y allí, sentados en la abertura de nuestra pequeña tienda, empecé el extraño relato de La Casa en el confín de la Tierra (pues tal era el título del manuscrito), que ahora se narra en las páginas siguientes.

LA LLANURA DEL SILENCIO

«Soy un anciano. Aquí vivo, en esta antigua casa, rodeada de jardines enormes y descuidados.

»Los campesinos que habitan en el páramo dicen que estoy loco. Lo dicen porque no mantengo relaciones con ellos. Vivo aquí solo con mi vieja hermana, que es también mi ama de llaves. No tengo criados..., los odio. Tengo un amigo, un perro; sí, prefiero mil veces al viejo Pepper que al resto de la creación junta. El, al menos, me comprende, y tiene la discreción de dejarme en paz cuando estoy de mal humor.

»He decidido empezar una especie de diario; esto me permitirá dar expresión a algunos pensamientos y sentimientos que no puedo manifestar a nadie; aparte de esto, estoy impaciente por anotar todas las cosas extrañas que he visto y oído a lo largo de los muchos años de soledad que he pasado en este misterioso edificio.

»Durante un par de siglos, esta casa ha tenido mala fama; y hasta que la compré, hacía más de ochenta años que nadie había vivido en ella; así que conseguí esta finca por un precio ridículamente pequeño.

»No soy supersticioso, pero he dejado de negar que suceden cosas en este caserón; cosas que no puedo explicar; por eso, siento la necesidad de desahogar mi espíritu escribiendo una relación de todas ellas, lo mejor que sepa; aunque sé que si alguna vez alguien lee esto, mi diario, después de mi muerte, hará un gesto de desdén, y quedará aún más convencido de que yo estaba loco.

»¡Qué antigua es esta casa!; aunque me sorprende menos su vetustez, quizá, que la rareza de su construcción, que es fantástica y extraña en grado extremo. En ella predominan pequeñas torres curvas y pináculos, cuyas siluetas sugieren llamas inquietas, mientras que el cuerpo del edificio tiene la forma de círculo.

»He oído decir que existe una vieja historia, entre las gentes de la región, sobre que fue el diablo quien construyó esta mansión. Pero que digan lo que quieran. Ni sé si es cierto ni me importa; aunque puede que eso contribuyera a abaratarla, antes de venir yo.

»He estado viviendo aquí unos diez años, antes de ver alguna cosa que me confirmase suficientemente las historias que circulaban en la vecindad sobre esta casa. Es cierto que, en lo menos una docena de ocasiones, había visto vagamente cosas que me desconcertaron; aunque quizá, más que verlas, llegué a sentirlas. Luego, con el paso de los años que me fueron envejeciendo, llegué a percibir algo invisible, aunque inequívocamente presente, en las

habitaciones vacías y los corredores. Sin embargo, como digo, pasaron muchos años, antes de tener una manifestación real de lo -como suelen llamarlo- sobrenatural.

»No era la Noche de Difuntos. Si tuviese intención de contar un cuento para divertirme, probablemente lo situaría en esa noche excepcional; pero esto es una crónica verdadera de mis propias experiencias, y no pondría la pluma sobre el papel para divertir a nadie. No, fue pasada la medianoche en la madrugada del 21 de enero. Yo estaba sentado, leyendo en mi estudio, como suelo tener por costumbre. Pepper dormía tendido, cerca de mi butaca.

«Inesperadamente, las llamas de las dos velas disminuyeron, y luego adquirieron un resplandor verdoso, espectral. Alcé la vista rápidamente y en ese momento las vi menguar aún más y adquirir una coloración rojiza mortecina; de forma que la habitación quedó inundada de un extraño, pesado parpadeo carmesí que daba a las sombras, detrás de las sillas y las mesas, una negrura aún más profunda; y cada vez que las llamas se estremecían era como si un flujo de sangre luminosa salpicase la habitación.

»En el suelo, oí un débil gemido asustado y algo se acurrucó entre mis pies. Era Pepper, que buscaba refugio bajo mi bata. ¡Pepper, que normalmente era bravo como un león!

»Fue este movimiento del perro, creo, lo que me hizo sentir la primera punzada de miedo real. Me asusté bastante cuando la luz de las velas se volvió verde, y luego roja. Pero sólo fugazmente, al pensar que el cambio se debía a la presencia de algún gas nocivo en la habitación. Luego, sin embargo, vi que no era eso; pues las velas ardían con una llama viva y firme, y no daban muestras de ir a apagarse, como habría sido el caso de haber emanaciones en la atmósfera.

»No me moví. Me sentía seriamente asustado; pero no fui capaz de pensar otra cosa que esperar. Durante un minuto, quizá, mis ojos recorrieron la habitación nerviosamente. Luego observé que las llamas habían empezado a debilitarse muy lentamente; hasta que, al poco tiempo, se convirtieron en dos diminutas brasas de fuego rojo, como dos destellos de rubíes en la oscuridad. Sin embargo, seguí sentado, mientras una especie de soñolienta indiferencia parecía apoderarse de mis sentidos, disipando el miedo que había empezado a atenazarme.

«Allá, en el rincón más alejado de esta enorme habitación, me pareció notar una débil lucecilla. Fue aumentando progresivamente, hasta llenar la estancia con los centelleos de una luz verde y temblorosa; luego disminuyó rápidamente, y cambió -lo mismo que las llamas de las velas- a un rojo oscuro, sombrío, que se volvió más vivo e iluminó la habitación con una oleada de espantoso resplandor.

»La luz provenía del muro del fondo, y se hizo cada vez más brillante, hasta que su intolerable luminosidad me hizo daño en los ojos y los cerré involuntariamente. Transcurrieron unos segundos, antes de poder abrirlos otra vez. Lo primero que noté entonces fue que la luz había disminuido sensiblemente, de modo que ya no tuve necesidad de forzar la vista. Luego, mientras seguía apagándose, me di cuenta de que, en vez de contemplar su rojiza coloración, estaba mirando a través de ella, y a través de la misma pared. .

«Gradualmente, a medida que me acostumbraba a la idea, me iba dando cuenta de que me asomaba a una inmensa llanura, iluminada por la misma sombría luz crepuscular que inundaba la habitación. La inmensidad de esta llanura era inconcebible. No podía divisar en parte alguna sus confines. Parecía dilatarse de tal modo, que la vista no alcanzaba a divisar límite alguno. Lentamente, los

detalles más próximos comenzaron a hacerse más distintos; luego, casi instantáneamente, se extinguió la luz, y la visión -sí es que era visión- se debilitó y desapareció.

»De súbito, me di cuenta de que ya no estaba sentado en la silla. En vez de eso, me hallaba suspendido en el aire, por encima de ella, y miraba hacia abajo, hacia algo confuso, arrebujado y silente. Un momento después, un soplo de aire frío me arrastró, y me sentí impelido hacia la noche, flotando como una burbuja en medio de la oscuridad. Un intenso frío me envolvió inmediatamente, y me hizo estremecer.

»Un rato después, miré a derecha e izquierda, y vi la insoportable negrura de la noche, acribillada de remotos resplandores de fuego. Seguía desplazándome hacia arriba, hacia el exterior. Una de las veces, miré hacia atrás, y vi la tierra como un pequeño creciente azulenco, que se iba perdiendo atrás, a mi izquierda. Más allá, el sol, como una salpicadura de llama blanca, ardía vivamente sobre las tinieblas.

«Pasó un tiempo indefinido. Luego, por última vez, vi la tierra: era un glóbulo de resplandeciente azul, nadando en una eternidad de éter. Y yo, frágil mota de polvo inmaterial, flotando silencioso en el vacío, me alejaba de aquel azul lejano en dirección al espacio desconocido.

»Me parecía que había transcurrido un largo intervalo. Ahora no veía ya nada en parte alguna. Había rebasado el último confin de las estrellas fijas, y me precipitaba en la inmensa negrura del otro lado. Durante todo este tiempo, había experimentado pocas cosas, aparte de una sensación de ligereza y fría incomodidad. Ahora, en cambio, la atroz oscuridad parecía penetrar en mi alma, y llenarme de miedo y desesperación. ¿Qué iba a ser de mí? ¿Adonde iría a parar? En el instante mismo en que me vinieron estos pensamientos, empezó a tomar forma, sobre la impalpable tiniebla que me envolvía, un débil matiz de sangre. Parecía extraordinariamente remoto y brumoso; sin embargo, se me alivió la sensación de opresión, y ya no me sentí desesperado.

«Lentamente, la distante coloración rojiza se hizo más clara y amplia; hasta que, al acercarme más, se dilató en un enorme, apagado resplandor opaco. Y seguí desplazándome hasta que me aproximé tanto, que pareció extenderse por debajo de mí como un gran océano de rojo oscuro. Poco era lo que podía ver, salvo que parecía ensancharse interminablemente en todas direcciones.

»Tiempo después, observé que descendía hacia él; y poco después, me sumergí en un inmenso mar de nubes tenebrosas y rojizas. Lentamente, salí de ellas; y allá, por debajo de mí, divisé la prodigiosa llanura que yo había visto desde mi habitación, en esta casa que se alza al borde de los Silencios.

»Aterricé poco después, y me encontré rodeado de un gran desierto de soledad. El lugar estaba iluminado por un resplandor crepuscular que confería una indescriptible sensación de desolación.

»Allá lejos en el cielo, a mi derecha, ardía un gigantesco anillo de fuego rojo opaco de cuyo borde exterior se proyectaban inmensas llamaradas contorsionantes, puntiagudas, desgarradas. El interior de este anillo era negro, negro como la oscuridad de la noche exterior. Comprendí inmediatamente que era de este extraordinario sol de donde esta región recibía su lúgubre luz.

«Aparté los ojos de aquella extraña fuente de luz, y miré nuevamente a mi alrededor. Allí donde dirigía la vista, no veía sino la misma invariable monotonía de la interminable llanura. En ninguna parte podía divisar vestigio alguno de vida; ni siquiera las ruinas de alguna antigua morada.

»Gradualmente, me di cuenta de que me desplazaba flotando por encima de la lisa inmensidad. Durante lo que me pareció una eternidad, seguí deslizándome en la misma dirección. No sentía gran impaciencia, aunque no dejaba de experimentar cierta curiosidad, y un enorme asombro. A mi alrededor veía siempre la infinita llanura; y no cesaba de buscar algo nuevo que rompiera su monotonía; pero no veía variación de ningún género: sólo soledad, silencio y desierto.

»Poco después, de manera semiconsciente, descubrí una bruma tenue, sonrosada, que se extendía sobre su superficie. Ni aun después de mirar atentamente, fui capaz de determinar si era bruma en realidad, pues parecía mezclarse con la llanura, confiriéndole una rara irrealidad, y una sensación de inconsistencia.

»Poco a poco, empecé a cansarme de esta monotonía. Sin embargo, transcurrió bastante tiempo antes de que percibiese algún indicio del lugar hacia el que estaba siendo arrastrado.

»Al principio, lo vi, muy lejano aún, como una colina alargada en la superficie de la Llanura. Luego, a medida que me aproximaba, me di cuenta de que me había equivocado; pues en vez de colina, resultó ser una cadena de grandes montañas, cuyos remotos picos se alzaban en el rojo crepúsculo, hasta perderse casi de vista.

LA CASA DE LA ARENA

»Y así, algún tiempo después, llegué a las montañas. Luego el curso de mi viaje se alteró, y empecé a desplazarme cerca de la falda de la cordillera, hasta que, de repente, llegué a una gigantesca hendidura abierta en las montañas. Me sentí impelido hacia ella, y empecé a recorrerla a no mucha velocidad. A uno y otro lado, se alzaban inmensas, escarpadas paredes verticales de materia rocosa. Allá, en lo alto, distinguí una tenue franja rojiza, donde se abría el precipicio entre picos inaccesibles. El interior era oscuro, profundo, lúgubre, escalofriantemente silencioso. Seguí avanzando durante un tiempo, y luego, finalmente, vi ante mí un resplandor rojo oscuro, el cual me indicó la proximidad de la otra abertura del desfiladero.

»Un instante después, llegué a la salida de la hendidura, desembocando en un gigantesco anfiteatro de montañas. Sin embargo, me fijé poco en las montañas y la terrible magnificencia del lugar; pues me sentí confundido de asombro al descubrir, a unas millas de distancia, y ocupando el centro de la arena, un gran edificio construido, al parecer, en jade verde. Sin embargo, en sí, no era el descubrimiento de esta construcción lo que me dejó estupefacto, sino el hecho de que, a medida que lo veía con más claridad, comprobaba que no se diferenciaba en ningún detalle -salvo en el color y en las enormes proporciones- de la solitaria mole de esta casa en que vivo.

»Durante un rato, seguí contemplándola fijamente, sin creer apenas lo que tenía delante de los ojos. En mi mente se formuló una pregunta, que ya se repitió de manera incesante: "¿Qué significa? ¿Qué significa?", aunque sin poder encontrar una respuesta, aun en las profundidades de mi imaginación. Sólo me sentía capaz de asombrarme y de temer. Seguí mirando largo rato, reparando continuamente en nuevos detalles coincidentes que me llamaban la atención. Por último, cansado y dolorosamente confundido, aparté la vista para contemplar el resto del extraño lugar en que me había metido.

»Hasta ahora, había estado tan absorto examinando la Casa, que sólo había echado una ojeada muy somera a mi alrededor. Ahora, al hacerlo más detenidamente, empecé a darme cuenta de la naturaleza del lugar al que había llegado; la arena, pues así la he denominado, parecía un círculo perfecto de unas diez o doce millas de diámetro, cuyo centro, como he dicho antes, estaba ocupado por la Casa. Su superficie, al igual que la de la Llanura, tenía un aspecto singular, brumoso, aunque no había bruma de ninguna clase.

»Tras una rápida inspección, mis ojos se alzaron rápidamente hacia arriba, recorriendo las laderas de las montañas circundantes. ¡Qué silenciosas estaban! Creo que esta abominable quietud era lo más agobiante de cuanto había visto o imaginado. Ante mí tenía ahora los grandes despeñaderos

que se elevaban altísimos. Allá arriba, la impalpable coloración rojiza daba un aspecto borroso a todas las cosas.

»Y entonces, mientras miraba, curioso, me asaltó un nuevo terror; allá, entre los confusos picos que tenía a mi derecha, divisé una forma inmensa, negra, gigantesca. Comenzó a aumentar ante mis ojos. Tenía una enorme cabeza como de asno, con unas orejas gigantescas, y parecía mirar fijamente hacia la arena. Había algo en su actitud que parecía delatar una eterna vigilancia: como si defendiese este terrible lugar desde hacía incontables eternidades. Lentamente, el monstruo se me hizo más distinto; luego, súbitamente, mi mirada saltó de él a algo más lejano, arriba entre los riscos. Durante un largo minuto, me quedé aterrado. Me sentía extrañamente consciente de algo no del todo desconocido, de algo que se había agitado en el trasfondo de mi mente. El ser era negro, y tenía cuatro brazos grotescos. No se veía bien su semblante. En torno a su cuello descubrí varios objetos de color muy claro. Los detalles se fueron haciendo poco a poco más claros, y descubrí con un estremecimiento que eran calaveras. Mucho más abajo, su cuerpo tenía otro cinturón envolvente, menos oscuro sobre su tronco negro. Y mientras me esforzaba por saber qué era aquello, un recuerdo se deslizó en mi mente, y al punto, comprendí que se trataba de una monstruosa representación de Kali, la diosa de la muerte.

»Otros recuerdos de mis viejos tiempos de estudiante afluyeron a mi pensamiento. Mi mirada volvió a la enorme Entidad de cabeza de asno. Instantáneamente, reconocí al antiguo dios egipcio Set, el Destructor de Almas. Con este reconocimiento, me sobrevino una pregunta impensada: "¿Son dos de...!" Me detuve, y me esforcé en pensar. Estos seres inimaginables escrutaban mi espíritu sobrecogido. Los vi oscuramente. ¡Eran los viejos dioses de la mitología! Traté de comprender hacia qué apuntaba todo. Mi mirada quedó prendida alternadamente entre los dos. ¡Sí...!

»De pronto se me ocurrió una idea, y me volví; miré rápidamente hacia arriba, hacia los tétricos despeñaderos de mi izquierda. Algo asomaba bajo un gran pico; una silueta grisácea. Me pregunté cómo no la había visto antes, y recordé que aún no me había vuelto a mirar esa parte del escenario. Ahora la veía más claramente. Era, como he dicho, grisácea. Tenía una cabeza tremenda; pero sin ojos: la parte de la cara que correspondía a los ojos, la tenía vacía.

»Y había otros seres, allá entre las montañas. Más lejos, reclinada sobre una altísima cornisa, distinguí una masa lívida, grotesca y espantosa. Parecía carecer de forma, a excepción de un rostro inmundado y semibestial que miraba, repugnante, desde su centro más o menos. Luego vi otros...; los había a centenares. Parecían surgir de las sombras. A algunos los reconocí casi inmediatamente, como deidades mitológicas; otros me eran extraños, absolutamente extraños, más allá de la capacidad de la concepción humana.

»Miré a uno y otro lado, y vi más y más. Las montañas rebosaban de seres extraños: Dioses-bestias, Horrores tan atroces y deformes, que la cordura y la decencia se niegan a todo intento de descripción. Y yo..., yo me sentí invadido de un horror, una náusea y una repugnancia insoportables; sin embargo, a pesar de todo, estaba sumamente maravillado. ¿Había entonces, en definitiva, en los antiguos cultos paganos, algo más que una mera deificación de hombres, animales y elementos? El pensamiento me sobrecogió: ¿Lo había?

»Más tarde, volví a plantearme otra pregunta. ¿Qué eran todos esos dioses-bestias y esos otros seres? Al principio, me habían parecido Monstruos esculpidos tan sólo, colocados al azar entre los picos inaccesibles y los precipicios de las montañas circundantes. Ahora, al examinarlos detenidamente, llegué a una nueva conclusión. Había algo en ellos, una especie de vitalidad

indescriptible y latente que sugería a mi dilatada conciencia un estado de vida-en-la-muerte, un algo que no era vida en absoluto, según la entendemos nosotros, sino más bien una forma inhumana de existencia, que bien podía asemejarse al trance inmortal...; un estado en el que era posible imaginar su continuidad, eternamente. "¡ Inmortalidad!", la palabra brotó en mi pensamiento espontáneamente; y al punto, se me ocurrió preguntarme, si no sería ésta la inmortalidad de los dioses.

»Y entonces, en medio de mi asombro y reflexión, sucedió algo. Hasta entonces, había permanecido en la sombra, en la desembocadura de la enorme hendidura. Ahora, sin acto de voluntad por mi parte, salí de la semioscuridad y empecé a desplazarme lentamente hacia la arena..., en dirección a la Casa. Dejé entonces de pensar en todas estas formas prodigiosas, diseminadas por encima de mí, para mirar aterrado la tremenda mole hacia la cual era arrastrado de manera inexorable. Sin embargo, aunque la contemplaba fijamente, no lograba descubrir nada que no hubiera visto ya, de modo que me fui tranquilizando poco a poco.

»No tardé en recorrer la mitad de la distancia entre la Casa y el desfiladero. Alrededor se extendía la fría soledad del lugar, y el imperturbable silencio. Poco a poco, me fui acercando al gran edificio. Luego, de pronto, algo atrajo mi mirada, algo que asomó de detrás de los enormes contrafuertes de la Casa, y apareció plenamente ante mí. Era un ser gigantesco, y caminaba con un paso de lo más singular, aunque en posición casi vertical, a la manera de un hombre. Estaba completamente desnudo, y tenía un aspecto extrañamente luminoso. Sin embargo, era su rostro lo que más me sorprendía y aterraba. Tenía la cara de un cerdo.

»Silenciosamente, intensamente, vigilé a esta horrible criatura, y me olvidé de momento de mi miedo, absorto en sus movimientos. Daba la vuelta, pesadamente, alrededor del edificio, deteniéndose cuando llegaba a cada ventana, para asomarse a ella y sacudir las rejas que la protegían, como las de esta casa; y cada vez que llegaba a una puerta, la empujaba y manoteaba la cerradura furtivamente. Era evidente que buscaba algún acceso para entrar en ella.

»Yo me encontraba entonces a menos de quinientos metros del enorme edificio, y seguía siendo arrastrado hacia él. De repente, el Ser se volvió y miró pavorosamente en mi dirección. Abrió la boca y, por primera vez, se rompió el silencio de este abominable lugar con una nota profunda, retumbante, que me hizo estremecer de horror. Inmediatamente, me di cuenta de que venía hacia mí, de prisa, en silencio. Y en un instante, había cubierto casi toda la distancia que nos separaba. Sin embargo, me sentía irremediamente impelido hacia él. A un centenar de metros, la brutal ferocidad de su rostro gigantesco me paralizó con un sentimiento de absoluto horror. No sé si grité, en el colmo de mi miedo insuperable; y entonces, en el mismísimo instante de mi extrema desesperación, tuve conciencia de que me hallaba mirando hacia abajo, por encima de la plaza, desde una altura que aumentaba vertiginosamente. Me elevé más y más. En un momento inconcebiblemente breve, alcancé una altura de más de cien metros. Debajo de mí, el punto que acababa de abandonar lo ocupaba aquella inmundicia criatura. Se había puesto a cuatro patas, y olfateaba y hozaba como un auténtico cerdo la superficie de la plaza. Un momento después, se levantó sobre sus piernas, con una expresión de avidez en su rostro como jamás había visto en este mundo.

»Seguí elevándome más y más. Al cabo de unos minutos, había rebasado la altura de las inmensas montañas; flotaba solo, en la lejana coloración rojiza; la arena se veía confusamente, y su imponente edificio no era ahora mayor que una mancha diminuta y verdosa. Ya no se veía la Bestia-cerdo.

«Seguidamente, crucé las montañas y me desplacé hacia la inmensidad de la Llanura. A lo lejos, en su superficie, y en dirección del sol anillado, asomó una mancha confusa. La miré indiferente. De alguna manera, me recordaba la primera visión que había tenido del anfiteatro-montaña.

»Con una sensación de cansancio, alcé los ojos hacia el inmenso anillo de fuego. ¡Qué extraño era! Y mientras miraba, brotó del oscuro centro una súbita llamarada de vivido fuego. Comparada con el tamaño de su centro oscuro, resultó insignificante; sin embargo, en sí misma, me pareció prodigiosa. Miré atentamente, interesado, y noté su extraña ebullición y resplandor. Luego, un momento más tarde, todo se volvió oscuro e irreal, y desapareció de la vista. Me volví, asombrado, hacia la Llanura, de la que aún me seguía elevando. Así, recibí una nueva sorpresa. La Llanura..., y todo lo demás, había desaparecido, y por debajo de mí sólo se extendía el mar de roja bruma. Gradualmente, mientras miraba, se fue haciendo más remoto también, hasta que desapareció en una confusa, lejana, misteriosa coloración roja sobre una noche impenetrable. Un momento más tarde, se había eclipsado, y me vi envuelto en una oscuridad impalpable y absoluta.

LA TIERRA

»Así me encontraba yo, y sólo el recuerdo de que había vivido en tinieblas una vez, anteriormente, me ayudó a soportar mis pensamientos. Pasó mucho tiempo..., siglos. Y entonces, una simple estrella surgió en medio de la oscuridad. Era la primera de los enjambres exteriores del universo. Poco después la había dejado muy atrás, y a mi alrededor brillaba el esplendor de innumerables estrellas. Más tarde, años quizá, vi el sol, con algunas manchas remotas de luz: los planetas del sistema solar. Y vi la Tierra otra vez, azul, increíblemente diminuta. Y fue aumentando y haciéndose clara y definida.

«Transcurrió un largo intervalo de tiempo, y luego, finalmente, entré en la sombra del mundo..., precipitándome en la confusa y bendita noche terrestre. Arriba, estaban las viejas constelaciones y una luna creciente. Luego, mientras me acercaba a la superficie terrestre, un ofuscamiento se abatió sobre mí, y sentí que me hundía en una bruma negra.

«Durante un tiempo, no me enteré de nada. Estuve inconsciente. Poco a poco, empecé a tener conciencia de un lloriqueo débil y distante. Se hizo más claro. Una desesperada sensación de agonía se apoderó de mí. Luché frenéticamente por respirar, y quise gritar. Poco después, lograba respirar más fácilmente. Tuve conciencia de que algo me lamía la mano. Algo húmedo me recorrió la cara. Oí un jadeo, y luego otra vez el gemido. Parecía llegarme a los oídos, ahora, con una sensación de familiaridad; y abrí los ojos. Estaba todo oscuro, pero la sensación de opresión me había abandonado. Estaba sentado, y alguien se quejaba lastimeramente y me lamía. Me sentía extrañamente ofuscado, e instintivamente traté de evitar al ser que me lamía. Tenía la cabeza como vacía, y por un instante me sentí incapaz de ningún gesto o movimiento. Luego tuve conciencia de las cosas, y llamé: "Pepper", débilmente. Me respondió con un gozoso ladrido, y renovadas y frenéticas caricias.

»Al poco tiempo, me sentí con más fuerza, y alargué la mano en busca de fósforos. Tanteé a ciegas unos instantes; luego mi mano tropezó con ellos, encendí una luz, y miré deslumbrado a mi alrededor. Allí estaban los viejos objetos familiares. Me quedé mirándolos, lleno de asombro, hasta que la llama del fósforo me quemó los dedos, y lo dejé caer; una viva exclamación de dolor y enfado escapó de mis labios, sorprendiéndome el sonido de mi propia voz.

»Un momento después, encendí otro fósforo, crucé la estancia, y fui a encender las velas. Entonces observé que no se habían consumido, sino que estaban apagadas.

»Al aumentar las llamas, me volví y miré todo el estudio; no encontré nada extraordinario; de pronto, sentí un acceso de irritación. ¿Qué había ocurrido? Me cogí la cabeza con ambas manos y traté de recordar. ¡Ah!, la gran Llanura silenciosa, y el sol anillado de rojo fuego. ¿Dónde estaban? ¿Dónde los había visto? ¿Cuánto tiempo hacía? Me sentía torpe y embotado. Paseé una o dos veces por la habitación, indeciso. Mi memoria era un caos. Luego, tras un esfuerzo, recordé el ser que había visto.

«Tengo idea de que maldije irritado mi aturdimiento. De repente, sentí un vahído, un mareo, y tuve que agarrarme a la mesa para sostenerme. Me mantuve débilmente durante unos momentos, y luego me las arreglé para llegar tambaleándome hasta la silla. Transcurrido un rato, me sentí mejor, y conseguí llegar al armario donde habitualmente tengo coñac y galletas. Me serví un poco de este licor estimulante, y lo bebí de un trago. Luego cogí un puñado de galletas, regresé a la butaca y empecé a devorarlas frenéticamente. Me sentía vagamente sorprendido de mi hambre. Era como si no hubiese comido nada desde un tiempo incalculablemente largo.

»Mientras comía, recorrí la habitación con la mirada fija, abarcando sus diversos detalles y buscando aún, como inconscientemente, algo tangible a que cogerme, entre los invisibles misterios que me rodeaban. "Seguramente —pensé—, debe de haber algo..." Y en ese mismo instante, mi mirada se detuvo en la esfera del reloj, al otro extremo. Dejé de comer inmediatamente, y me quedé estupefacto. Pues, aunque su tictac indicaba, muy ciertamente, que seguía marchando, sus manecillas señalaban un poco antes de las doce de la noche; pero como yo sabía muy bien, era mucho después, cuando presencié el primero de los extraños incidentes que acabo de describir.

»Durante un rato, permanecí confundido y perplejo. Si hubiese marcado la misma hora que cuando había consultado el reloj por última vez, habría concluido que las manecillas se habían detenido, mientras su mecanismo interno seguía marchando normalmente; pero eso de ninguna manera explicaría que las manecillas hubiesen retrocedido. Entonces, mientras mi fatigado cerebro daba vueltas a este enigma, se me ocurrió de pronto que quizá faltaba poco para la madrugada del veintidós, y que yo había estado inconsciente al mundo visible durante la mayor parte de las últimas veinticuatro horas. El pensamiento acaparó mi atención durante un minuto entero; luego empecé a comer otra vez. Aún tenía mucha hambre.

«Durante el desayuno, a la mañana siguiente, pregunté a mi hermana la fecha, y comprobé que mi suposición era correcta. Efectivamente, había estado ausente —al menos en espíritu— durante cerca de un día y una noche.

»Mi hermana no me hizo ninguna pregunta; no era la primera vez que me pasaba el día entero en mi estudio. A veces me he pasado dos días, cuando me he enfrascado especialmente en mis libros o mi trabajo.

»Van transcurriendo los días; y aún estoy lleno de asombro, y me pregunto el significado de todo lo que vi aquella noche memorable. Sin embargo, sé que es muy difícil que mi curiosidad llegue a quedar satisfecha.

LA BESTIA DEL POZO

»La Casa, como he dicho ya, está rodeada por una vasta heredad y frondosos y abandonados jardines.

»Detrás, a unos trescientos metros, hay un barranco oscuro y profundo. Los campesinos lo llaman "el Pozo". Por el fondo, corre un arroyo perezoso, tan cubierto por los árboles que apenas se ve desde arriba.

»A propósito, debo explicar que este río tiene un origen subterráneo, emergiendo de pronto en el extremo este del barranco, para desaparecer después de igual modo bajo la escarpa que forma su extremidad occidental.

»Unos meses después de mi visión (si es que fue visión) de la gran Llanura, mi atención se sintió particularmente atraída hacia el Pozo.

«Sucedió que estaba paseando un día por su borde meridional cuando, súbitamente, se desprendieron varios trozos de roca y pizarra de la pared de la escarpa, inmediatamente debajo de mí, y cayeron con un crujido siniestro entre los árboles. Oí el chapuzón en el río, allá en el fondo; y luego reinó el silencio. No le hubiese concedido a este incidente mayor importancia que el de un pensamiento pasajero, de no ser porque Pepper empezó inmediatamente a ladrar como un salvaje, y no quiso callar cuando se lo ordené, lo que era un comportamiento muy extraño en él.

»Comprendí que debía haber alguien o algo en el Pozo, así que regresé a la casa rápidamente, en busca de un bastón. Cuando volví, Pepper había dejado de ladrar, y gruñía y olisqueaba inquieto a lo largo del borde.

»Le silbé para que me siguiese, y empecé a descender cautelosamente. La profundidad hasta el fondo del Pozo debía ser de unos cincuenta metros; y tras un rato de descenso, y una buena cantidad de precaución, llegamos abajo sin novedad.

»Una vez allí, comenzamos Pepper y yo a explorar las orillas del río. Estaba muy oscuro, debido a los árboles que lo cubrían, y yo caminaba cautelosamente, mirando atento a mi alrededor, con el bastón preparado.

»Pepper estaba tranquilo ahora, y marchaba pegado a mí todo el tiempo. De este modo, registramos una orilla sin oír ni ver nada. Luego cruzamos —no tuvimos más que saltar—, y comenzamos a retroceder por la maleza.

«Habríamos cubierto, quizá, la mitad de la distancia, cuando oí otra vez ruido de piedras que caían del otro lado, en la parte que acabábamos de abandonar. Una enorme roca chocó atronadora contra las copas de los árboles, rodó hasta la orilla y saltó al río, levantando una gran cantidad de agua que nos dejó empapados. A esto, Pepper soltó un profundo gruñido; luego se detuvo y enderezó las orejas. Yo presté atención también.

»Un segundo más tarde, un chillido, entre semihumano y semigruñido de cerdo, resonó entre los árboles, aparentemente a mitad de la escarpadura sur. Fue contestado por un chillido similar, desde el fondo del barranco. Inmediatamente, Pepper dio un ladrido breve, agudo, y, saltando al otro lado del riachuelo, desapareció entre los arbustos.

»En seguida, oí que aumentaban sus ladridos, en número y vehemencia, y entremedias, sonó un rumor como de voces confusas. Al cesar, en el silencio que siguió, se elevó un alarido semihumano de agonía. Casi en el mismo instante, Pepper dio un largo aullido de dolor, se agitaron violentamente los arbustos, y salió corriendo con el rabo entre las piernas, y sin dejar de mirar hacia atrás.

»Cuando llegó a mí vi que sangraba por una herida —aparentemente producida por una enorme garra— que traía en el costado, que le dejaba las costillas al descubierto.

»Al ver a Pepper malherido de ese modo, me invadió un furioso sentimiento de ira, y enarbolando el bastón, me metí decidido por entre los arbustos de los que él acababa de salir. Mientras pugnaba por abrirme paso, me pareció oír el rumor de un jadeo. Un instante después, salí inesperadamente a un pequeño claro, justo a tiempo de ver algo, un bulto blancuzco que desaparecía entre la maleza del lado opuesto. Di un grito y eché a correr hacia allí, pero aunque golpeé y tenté entre las ramas con mi bastón, no vi ni oí nada más, de modo que regresé con Pepper. Le lavé la herida en el río y le enrollé mi pañuelo mojado alrededor del cuerpo; hecho esto, subimos por la escarpadura y salimos otra vez a la luz.

»Al llegar a la casa, mi hermana me preguntó qué le había pasado a Pepper; le dije que se había peleado con un gato salvaje, de los que había oído decir que había varios por los alrededores.

»Pensé que sería mejor no contarle la verdad de lo que había pasado, aunque, en realidad, tampoco yo sabía mucho; pero una cosa sí sabía: que el ser que había visto ocultarse entre los arbustos no era un gato salvaje. Era mucho más grande, y por lo que pude observar, tenía la piel de cerdo, sólo que de color blancuzco y malsano como de muerto. Y al echar a correr, se había incorporado, o casi, sobre sus patas traseras y había corrido de modo semejante al de un ser humano. Todo esto lo había captado yo con aquella fugaz mirada; y a decir verdad, sentía una gran inquietud, y también una enorme curiosidad, y no paraba de darle vueltas en la cabeza.

»Fue por la mañana, cuando ocurrió el incidente al que me acabo de referir.

»Más tarde, después de comer, me había sentado a leer un rato, cuando, al alzar los ojos de pronto, vi que alguien atisbaba por encima del alféizar de la ventana..., aunque sólo asomaba los ojos y las orejas.

»"¡Por Júpiter, un cerdo!", dije, y me levanté. Entonces vi al animal completamente. Pero no era un cerdo. Sólo Dios sabe qué era. Me recordaba vagamente a la horrenda Criatura que había visto rondar por la inmensa arena. Tenía una boca y una mandíbula grotescamente humanas; pero no podía hablarse de barbilla. Su nariz se prolongaba en hocico, de forma que junto con los ojos pequeños y las extrañas orejas, le daba un extraordinario aspecto de cerdo. En cuanto a la frente, tenía poca; y la cara era de un desagradable color blanquecino.

«Durante quizá un minuto, estuve mirando al ser aquel, con un creciente sentimiento de repugnancia, y cierto temor. Tenía la boca entreabierta, y una de las veces emitió un gruñido animal. Creo que fueron sus ojos lo que más me llamó la atención; parecían brillar con una inteligencia horriblemente humana; contemplaban, parpadeantes, los detalles de la habitación, y se apartaban de mí como si mi mirada los turbase.

«Parecía sujetarse en el alféizar con dos manos que eran como zarpas. Estas zarpas, a diferencia de la cara, eran de color terroso oscuro, y recordaban, vagamente a unas manos humanas, ya que tenían cuatro dedos y un pulgar, aunque palmeados hasta la primera falange, a la manera de los patos. También tenían uñas, pero tan largas y fuertes, que más se parecían a las garras de un águila que a otra cosa.

«Como he dicho antes, sentí miedo; pero un miedo casi impersonal. Puedo explicar mejor este sentimiento diciendo que era más una sensación de repugnancia, tal como podría sentirla uno al contacto con algo sobrenaturalmente obscuro, algo impío, perteneciente a un estadio de existencia hasta ahora insospechado.

»No puedo decir que aprecié todos estos detalles de la bestia en aquel momento. Creo que me llegaron a la conciencia después, como si se hubiesen impreso maquinalmente en el cerebro. Imaginé, más que vi, al animal, y sus rasgos materiales me llegaron después.

»Durante un minuto, quizá, me quedé mirando fijamente a la criatura; luego, cuando mis nervios se serenaron un poco, deseché el vago temor que me dominaba, y di un paso hacia la ventana. Inmediatamente, la bestia se agachó y desapareció. Corrí a la puerta y me asomé apresuradamente; pero no encontré más que la maraña de arbustos y maleza.

«Entré corriendo en la casa, cogí mi escopeta, y salí a registrar los jardines. Mientras caminaba, me preguntaba si este ser que acababa de tener delante sería el mismo que había visto fugazmente por la mañana. Me inclinaba a creer que sí.

»Me habría gustado llevar conmigo a Pepper, pero pensé que era mejor dejar que se curase su herida. Además, si la bestia que acababa de ver era, como imaginaba, el adversario que había tenido esa mañana, probablemente su compañía no me habría sido de mucha utilidad.

«Empecé el registro sistemáticamente. Estaba decidido a descubrir y terminar con aquella bestia-cerdo. ¡Esta, al menos, era un Horror material!

»Al principio registraba cautelosamente con el pensamiento puesto en la herida de Pepper; pero a medida que transcurrían las horas, y no encontraba signo alguno de vida en los grandes y solitarios jardines, fui perdiendo el temor. Casi deseaba ya que apareciese de nuevo. Cualquier cosa parecía mejor que este silencio, con la constante sensación de que podía estar acechando detrás de cada arbusto que cruzaba. Después, me preocupé menos del peligro, hasta el punto de adentrarme entre los matorrales, tanteando las ramas con el cañón de mi escopeta.

»A veces gritaba, pero sólo el eco respondía. Pensaba asustar a la bestia de este modo, e inducirla a moverse y revelar su presencia; pero sólo conseguí hacer salir a mi hermana Mary, para preguntar qué pasaba. Le dije que había visto al gato salvaje que había herido a Pepper, y que estaba intentando hacerlo salir de los arbustos. No pareció quedar muy satisfecha con la explicación, y regresó a la casa con una expresión de duda en su semblante. Me pregunté si habría visto o adivinado algo. Durante el resto de la tarde, seguí la búsqueda ansiosamente. Sabía que no sería capaz de dormir, con aquel ser monstruoso merodeando por los jardines; sin embargo, cayó la noche sin que hubiese encontrado nada. Pero cuando ya iba de regreso a la casa, oí un ruido breve, imperceptible, entre los arbustos que tenía a mi derecha. Me volví instintivamente y, apuntando sin pensar, disparé en dirección del ruido. Inmediatamente después, oí algo que echaba a correr entre los matorrales. Huyó velozmente, y un minuto después había dejado de oírlo. Di unos pasos más, pero desistí de perseguirlo, comprendiendo que era inútil, en aquella creciente oscuridad. Así que regresé a la casa con una extraña sensación de pesar.

»Esa noche, después de irse mi hermana a dormir, inspeccioné todas las puertas y ventanas de la planta baja, y comprobé que tenían pasados los cerrojos. Esta precaución era innecesaria por lo que se refiere a las ventanas, ya que todas las de abajo estaban protegidas por sólidas rejas; pero fue una medida prudente en lo que se refería a las puertas —cinco en total—, ya que ninguna estaba cerrada con llave.

»Hecho esto, subí a mi estudio; sin embargo, de alguna manera, la habitación me produjo inquietud; me pareció enorme y llena de resonancias. Durante un rato, traté de leer; finalmente, viendo que era imposible, me llevé el libro a la cocina, donde ardía un buen fuego, y me senté allí.

«Llevaría leyendo un par de horas, quizá, cuando de súbito, oí un ruido que me hizo dejar el libro y prestar atención intensamente. Era algo que rozaba y tanteaba la puerta de atrás. Luego la madera crujió sonoramente, como si hiciesen fuerza contra ella. Durante estos breves instantes, experimenté una indescriptible sensación de terror, como jamás habría podido imaginar. Me temblaban las manos; un sudor frío me bañó el cuerpo, y empecé a tiritar violentamente.

»Poco a poco, me calmé. Los furtivos movimientos del exterior habían cesado.

«Durante una hora, permanecí sentado sin moverme, atento. De repente, la sensación de miedo me embargó otra vez. Me sentí como me imagino que se sentiría una bestezuela bajo la mirada de una serpiente. Sin embargo, ahora no se oía nada. Pero no había duda de que reinaba alguna inexplicable influencia.

«Gradual e imperceptiblemente casi, me llegó a los oídos algo furtivo..., un ruido que se resolvió en un murmullo apagado. En seguida aumentó, convirtiéndose rápidamente en un sofocado pero horrendo coro de chillidos bestiales. Parecían elevarse de las entrañas de la tierra.

»Oí un golpe sordo, y comprendí oscuramente que se me había caído el libro. Tras lo cual, me limité a permanecer sentado, y así me sorprendió el amanecer, en que me levanté y me dirigí pesadamente a las altas, enrejadas ventanas de la amplia cocina.

»Con el alba, se me disipó la sensación de estupor y de miedo, y volví a ser dueño de mis sentidos.

«Así que recogí el libro y me acerqué a la puerta a escuchar. Ni un ruido rompía el frío silencio. Durante unos minutos, permanecí allí; luego, muy gradual y cautelosamente, descorrí el cerrojo, abrí la puerta y me asomé.

»Mi precaución había sido innecesaria. No se veía nada, salvo un escenario gris de lúgubres, enmarañados arbustos y árboles, que se extendían hasta el distante campo de labor.

»Cerré la puerta con un escalofrío, y me fui tranquilamente a la cama.

LAS BESTIAS-CERDOS

»Era por la tarde, una semana después. Mi hermana estaba sentada en el jardín, hilando. Yo paseaba de un lado a otro, leyendo. Había dejado la escopeta apoyada en la pared de la casa; pues, desde la aparición de aquel extraño animal en los jardines, creía conveniente estar prevenido. Sin embargo, a lo largo de toda la semana no había sucedido nada alarmante, ni visible ni audible; de modo que pude reflexionar con serenidad sobre el incidente, aunque con no poco asombro y curiosidad.

«Paseaba arriba y abajo, como digo, absorto en mi libro: De pronto, oí un trueno a lo lejos, en la dirección del Pozo. Me volví rápidamente, y vi una gran columna de polvo que se elevaba muy alta en el aire de la tarde.

»Mi hermana se levantó, con una exclamación de miedo y de sorpresa.

»Tras decirle que se quedase donde estaba, cogí la escopeta, y eché a correr hacia el Pozo. Mientras me acercaba oí un ruido sordo, continuo, que aumentó rápidamente, hasta convertirse en un rugido áspero, salpicado de estallidos más profundos, al tiempo que se elevaba del Pozo una nueva y espesa polvareda.

»Cesó el ruido, aunque el polvo seguía elevándose tumultuosamente,

«Llegué al borde y miré hacia abajo, pero no pude ver nada, salvo el borboteo de las nubes de tierra que se enroscaban aquí y allá. El aire estaba tan cargado de partículas diminutas que me cegaban y me sofocaban; finalmente, tuve que alejarme de la polvareda para respirar.

«Gradualmente, las partículas en suspensión se posaron, y formaron como una colcha sobre la boca del Pozo.

»Sólo pude hacer una conjetura.

»Me pareció que había habido un corrimiento de tierras; aunque no se me ocurría cuál había podido ser la causa. Sin embargo, aun entonces, se me figuraron cosas; pues recordé las rocas desprendidas

y la criatura del fondo del Pozo; pero, en los primeros minutos de perplejidad, no llegué a la conclusión natural, hacia la que apuntaba la catástrofe.

«Lentamente, el polvo se fue disipando, hasta que poco después pude acercarme al borde y mirar.

«Durante un rato, me esforcé en vano, intentando discernir las cosas a través del polvo. Al principio no vi nada. Luego, al fijarme, descubrí algo, allá abajo, a mi izquierda, que se movía. Miré atentamente en esa dirección, y sorprendí otro movimiento, y un tercero... tres formas imprecisas parecían trepar por la pared del Pozo. Me era imposible verlas con claridad. Aún estaba mirando asombrado, cuando oí ruido de piedras que se desmoronaban a mi derecha. Me volví, pero no pude ver nada. Me incliné hacia adelante y me asomé; y justamente debajo de mí vi nada menos que una cara horrenda, blancuzca como la de un cerdo, que había llegado a un par de metros de mis pies. Más abajo, pude distinguir otras. Al verme a mí, la Bestia emitió un chillido grotesco, que fue contestado desde todas partes del Pozo. Me invadió una oleada de horror, e inclinándome hacia abajo, descargué un tiro directamente sobre esa cara. Instantáneamente, la criatura desapareció con un ruido de tierra y piedras desprendidas,

»Hubo un silencio momentáneo, al cual, probablemente, debo la vida, pues me permitió oír rumor de numerosas pisadas; me volví rápidamente, y descubrí un tropel de criaturas que venía hacia mí a la carrera. Levanté la escopeta sin pensarlo, y disparé sobre la más próxima, que cayó de cabeza con un aullido espantoso. Luego eché a correr. Cuando ya llevaba recorrida más de la mitad del camino del Pozo a la casa, vi a mi hermana que venía hacia mí. No pude verle la cara claramente, por el polvo que aún flotaba en el aire; pero noté el miedo en su voz, al preguntarme a gritos por qué disparaba.

»—¡Corre! —grité en respuesta—. ¡Corre, por tu vida!

»Dio media vuelta sin más y echó a correr cogiéndose las faldas con ambas manos. Mientras la seguía, miré hacia atrás. Los brutos corrían erguidos sobre sus patas traseras... y a veces a cuatro patas.

»Creo que debió de ser el acento aterrado de mi voz lo que espoleó a Mary para correr de aquella manera, pues estoy convencido de que no había llegado a ver a las infernales criaturas que venían detrás.

«Segundo a segundo, los ruidos cada vez más próximos de sus pisadas me indicaban que las bestias ganaban terreno rápidamente. Por fortuna, estoy acostumbrado a vivir, en ciertos aspectos, una vida activa. No obstante, el esfuerzo de la carrera empezaba a pesar gravemente en mí.

»Al fin pude ver la puerta trasera, que felizmente estaba abierta. Yo iba una media docena de metros detrás de Mary, y el aliento se me estrangulaba en la garganta. Entonces, algo me rozó en el hombro. Volví la cabeza violentamente, y vi una de aquellas caras monstruosas y pálidas pegada a la mía. Una de las criaturas, adelantándose a las demás, me había alcanzado. Al volverme, me lanzó un nuevo zarpazo. Salté a un lado, con un súbito movimiento y, enarbolando mi escopeta por el cañón, la estrellé sobre la cabeza de la inmunda criatura, que cayó al suelo con un gemido casi humano.

»Esta breve demora casi bastó para que me alcanzase el resto de los brutos; de suerte que, sin perder un instante de tiempo, di media vuelta y corrí hacia la puerta.

»Al llegar me arrojé por su abertura; luego, volviéndome rápidamente, di un portazo y pasé el cerrojo, precisamente en el momento en que la primera de las criaturas sé abalanzaba sobre ella, con un golpazo tremendo.

»Mi hermana se sentó jadeando en una silla. Parecía a punto de desmayarse; pero yo no tenía tiempo de entretenerme con ella. Debía comprobar si estaban cerradas todas las puertas. Afortunadamente lo estaban. La última que revisé fue la que daba acceso desde mi estudio a los jardines. Acababa de ver que, efectivamente, estaba cerrada, cuando me pareció oír un ruido en el exterior. Me quedé completamente en silencio y escuché. ¡Sí! Ahora pude oír distintamente un susurro, y algo se deslizó furtivamente por los entrepaños, arañando la madera. Evidentemente, alguno de los brutos palpaba la puerta con sus zarpas, buscando alguna forma de entrar.

»El hecho de que estas criaturas hubiesen encontrado tan pronto la puerta, era para mí una prueba de su capacidad de raciocinio. Me confirmaba que de ningún modo debía considerarlas como meros animales. Yo había sentido algo semejante anteriormente, cuando vi al primer Ser asomado a mi ventana. Entonces, lo calificué de extrahumano, comprendiendo casi instintivamente que era una criatura algo distinta de la bestia bruta. Estaba más allá de lo humano; pero de ningún modo en el buen sentido, sino más bien como algo inmundo, hostil a cuanto hay de grande y bueno en la humanidad. En una palabra, algo inteligente, y sin embargo, inhumano. La sola idea de aquellas criaturas me producía náuseas.

»A continuación recordé a mi hermana; fui al armario, saqué un frasco de coñac y un vaso. Bajé con ambas cosas a la cocina, llevando una vela también. No la encontré sentada en la silla: se había caído y estaba tendida en el suelo, boca abajo.

»Muy suavemente, le di la vuelta y le levanté un poco la cabeza. Después derramé un poco de coñac entre sus labios. Al cabo de un rato se estremeció ligeramente. Luego dejó escapar varios suspiros, y abrió los ojos. 'Me miró de manera soñolienta, semiinconsciente. Se le volvieron a cerrar los ojos con lentitud, y le di un poco más de coñac. Durante otro minuto, quizá, permaneció tendida en silencio, respirando agitadamente. De súbito, se abrieron sus ojos otra vez y me pareció que tenían las pupilas dilatadas, como si le hubiese vuelto el miedo al recobrar el conocimiento. Entonces, con un movimiento tan inesperado que me hizo retroceder de un salto, se incorporó. Al ver que se sentía mareada, alargué la mano para sostenerla. Pero entonces soltó un alarido y, poniéndose de pie como pudo, echó a correr a su habitación.

»Por un instante, me quedé inmóvil, de rodillas, con la botella de coñac en la mano. Me sentía completamente confundido y perplejo.

»¿Acaso tenía miedo de mí? ¡Claro que no! ¿Por qué iba a tenerlo? Sólo se me ocurrió que debía de tener los nervios alterados, y que estaba temporalmente trastornada. La oí dar un portazo sonoro arriba, y comprendí que se había refugiado en su habitación. Dejé la botella sobre la mesa. Mi atención se desvió hacia un ruido que había sonado en la puerta de atrás. Me acerqué y escuché. Parecía que la sacudían, como si forcejeasen en ella en silencio; pero estaba demasiado sólidamente construida y encajada, para poder hundirla con facilidad.

»En los jardines, se oía un rumor continuo. Cualquiera que lo hubiese oído al azar podía haberlo tomado por los gruñidos y chillidos de una piara de cerdos. Pero al escucharlo atentamente, se me ocurrió que había un sentido y un significado en todos aquellos ruidos porqueriles. Gradualmente, pude percibir cierta semejanza con el habla humana, aunque pegajosa y pastosa, como si articulasen

los sonidos con dificultad. Sin embargo, tuve la convicción de que no era una mera mezcla de sonidos, sino un rápido intercambio de ideas.

»A todo esto, los pasillos se habían quedado completamente a oscuras, llenándose de toda serie de llantos y gemidos, de los que tanto abundan en las casas viejas cuando anochece. Eso se debe quizá a que todo está más quieto, y uno es capaz de escuchar mejor. Puede que haya algo de verdad también en la teoría de que el cambio de temperatura, con la puesta del sol, afecta a la estructura de la casa, haciendo que se contraiga y se asiente, por así decir, durante la noche. Puede que sea así; pero aquella noche en particular, me habría gustado haberme visto libre de tantos ruidos. Me parecía que cada crujido, cada chasquido, era un Engendro de aquéllos, que avanzaba por los oscuros corredores; aunque sabía en mi interior que no podía ser, pues había comprobado personalmente que todas las puertas estaban firmemente cerradas.

«Gradualmente, no obstante, estos ruidos aumentaron en mis nervios hasta tal extremo que, aunque no fuera más que para castigar mi cobardía, decidí efectuar otra vez una ronda por el sótano, y si se había colado alguno de los Seres por allí, enfrentarme con él. A continuación subiría a mi estudio, pues sabía que debía descartar el dormir esa noche, con la casa rodeada de criaturas impías, medio bestias, medio algo más.

«Descolgué la lámpara de la cocina, y recorrí bodega tras bodega y habitación tras habitación. La despensa y la carbonera, los corredores y las docenas de pequeños pasadizos sin salida, así como los rincones ocultos, que componen el sótano de la vieja casa. Luego, cuando vi que había recorrido todos los huecos y agujeros lo bastante amplios como para ocultar cualquier cosa de cierto tamaño, me dirigí a la escalera.

»Con el pie en el primer peldaño, me detuve. Me había parecido oír un movimiento, aparentemente en la despensa, que está á la derecha de la escalera. Era uno de los primeros lugares que yo había inspeccionado, y sin embargo, estaba convencido de que mi oído no me había engañado. Tenía los nervios tensos, y, casi sin vacilación, me acerqué a la puerta, alzando la lámpara por encima de la cabeza. Una rápida mirada me bastó para comprobar que allí no había nada, aparte de las pesadas losas de piedra, sostenidas por pilares de ladrillo. Me disponía a marcharme, convencido de que me había equivocado, cuando, al volverme, la luz se reflejó en dos brillantes manchas, al otro lado de la ventana, y a bastante altura. Por unos momentos, me quedé paralizado mirando. Entonces se movieron las manchas, con centelleos verdes y rojos, según me pareció. Y comprendí que eran dos ojos. Lentamente, empecé a distinguir la oscura silueta de una de las Bestias. Parecía sostenerse cogida a los barrotes de la ventana, y su actitud era la de estar encaramada. Me acerqué y levanté la luz. No tenía por qué temerla ahora; los barrotes eran resistentes, y no había peligro de que los pudiese arrancar. Y entonces, de repente, a pesar de saber que el bruto no podía hacerme daño, me sobrevino la misma horrible sensación de miedo que me había asaltado una noche, la semana anterior. Era una insuperable sensación de desamparo. Y me di cuenta, vagamente, de que los ojos de la criatura se adentraban en los míos con su mirada insistente, insoslayablemente subyugante. Traté de apartar la mirada, pero no pude. Me parecía ver ahora la ventana a través de una bruma. Luego vi cómo se acercaban otros ojos, y luego otros, hasta que una galaxia de globos malignos y curiosos pareció tenerme sometido. Empezó a írseme la cabeza, y a latirme violentamente. Entonces, tuve conciencia de un vivo dolor físico en mi mano izquierda. Se hizo más agudo y forzó, forzó literalmente mi atención. Con un supremo esfuerzo la miré; y con ese gesto se rompió el hechizo que me tenía sometido. Entonces me di cuenta de que, en mi agitación, había cogido inconscientemente el cristal ardiente de la lámpara, y me había quemado la mano. Miré hacia la ventana otra vez. Se había disipado la sensación brumosa, y vi que había agolpadas docenas de caras bestiales. Con un súbito acceso de ira, alcé la lámpara, y la arrojé contra la ventana. Dio

contra el cristal (que saltó en añicos), y salió disparada entre los barrotes, al jardín, derramando el aceite encendido a su paso. Oí varios gritos de dolor, y, al acostumbrar mis ojos a la oscuridad, descubrí que las criaturas habían abandonado la ventana.

«Haciendo acopio de valor, me dirigí a tientas hacia la puerta, y una vez di con ella, subí la escalera, tropezando en cada peldaño. Me sentía aturdido, como si hubiese recibido un golpe en la cabeza. Al mismo tiempo, me escocía la mano tremendamente, y me embargaba una furia nerviosa, sorda, contra aquellas Bestias.

»Al llegar a mi estudio, encendí las velas. Su luz, al crecer las llamas, se reflejó en el armero de la pared lateral. Al verlo, recordé que aquí tenía yo una fuerza que, como ya había quedado demostrado, parecía tan fatal para estas monstruosidades como para los demás animales ordinarios; de modo que decidí pasar a la ofensiva.

»En primer lugar, me vendé la mano, pues el dolor me estaba resultando insoportable. Hecho esto, me sentí más cómodo, crucé la habitación y fui al armero. Escogí una pesada carabina, un arma vieja y segura; y tras proveerme de munición, me dirigí a una de las pequeñas torres que coronan la casa.

»Desde allí, me di cuenta de que no podía verse nada. En los jardines había varias sombras borrosas... quizá un poco más oscuras donde estaban los árboles. Eso era todo; y comprendí que sería inútil disparar hacia la oscuridad. La única posibilidad era esperar a que saliese la luna; entonces podría hacer algo.

«Entretanto, permanecí sentado, con los oídos bien atentos. Los jardines estaban relativamente tranquilos ahora, y sólo me llegaba algún ocasional gruñido o chillido. No me gustaba este silencio; me preguntaba a qué perversidad estarían entregados. Dos veces bajé de la torre a efectuar una ronda por la casa; pero todo estaba en silencio.

»Una de las veces, oí un ruido en la dirección del Pozo, como si se hubiese desprendido más tierra. Seguidamente, y durante unos quince minutos, hubo una conmoción entre los habitantes de los jardines. Se apagó, y poco después volvía a reinar la calma.

»Como una hora más tarde, asomó la luna sobre el lejano horizonte. Desde donde estaba sentado podía verla por encima de los árboles. Pero hasta que no se elevó muy alto, no pude distinguir ningún detalle de los jardines de abajo. Tampoco me era posible localizar a ninguno de los brutos. Hasta que, al asomarme casualmente, vi a varios tendidos boca abajo, junto a la pared de la casa. No pude averiguar qué hacían. Sin embargo, era una ocasión demasiado buena para desperdiciarla; así que apunté y disparé sobre uno que tenía directamente debajo. Se oyó un chillido y, al disiparse el humo, vi que se había dado la vuelta hacia arriba, y se retorció débilmente. Luego se quedó inmóvil. Los demás habían desaparecido.

»A continuación, oí un grito agudo en dirección al Pozo. Fue contestado por cientos de voces procedentes de todas partes del jardín. Esto me dio idea del número de criaturas, y empecé a comprender que todo este asunto se estaba volviendo más serio de lo que había imaginado.

«Sentado, y meditando en silencio, me preguntaba: "¿A qué viene todo esto? ¿Qué son todos estos Seres? ¿Qué pretenden?" Luego mis pensamientos retrocedieron a la visión (aunque aun ahora dudo que fuera una visión) de la Llanura del Silencio. ¿Cuál era su significado? ¿Y qué era el Ser de la Arena? ¡Uf! Finalmente, pensé en la casa que había visto en aquel remoto lugar. Aquella casa,

tan parecida a ésta en todos los detalles de su estructura externa, que podía haber sido hecha tomando a ésta de modelo, o al revés. No se me había ocurrido pensar en eso hasta este momento...

»Y de pronto, sonó otro largo chillido en el Pozo, seguido, un segundo más tarde, de otros dos más breves. Seguidamente, el jardín se llenó de gritos que contestaban. Me levanté y me asomé por encima del antepecho. A la luz de la luna, parecía como si los matorrales estuviesen vivos. Se agitaban de un lado a otro, como sacudidos por un viento fuerte e irregular, mientras un susurro continuo de pisadas furtivas se elevaba hacia mí. Bajo el resplandor de la luna, vi escabullirse entre las ramas unas figuras blancas; disparé dos veces. En la segunda, mi disparo fue respondido por un breve chillido de dolor.

»Un minuto más tarde, los jardines quedaron otra vez en silencio. Desde el Pozo se elevó una ronca algarabía de chillidos de cerdo. De vez en cuando, el aire era rasgado por algún grito furioso, al que contestaba una multitud de gruñido. Se me ocurrió que celebraban una especie de consejo, quizá para discutir el problema de la entrada a la casa. También me pareció que estaban muy furiosos, quizá por mis certeros disparos.

»Me pareció una buena ocasión para efectuar una inspección final a nuestras defensas. Me dispuse a realizarla inmediatamente. Recorrí todo el sótano otra vez, y examiné cada una de las puertas. Afortunadamente, todas ellas, al igual que la de atrás, están sólidamente construidas en roble y reforzadas con gruesos herrajes. Luego subí al estudio. Esta puerta me preocupaba más. Es apreciablemente más moderna que las otras, y aunque está bastante bien de grosor, no tiene la misma pesada solidez.

»Debo explicar aquí que hay una zona de terreno elevado, no muy grande, a la que da acceso dicha puerta. Las ventanas del estudio están enrejadas por esa razón. Todas las demás entradas —salvo la puerta principal, que jamás está abierta— están en la planta baja.

EL ATAQUE

»Pasé un rato pensando cómo reforzar la puerta del estudio. Finalmente, bajé a la cocina, y con cierto trabajo, subí varios troncos pesados. Los apoyé contra ella, clavándolos después arriba y abajo, en el suelo. Trabajé febrilmente durante media hora, y por último, quedó apuntalada satisfactoriamente.

»Luego, sintiéndome más tranquilo recogí mi casaca, que había dejado a un lado, y atendí a una o dos cosas más, antes de regresar a la torre. Estaba ocupado en esto, cuando oí un manoteo solapado en la puerta, y que probaban a abrir el picaporte. Guardé silencio y esperé. No tardé en oír a algunas de las criaturas en el exterior. Se gruñían unas a otras, apagadamente. Luego, durante un minuto, reinó silencio. Y de repente, sonó un gruñido vivo, contenido, y la puerta se estremeció bajo una tremenda presión. La habrían derribado, de no ser por los puntales que le acababa de colocar. El asalto cesó con la misma rapidez que había empezado, y oí un intercambio de gruñidos.

»Poco después, una de las Bestias dio un chillido, y oí el rumor de las otras que se aproximaban. Hubo un breve conciliábulo; luego, una vez más, silencio. Imaginé que habrían llamado a otros en su ayuda. Comprendiendo que había llegado el momento supremo, me preparé, con la carabina apuntada. Si la puerta cedía, mataría a todos los que pudiese.

»Nuevamente se oyó la señal en voz baja; y una vez más se estremeció la puerta bajo la tremenda embestida. Durante un minuto quizá siguieron empujando; yo aguardaba, nervioso, esperando a cada instante verla derrumbarse con estrépito. Pero no; los puntales resistieron, y el intento resultó infructuoso. Luego siguió un intercambio aún más horrible de gruñidos y, mientras duró, me pareció distinguir voces recién llegadas.

»Tras una larga discusión, durante la cual sacudieron la puerta varias veces, se acallaron gradualmente, por lo que comprendí que iban a intentar por tercera vez echarla abajo. Me sentí casi desesperado. Los puntales habían resistido las embestidas anteriores, pero me temía que una tercera sería demasiado para ellos.

»En ese momento, como una inspiración, le vino una idea a mi cerebro atribulado. Inmediatamente, pues no había tiempo para vacilaciones, salí corriendo de la habitación, y subí las escaleras. Esta vez no fue a la torre adonde me dirigí, sino a la azotea. Una vez allí, corrí al antepecho que la

circunda, y me asomé. En ese momento oí un gruñido breve, a modo de señal, seguido de gritos, en la puerta asediada.

»No había un instante que perder, e inclinándome por encima, apunté rápidamente y disparé. El estampido fue tremendo; y casi mezclado con él, oí el chasquido de la bala al hacer impacto en el blanco. Se elevó un chillido penetrante, y la puerta dejó de estremecerse. Luego, al tiempo que me retiraba, se desprendió una enorme losa del caballete o remate del antepecho, precisamente debajo de mí, y cayó con gran estrépito entre la confusa multitud. Varios chillidos horribles vibraron en el aire de la noche, y luego oí un ruido de pies que huían presurosos. Cautelosamente, me asomé. A la luz de la luna, pude ver la gran losa del caballete, justamente en el umbral de la puerta. Me pareció ver algo debajo..., varios seres blancuzcos; pero no estaba seguro.

»Y de este modo transcurrieron unos minutos.

»Al mirar con atención, vi acercarse algo a la sombra de la casa. Era uno de los seres. Llegó a la losa sigilosamente, y se inclinó. No pude ver qué hacía. Un minuto después se incorporó. Tenía algo en las garras; se lo llevó a la boca y lo desgarró...

»Al principio no me di cuenta. Luego, lentamente, comprendí. La Bestia se agachó otra vez. Fue horrible. Empecé a cargar la carabina. Cuando volví a mirar, el monstruo estaba tirando de la piedra, desplazándola hacia un lado. Apunté sobre la losa y apreté el gatillo. La Bestia cayó de bruces, y pateó ligeramente.

»Al mismo tiempo casi que el estampido, oí otro ruido. El de un cristal al romperse. Cargué el arma primero, y luego bajé corriendo los dos primeros tramos de escalera.

»Aquí me detuve a escuchar. En este mismo momento, se oyó otro tintineo de cristales al caer. Parecía provenir del piso bajo. Eché a correr escalera abajo, y guiado por el retemblar del marco de la ventana, llegué a la puerta de uno de los dormitorios vacíos de la parte de atrás de la casa, y la abrí de golpe. La estancia estaba débilmente iluminada por la luz de la luna; casi toda la claridad quedaba obstruida por las inquietas figuras de la ventana. Justamente en ese instante, estaba a punto de saltar una de ellas al interior de la habitación. Levanté el arma y disparé a quemarropa; el trueno fue ensordecedor. Cuando se disipó el humo, la estancia estaba vacía, y la ventana despejada. Ahora reinaba mucha más claridad, y la brisa de la noche entraba fría a través de los cristales rotos. Afuera, en la oscuridad, se elevó un blando lamento acompañado de un confuso rumor de gruñidos de cerdo.

»Me situé a un lado de la ventana, volví a cargar, y luego me aposté allí, al acecho. Poco después oí otro ruido tumultuoso. Desde donde yo estaba, en la oscuridad, podía ver sin que me viesan.

»Los ruidos se acercaron; y por encima del alféizar, vi asomar algo y agarrarse al marco roto de la ventana. Cogió un trozo de madera. Ahora pude ver que era una mano y un brazo. Un momento más tarde, se alzó ante mí la cara de una de las Bestias-cerdos. Entonces, antes de que pudiese disparar ni hacer nada, sonó un agudo crac..., crac, y el marco de la ventana se desprendió, al querer sujetarse en él. Un instante después sonó un golpazo sordo, y un tremendo alarido, que me indicó que había caído al suelo. Con la salvaje esperanza de que se hubiese matado, me acerqué a la ventana a mirar. Pero la luna se había ocultado tras una nube, y no pude ver nada; sin embargo, un constante rumor de gruñidos justo debajo de mí, delataba la presencia de otros.

«Miré hacia abajo, y me asombró el. que las criaturas hubiesen podido trepar tan arriba; pues la pared era relativamente lisa, y la distancia hasta el suelo debía de ser de unos veinte metros.

»De repente, al asomarme a mirar, vi algo, confusamente, que se recortaba en la sombra gris de la fachada, como una franja negra. Pasaba cerca de la ventana, a la izquierda, a medio metro de distancia. Entonces recordé que era el canalón que yo había instalado hacía unos años para la conducción del agua de la lluvia. No había pensado en él. Ahora comprendía cómo habían podido llegar estas criaturas a la ventana. No había hecho más que descubrir el medio, cuando oí un roce apagado. Comprendí que subía otro de los brutos. Aguardé unos segundos; luego me incliné sobre el alféizar, y tenté el canalón. Para satisfacción mía, descubrí que estaba completamente suelto; así que me las arreglé utilizando el cañón de la carabina a modo de palanca, para separarlo del muro. Actué con rapidez. Luego, cogiéndolo con las dos manos, tiré hacia afuera toda la sección, que se soltó y fue a parar —con la Bestia todavía cogida a él— al jardín. Esperé unos minutos, atento; pero tras el primer alarido general, no oí nada. Ahora sabía que ya no había motivo para temer un ataque por este lado: había eliminado el único medio de llegar a la ventana, y, como las demás no tenían canalones adyacentes que tentasen las fuerzas trepadoras de los monstruos, empecé a abrigar más esperanzas de poder escapar de sus garras.

«Abandoné la habitación y bajé a mi estudio. Estaba deseoso de ver cómo había resistido la puerta la prueba del último asalto. Entré, encendí las velas y me acerqué a ella. Uno de los troncos grandes se había desplazado, y por esa parte la puerta había cedido unas pulgadas.

»Fue providencial que lograrse alejar a los brutos precisamente entonces. ¡Y la losa del caballete! Me pregunté, vagamente, cómo se habría desprendido. Yo no había notado que estuviese suelta cuando me apoyé en ella para disparar; luego, al incorporarme, se había deslizado de debajo de mí... Comprendí que debía el rechazo de los asaltantes más a esa oportuna caída que a mi carabina. A continuación, pensé que lo más prudente sería aprovechar esta pausa para apuntalar la puerta otra vez. Era evidente que las criaturas aquellas no habían vuelto después de la caída de la losa; pero ¿quién podía decir cuánto tiempo se mantendrían alejadas?

»Me entregué, sin más dilación, a la reparación de la puerta, trabajando afanosa y febrilmente. Primero, bajé al sótano y, registrando al azar, encontré varias tablas de grueso roble. Regresé con ellas al estudio, quité los puntales y coloqué las tablas contra la puerta. Luego clavé la parte superior de los troncos en ellas, y, calzándolos bien en el suelo, los clavé por abajo también.

»De este modo, la puerta quedó más sólida que nunca; con el refuerzo de las tablas, estaba convencido de que aguantaría el doble de lo que había resistido hasta entonces.

«Después de eso, encendí la lámpara que había traído de la cocina, y bajé a echar una mirada a las ventanas de abajo.

»Ahora que había visto una prueba de la fuerza de estas criaturas, me sentía enormemente preocupado por las ventanas de la planta baja, a pesar de las sólidas rejas.

»Primero fui a la despensa, ya que tenía muy vivida la reciente aventura allí. Era un sitio frío, y el viento se colaba a través de los cristales rotos, produciendo una nota espectral. Aparte del lóbrego ambiente que reinaba, todo estaba como lo había dejado la noche anterior. Me acerqué a la ventana; examiné los barrotes atentamente, y comprobé su tranquilizante grosor. No obstante, al mirar más detenidamente, me pareció que el del centro estaba ligeramente doblado; pero era muy poco; tal vez hacía años que estaba así. Jamás me había fijado en ellos, en realidad.

»Puse la mano en la ventana rota, sacudí el barro. Estaba firme como una roca. Quizá las criaturas habían tratado de aflojarlo, y viendo que eso estaba fuera de sus posibilidades, habían dejado de hacer fuerza. A continuación inspeccioné las demás ventanas una a una; las examiné cuidadosamente; pero no descubrí nada en ninguna de ellas que revelase forcejeo alguno. Terminada la ronda, regresé al estudio y me serví un poco de coñac. Luego subí a la torre a vigilar.

DESPUÉS DEL ATAQUE

»Eran ahora alrededor de las tres de la madrugada, y el cielo de oriente comenzaba a palidecer con las primeras claridades. Llegó el día poco a poco, y con su luz, examiné atentamente los jardines; pero no encontré en ninguna parte signo alguno de los brutos. Me asomé y miré al pie del muro, a ver si estaba aún allí el cuerpo de la Bestia que había matado. Había desaparecido. Supuse que los demás monstruos se la habían llevado durante la noche.

»A continuación, bajé a la azotea, y fui al hueco del que se había desprendido la losa. Me asomé. Sí; allí estaba la piedra, tal como la había visto anteriormente, pero no había nada debajo de ella; ni pude ver a la criatura que había matado después. Evidentemente, también se las habían llevado. Di media vuelta y bajé al estudio. Allí, me senté abrumado. Estaba completamente agotado. Ya era de día; aunque los rayos del sol no calentaban aún. El reloj dio las cuatro...

«Desperté con un sobresalto y miré a mi alrededor. El reloj del rincón señalaba ahora las tres. Era ya por la tarde. Debí de dormir lo menos once horas.

»Con un movimiento repentino, me senté en el borde de la butaca y escuché. La casa estaba completamente en silencio. Me levanté, con una sensación de pesadez y bostecé. Estaba desesperadamente cansado todavía, y me senté otra vez, preguntándome qué me habría despertado.

»Debió de ser el reloj al dar las horas, pensé; y comenzaba ya a adormilarme otra vez, cuando un ruido repentino me despabiló. Fue un rumor de pasos; como de una persona andando cautelosamente por el corredor en dirección a mi estudio. Me puse de pie, rifle en mano. Aguardé en silencio. ¿Habrían entrado las criaturas mientras yo dormía? Aún me estaba haciendo esta pregunta, cuando los pasos llegaron a mi puerta, se detuvieron un momento, y luego siguieron por el corredor. Me acerqué sigilosamente y me asomé. Sentí una sensación de alivio, como la del hipotético criminal que ya no tiene que cometer su crimen: era mi hermana. Se dirigía a la escalera.

»Salí al corredor y cuando iba a llamarla, se me ocurrió que era muy raro que pasase por mi puerta de esa manera furtiva. Me sentía intrigado, y por un instante, me asaltó la súbita idea de que no era ella sino algún nuevo misterio de la casa. Luego, al verle sus viejas sayas, la idea se disipó tan rápidamente como había llegado y medio me reí. No podía haber equivocación alguna en esa

anticuada indumentaria. Sin embargo, me extrañó su conducta, y recordando su estado mental del día anterior, se me ocurrió que quizá fuese mejor seguirla calladamente —procurando no alarmarla— y ver adonde se dirigía. Si se comportaba juiciosamente, bien estaba; si no, tomaría medidas para impedirlo. No podía correr riesgos innecesarios con el peligro que nos amenazaba.

«Llegué rápidamente al borde de la escalera, y me detuve un instante. Luego oí un ruido que me hizo correr escaleras abajo a toda velocidad: era el chirrido de los cerrojos al ser descorridos. Esta estúpida hermana mía estaba efectivamente abriendo la puerta trasera.

»Llegué justamente cuando alargaba la mano al último cerrojo. No me había visto, y sólo se dio cuenta de mi presencia cuando le sujeté el brazo. Me miró vivamente, como un animal asustado y soltó un alarido.

»—Vamos, Mary —dije severamente—, ¿qué significa esta tontería? ¿Vas a decirme que no comprendes el peligro, que tratas de exponer nuestras vidas de esa manera?

»No replicó nada; temblaba violentamente, y jadeaba y sollozaba como si se hallase en el último extremo del terror.

«Durante unos minutos, razoné con ella, haciéndole ver la necesidad de ser precavidos, y pidiéndole que tuviese valor. Había poco que temer ahora, le expliqué —y traté de creer que decía la verdad—, pero debíamos ser prudentes, y no intentar salir de la casa en unos días.

»Por último, callé desesperado. Era inútil hablarle; evidentemente, no estaba en sus completos cabales. De modo que le dije que era mejor que subiese a su habitación si no podía portarse razonablemente.

»Aún seguía sin entender. Conque, sin más preámbulos, la cogí en brazos y la subí. Al principio gritó salvajemente; pero al llegar a la escalera, recayó en un mudo temblor.

»Una vez en su habitación, la deposité en la cama. Ella se quedó bastante tranquila, sin llorar ni decir nada; pero temblando en un estado de insuperable terror. Cogí una manta que había en una silla, y se la eché por encima. No podía hacer otra cosa por ella, así que fui adonde estaba echado Pepper en su cesto. Mi hermana se había encargado de cuidarlo, desde su herida, pues era más grave de lo que había supuesto, y me alegró observar que, pese a su estado mental, atendía al viejo perro con cariño. Me agaché, le hablé, y en respuesta, me lamió la mano débilmente. Estaba demasiado enfermo para hacer más.

«¡Luego me acerqué a mi hermana y le pregunté cómo se sentía; pero vi que aumentaban sus temblores; y, aunque me dolía mucho, tuve que admitir que mi presencia la empeoraba.

»Así que la dejé, cerrando la puerta y guardándome la llave en el bolsillo. Me pareció la única medida que podía tomar.

»El resto del día lo pasé entre la torre y mi estudio. En cuanto a la comida, me subí una hogaza de pan de la despensa; y con esto y un poco de vino, tuve para pasar el día.

»¡Qué largo y cansado fue! Si al menos hubiera podido salir a los jardines, como era mi costumbre, habría podido encontrar algún descanso; pero permanecer enjaulado en esta casa silenciosa, sin otra

compañía que una vieja loca y un perro enfermo, era suficiente para acabar con los nervios de la persona más templada; y afuera, en los enmarañados arbustos que rodeaban la casa —por lo que sabía yo—, acechaban aquellas infernales Bestias-cerdos, esperando la ocasión. ¿Ha habido jamás un hombre en semejante trance?

»Una vez, por la tarde y otra más adelante, subí a ver a mi hermana. La segunda vez la encontré atendiendo a Pepper; pero al acercarme se retiró discretamente al rincón más alejado, con un gesto que me entristeció inmensamente. ¡Pobrecilla! Su miedo me hería de forma insoportable, pero no quise importunarla innecesariamente. Confiaba en que se pondría mejor en pocos días; entretanto, no podía hacer nada; pero juzgué necesario —por duro que parezca— tenerla encerrada con llave en su habitación. Una cosa comprobé, que me dio ánimos: había tomado un poco de la comida que le había dejado en mi primera visita.

»Y así transcurrió el día.

»A medida que atardecía, el aire se iba haciendo más fresco; de modo que me dispuse a hacer los preparativos para pasar la segunda noche en la torre: me subí dos rifles de repuesto, y mi pesado levitón. Cargué los rifles y los dejé junto a la carabina; me proponía hacerle las cosas difíciles a cualquier criatura que asomase durante la noche. Tenía bastante munición, y pensaba dar a los brutos tal lección, que les hiciese renunciar definitivamente a seguir intentado forzar la entrada.

»A continuación efectué una ronda por la casa, otra vez, poniendo particular atención en los puntales que reforzaban la puerta del estudio. Luego, viendo que había hecho cuanto estaba en mi mano, regresé a la torre, acercándome antes a ver a mi hermana y a Pepper, de camino. Pepper estaba dormido, pero se despertó al entrar yo, y agitó la cola en señal de reconocimiento. Me pareció que se sentía algo mejor. Mi hermana estaba echada en la cama, pero no logré averiguar si dormía o no, así que la dejé.

»Al llegar a la torre me acomodé todo lo que las circunstancias me permitían, y me dispuse a vigilar durante la noche. Gradualmente, fue oscureciendo, y no tardaron en sumirse en sombras los distintos detalles de los jardines. Durante las primeras horas, permanecí alerta, atento a cualquier ruido que pudiese delatar algún movimiento, abajo. Estaba demasiado oscuro para que mis ojos viesen nada.

»Las horas transcurrían lentamente, sin que sucediese nada anormal. Salió la luna y se elevó, iluminando los jardines aparentemente vacíos, inmóviles y callados.

«Hacia el amanecer, empecé a sentirme entumecido y frío por la larga vigilia; estaba muy preocupado también ante la prolongada inacción de las criaturas. Desconfiaba y hubiera preferido que atacasen la casa abiertamente. Entonces, al menos, habría podido calcular el peligro y enfrentarme a él; pero esperar de esta manera, durante toda la noche, imaginando toda clase de amenazas desconocidas, era como para perder el juicio. Una vez o dos, me vino la idea de que quizá se habían ido; pero, en el fondo, sabía que era imposible.

EN LOS SÓTANOS

»Por último, aunque estaba aterido y cansado y me dominaba el nerviosismo, decidí dar una vuelta por la casa: primero pasaría por mi estudio para tomar una copa de coñac, que me hiciese entrar en calor. Así lo hice, y una vez allí, examiné la puerta cuidadosamente; pero la encontré tal como la había dejado la noche anterior.

«Empezaba justamente a clarear el día, cuando bajé de la torre; pero la casa estaba aún bastante oscura para poder ver sin una luz, así que me llevé una de las velas del estudio para efectuar la ronda. Cuando terminé de inspeccionar la planta baja, entraba ya una claridad desmayada por las ventanas. No descubrí nada nuevo. Todo parecía estar en orden; y, a punto de acabármela la vela, se me ocurrió echar otra mirada a los sótanos. Si no recordaba mal, no había estado en ellos desde la precipitada inspección de la noche del ataque.

«Durante medio minuto quizá vacilé. De muy buena gana habría renunciado a esta tarea —como supongo que le habría ocurrido a cualquiera—, pues de todas las inmensas y sobrecogedoras estancias de esta casa, los sótanos son las más tremendas y siniestras. Enormes, lúgubres cavernas cerradas a la luz del día. Sin embargo, no eludí esta misión. Sabía que eso habría sido una pura cobardía. Además, como me aseguraba a mí mismo, los sótanos eran el lugar donde menos probabilidad había de encontrarme con nada peligroso, dado que sólo se puede entrar por la pesada puerta de roble, cuya llave llevo siempre encima.

»En el más pequeño de estos recintos es donde guardo el vino: se trata de una cavidad cercana a la escalera, más allá de la cual he entrado pocas veces. Efectivamente, aparte de la precipitada ronda de inspección a la que me he referido, no recuerdo haber entrado ninguna vez anteriormente.

»Al abrir la pesada puerta, en lo alto de la escalera, me detuve un momento ante el olor extraño y desolado que asaltó mis sentidos. Luego, con el cañón de mi arma por delante, descendí despacio a la oscuridad de las regiones subterráneas.

»Al llegar al pie de la escalera, me detuve un minuto y escuché. Todo estaba en silencio, salvo un débil gotear de agua, que sonaba a mi izquierda. Observé entonces lo quieta que estaba la Llama de mi vela: ni un parpadeo, ni un temblor la estremecía, tan inmóvil estaba el aire del lugar.

«Tranquilamente, fui recorriendo sótano tras sótano. Tenía una idea muy vaga de su distribución. La impresión que me había quedado del primer registro era muy confusa. Recordaba una serie de grandes sótanos, uno de ellos más grande que los demás, cuyo techo estaba sostenido por pilares; aparte de eso, no recordaba nada, sino una sensación de frío y oscuridad y sombras. Ahora, sin embargo, era distinto: aunque nervioso, estaba lo bastante sereno como para observar a mi alrededor, y apreciar la estructura y dimensiones de las diferentes criptas que inspeccionaba.

«Naturalmente, con la escasa luz que proporcionaba la vela, no era posible examinar con todo detalle hasta los últimos rincones, pero bastaba para darme cuenta, al pasar, de que las paredes estaban construidas con asombrosa precisión y acabado; de vez en cuando, se alzaba algún sólido pilar, que sostenía el techo abovedado.

»Finalmente, llegué al gran sótano que recordaba. Se pasa a él por una enorme entrada en arco, en la que descubrí curiosos y fantásticos relieves que proyectaban extrañas sombras bajo la luz de mi vela. Al detenerme a examinarlos, me sorprendió comprobar lo poco que conocía mi propia casa. Sin embargo, resulta fácilmente explicable, dadas las dimensiones de este antiguo edificio, y teniendo en cuenta que sólo vivimos mi vieja hermana y yo, y que ocupamos únicamente las habitaciones imprescindibles a nuestras necesidades.

«Sosteniendo en alto la luz, entré en el sótano, avanzando despacio hacia mi derecha, hasta que llegué al otro extremo. Iba lentamente, mirando con precaución a mi alrededor a medida que avanzaba. Pero por lo que la luz me revelaba, no había nada fuera de lo normal.

»Al llegar al fondo, di la vuelta hacia mi izquierda, siguiendo siempre junto al muro, hasta recorrer todo el inmenso recinto. Mientras caminaba, observé que el suelo era de sólida roca, en algunos lugares cubierta de húmedo moho, y en otros desnuda, o casi, con una ligera capa de polvo gris.

«Me detuve otra vez en la entrada. Entonces di media vuelta, y me dirigí al centro del recinto, cruzando por entre los pilares y mirando a derecha e izquierda al pasar. Como a mitad del recorrido, mi pie tropezó con algo que produjo un sonido metálico. Me incliné, acerqué la vela, y vi que el objeto al que había dado una patada era una gran argolla de hierro. Inclinéme un poco más, limpié el polvo a su alrededor y descubrí que estaba unida a una pesada trampa, ennegrecida por el tiempo.

«Excitado y curioso por saber adonde conduciría, dejé el arma en el suelo, pegué la vela en el guardamonte, cogí la argolla con ambas manos y tiré. La trampa chirrió sonoramente —el ruido despertó un eco vago en el ámbito del recinto— y se abrió pesadamente.

«Sosteniendo el canto con la rodilla, alcancé la vela y la acerqué a la abertura, moviéndola a derecha e izquierda; pero no vi nada. Me quedé perplejo y sorprendido. No se veía escalera de ninguna clase, ni señales de que la hubiese habido alguna vez. Sólo una negrura vacía. Era como mirar un pozo sin fondo y sin paredes. De pronto, cuando aún estaba mirando, lleno de perplejidad, me pareció oír, muy abajo, como a incalculable profundidad, un débil rumor. Acerqué la cabeza rápidamente a la abertura, y escuché con intensidad. Puede que lo hubiese imaginado, pero habría podido jurar que había sido una débil risa, que aumentó hasta convertirse en una carcajada apagada y distante. Sobresaltado, me eché hacia atrás, dejando caer la trampa con un golpe estrepitoso que llenó de ecos todo el sótano. Aun entonces, me pareció seguir oyendo la risa burlona y sugerente; pero esto, pensé, no podía ser otra cosa que mera figuración. El sonido que me había parecido oír allá abajo había sido demasiado débil para que pudiese traspasar el grueso espesor de la trampa.

»Durante un minuto entero, permanecí allí, mirando nervioso a mi alrededor; pero el gran sótano estaba silencioso como una tumba, y gradualmente, logré superar mi sensación de terror. Con el espíritu más calmado, sentí otra vez curiosidad por saber adonde daba esa trampa; pero no tuve valor para abrirla de nuevo. Lo que sí debía hacer, en cambio, era asegurarla como pudiera. De modo que coloqué sobre ella varios bloques de piedra desbastada que había visto junto a la pared en mi recorrido.

«Luego, tras un reconocimiento final del resto del lugar, volví sobre mis pasos a lo largo de los sótanos, hasta la escalera, y salí a la luz del día, con una sensación de infinito alivio, tras haber cumplido esta desagradable tarea.

EL TIEMPO DE LA ESPERA

»El sol era ahora cálido y radiante, contrastando maravillosamente con los oscuros y lóbregos sótanos. Con una sensación de ligereza, me dirigí a la torre para vigilar los jardines. Allí lo encontré todo tranquilo, y unos minutos más tarde bajé a la habitación de Mary.

»Aquí, tras llamar y recibir contestación, abrí la puerta. Mi hermana estaba sentada en la cama, tranquila, como esperando. Parecía completamente recobrada, y no hizo ningún ademán de huir al acercarme; sin embargo, observé que me estudiaba expectante la cara, como dudosa, y no muy convencida de que no tenía nada que temer de mí.

»A mis preguntas sobre cómo se sentía, ella replicó, muy juiciosamente, que tenía hambre y que le gustaría bajar a preparar el desayuno, si no me importaba. Durante un minuto, reflexioné sobre si sería prudente dejarla salir. Por último, le dije que podía ir, a condición de que me prometiese no intentar salir de la casa, ni abrir ninguna de las puertas exteriores. Al mencionarle las puertas, una súbita expresión de miedo cruzó por su rostro; pero no dijo nada, aparte de prometer lo que le había pedido, y luego salió de la habitación en silencio.

»Crucé la estancia y me acerqué a Pepper. Se había despertado al entrar yo; pero, aparte de un ligero gañido de placer y una suave agitación de cola, permaneció quieto. Al acariciarlo, intentó ponerse de pie, y lo logró, sólo para caer de costado, con un breve gemido de dolor.

»Le hablé, le ordené que se estuviese quieto. Me alegré inmensamente de su mejoría, y también de la natural bondad de corazón de mi hermana, que lo cuidaba con tanto cariño, a pesar de su estado mental. Un rato después, lo dejé y bajé a mi estudio.

»Al poco tiempo apareció Mary con una bandeja en la que humeaba un desayuno caliente. Al entrar en la habitación, la vi fijarse en los puntales que reforzaban la puerta del estudio; sus labios se pusieron tirantes, y me pareció que palidecía ligeramente; pero eso fue todo. Dejó la bandeja junto a mi codo, y cuando se disponía a abandonar la habitación en silencio, la llamé. Se acercó, con cierta timidez, y observé que su mano se cogía nerviosa al delantal.

»—Vamos, Mary —dije—; ¡ánimate! Las cosas parecen más optimistas. No he visto a ninguna de las criaturas desde anteanoche.

»Ella me miró de manera singularmente sorprendida, como si no entendiese de qué hablaba. Luego

asomó a sus ojos la comprensión y el temor; pero no dijo nada, aparte de un ininteligible murmullo de asentimiento. Después de eso, guardó silencio; era evidente que sus alterados nervios no podían soportar la menor alusión a las Bestias-cerdos.

«Tan pronto como terminé de desayunar, subí a la torre. Durante la mayor parte del día, mantuve una estricta vigilancia sobre los jardines. Una o dos veces, bajé a ver cómo se desenvolvía mi hermana. Las dos la encontré tranquila y extrañamente sumisa. En efecto, en la última ocasión incluso se atrevió a hablarme sobre cierta cuestión doméstica que había que atender. Aunque lo hizo con una timidez casi inusitada, la acogí con alegría, ya que era la primera vez que me dirigía la palabra desde el crítico instante en que la sorprendí descorriendo el cerrojo de la puerta trasera para salir adonde acechaban aquellos brutos. Me preguntaba si tenía conciencia de lo que había intentado hacer, y lo cerca que había estado de perdernos a los dos; pero me abstuve de preguntarle nada, pensando que lo mejor era dejarlo estar.

»Esa noche dormí en mi cama; la primera desde hacía dos días. Por la mañana, me levanté temprano y efectué un recorrido por la casa. Todo estaba como debía, y subí a la torre a echar un vistazo a los jardines. Aquí, otra vez, encontré una quietud perfecta.

»En el desayuno, cuando me encontré con Mary, me alegró comprobar que había recobrado el suficiente dominio de sí como para saludarme de manera natural. Habló con sensatez y serenidad, evitando sólo el hacer ninguna referencia a los dos días pasados. Por mi parte, le seguí la corriente, y no intenté llevar la conversación hacia esos derroteros.

»Un rato antes, había ido a ver a Pepper. Se estaba restableciendo rápidamente; y llegaría a ponerse de pie, cabalmente, en un día o dos. Antes de levantarme de la mesa del desayuno, hice algún comentario sobre su mejoría. En la breve charla que siguió, me sorprendió observar, por sus comentarios, que aún creía que aquellas heridas se las había causado el gato salvaje de mi invención. Esto hizo que me sintiese avergonzado de mí mismo por engañarla. Sin embargo, le había mentado para que no se asustase. Y luego pensé que sabía la verdad, después de que aquellas bestias atacaron la casa.

«Durante el día, me mantuve alerta; pasé mucho tiempo, como el día anterior, en la torre; pero no pude ver signo alguno de las Bestias-cerdos; ni oí ruido alguno. Varias veces llegué a pensar que esos seres nos habían dejado definitivamente, aunque hasta ahora me había negado a admitir tal idea seriamente; ahora, sin embargo, empezaba a comprender que había motivos para abrigar tal esperanza. Pronto haría tres días que había dejado de verlos; no obstante, tenía el propósito de actuar con la mayor precaución. Esta prolongada ausencia podía ser una argucia para tentarme a salir de la casa..., para ir, quizá, directamente a sus garras. La idea de tal contingencia bastaba para volverme prudente.

»De este modo transcurrió un cuarto, un quinto y un sexto día, sin novedad alguna, y sin que yo intentase salir.

»Al sexto, tuve la alegría de ver a Pepper de pie una vez más; y aunque aún se le notaba débil, se las arregló para acompañarme todo el día.

LA INSPECCIÓN DE LOS JARDINES

«¡Cuan lentamente pasaba el tiempo!, y sin un detalle que delatase la presencia de los brutos en los jardines.

»Fue al noveno día cuando, finalmente, decidí correr el riesgo, si es que había alguno, y efectuar una salida. Con este propósito, cargué una de las escopetas escogiéndola cuidadosamente, ya que a corta distancia era más eficaz que un rifle; a continuación, tras una última ojeada al terreno desde la torre, llamé a Pepper para que me siguiese, y bajé.

»Una vez en la puerta, debo confesar que vacilé un momento. El pensamiento de lo que podía estar agazapado, aguardándome entre los oscuros matorrales, de ningún modo contribuía a alentar mi resolución. Fue un segundo, sin embargo; luego, descorrí los cerrojos y salí al sendero que arrancaba de la puerta.

«Pepper me siguió, se detuvo en el umbral y olfateó recelosamente, paseando el hocico de arriba abajo por las jambas, como siguiendo un olor. Luego, de pronto, se volvió vivamente, y empezó a correr de aquí para allá, en semicírculos y círculos, alrededor de la puerta, volviendo finalmente al umbral. Aquí comenzó de nuevo a olfatear.

»Hasta ahora, yo había permanecido quieto, observando al perro, aunque sin dejar de vigilar todo este tiempo por el rabillo del ojo la enmarañada maleza de los jardines que se extendían a mi alrededor. Luego fui hacia él, y me incliné para examinar la superficie de la puerta que había estado olfateando. Descubrí que la madera estaba cubierta de un sinfín de arañazos que se cruzaban y entrecruzaban en intrincada confusión. También observé que las jambas tenían partes roídas. Aparte de esto, no encontré nada; de modo que me incorporé y empecé mi ronda alrededor de la pared de la casa.

»Pepper, tan pronto como me alejé, dejó la puerta y echó a correr olisqueando y venteando a medida que avanzábamos. A veces, se detenía a investigar. Aquí, había un agujero de bala, o tal vez una estopa manchada de pólvora. Allí, era un trozo de césped pisoteado o un rodal de hierba alborotada en el camino; pero, salvo estos detalles insignificantes, no encontró nada. Yo lo observaba atentamente, mientras andaba de un lado para otro, y no lograba descubrir ninguna inquietud especial en su comportamiento, que indicase la proximidad de alguna de las criaturas. Por esto, tuve la seguridad de que los jardines estaban vacíos, de momento al menos, de esos Seres

abominables. A Pepper no se le podía engañar con facilidad; era un alivio saber que se daría cuenta, y me advertiría oportunamente, si surgía algún peligro.

»Al llegar al lugar donde había disparado a la primera de las criaturas, me detuve y efectué una minuciosa inspección; pero no encontré nada. De aquí, me dirigí adonde había caído la enorme losa del caballete. Estaba ladeada, al parecer, tal como la había dejado el bruto al que disparé cuando intentaba moverla. A medio metro de uno de sus extremos, había un gran hoyo en el suelo, que indicaba el lugar donde había ido a dar al caer. El otro extremo estaba aún incrustado en la hendidura, mitad dentro, mitad fuera. Me acerqué y examiné la piedra con atención. ¡Qué enorme era! Y pensar que aquella bestia la había movido sin ayuda, en su intento de sacar lo que había debajo.

»Di la vuelta, y me asomé al otro lado de la piedra. Por esta parte era posible mirar debajo, pues quedaba un hueco de casi medio metro. No obstante, no vi ni rastro de las criaturas aplastadas, cosa que me dejó muy sorprendido. Había supuesto, como ya he dicho antes, que se habían llevado los restos; no obstante, no podía imaginar que lo hubiesen hecho tan completamente, hasta el punto de no dejar huella alguna debajo de la piedra. Había visto cómo la losa abatía a varios de los brutos, con tal fuerza que debieron quedar literalmente sepultados bajo tierra; ahora, en cambio, no se veía un solo vestigio... ni una sola mancha de sangre.

»Me sentía más confundido que nunca, mientras le daba vueltas al asunto; pero no se me ocurría una explicación plausible, así que, finalmente, lo dejé a un lado, como una de las muchas cosas que me resultaban inexplicables.

»De aquí, me dirigí a la puerta de mi estudio. Pude ver ahora, más tranquilamente, el efecto de los tremendos asaltos a que había estado sometida; y me maravillé al comprobar cómo los había resistido tan bien, aun con el refuerzo de los puntales. No había señales de golpes —efectivamente, no habían dado ninguno—, pero la puerta había quedado lateralmente arrancada de sus goznes, debido a la inerte, silenciosa fuerza soportada. Y descubrí un detalle que me impresionó no poco: la cabeza de uno de los puntales se había incrustado literalmente en la tabla. Esto bastaba por sí solo para darme una idea de la fuerza que las criaturas habían hecho para derribarla, y lo cerca que habían estado de conseguirlo.

«Salí y continué mi ronda por la casa; en la parte de atrás, me tropecé en medio de la hierba, al pie de la ventana rota, con el trozo de canalón que yo había arrancado de la pared.

»Luego regresé a la casa, volví a echar el cerrojo a la puerta, y subí a la torre. Aquí, pasé la tarde leyendo y mirando de vez en cuando hacia los jardines. Había decidido, si la noche transcurría tranquila, ir al Pozo a la mañana siguiente. Quizá allí podría averiguar algo de lo que había sucedido. Se fue el día, y llegó la noche, que pasó como habían pasado las anteriores.

«Cuando me levanté, había empezado un amanecer hermoso y diáfano; y decidí poner en práctica mi proyecto. Durante el desayuno, estudié cuidadosamente la cuestión; después de lo cual, fui al estudio a buscar la escopeta. Además, cargué una pistola pequeña, aunque pesada, y me la metí en el bolsillo. Sabía muy bien que todo el peligro provenía del Pozo, de modo que quería estar prevenido.

»Salí del estudio y bajé a la puerta de atrás, seguido de Pepper. Una vez en el exterior, eché una rápida mirada a los jardines de los alrededores, y luego me dirigí al Pozo. Por el camino, mantuve atenta la mirada, con mi escopeta preparada. Pepper corría delante sin vacilaciones, por lo que

deduje que no percibía peligro inminente alguno, y apreté el paso tras él. Había llegado a lo alto del Pozo, ahora, y olfateaba a lo largo del borde.

»Un minuto después estaba a su lado, y me asomaba al Pozo. Por un instante, me pareció increíble que fuese el mismo lugar, tal era el cambio que había sufrido. La oscura, frondosa hondonada de hacía un par de semanas, con un riachuelo que discurría perezosamente, oculto entre el follaje, no existía ya. En su lugar, mis ojos contemplaban una quebrada hendidura, parcialmente llena por un oscuro lago de turbias aguas. Toda una vertiente del barranco había quedado despojada de maleza., y mostraba la roca desnuda.

»Un poco a mi izquierda, la pared del Pozo parecía haberse derrumbado completamente, formando una profunda grieta en V en la cara rocosa de la escarpa. Esta grieta corría desde el borde superior del barranco, casi hasta el agua, y penetraba en la pared del Pozo hasta unos quince metros. Su abertura era lo menos de unos seis metros de anchura, y parecía estrecharse hasta dos metros tan sólo. Pero lo que atraía mi atención, más incluso que la grieta misma, era el gran agujero que había aparecido debajo de la grieta, justo en el ángulo de la V. Estaba claramente definido, y por la forma se parecía mucho a una entrada; aunque, tal como quedaba en la oscuridad, no podía verse muy claramente.

»La pared opuesta del Pozo aún conservaba su vegetación; pero estaba tan destrozada en algunas zonas, y cubierta de polvo y piedras, que era difícilmente identificable.

»Mi primera suposición de que se trataba de un corrimiento de tierra, según empezaba a ver, no bastaba para explicar todos los cambios que tenía ante mí. ¿Y el agua...? Me volví de repente; pues me había dado cuenta de que, a mi derecha, sonaba un rumor de agua. No podía ver nada; pero, ahora que me fijaba en ello, me daba cuenta de que provenía de algún lugar del extremo este del Pozo.

«Lentamente, me encaminé en esa dirección; el ruido aumentaba claramente a medida que avanzaba, hasta que, poco después, me encontraba exactamente encima. Aun entonces, no pude ver la causa, hasta que me arrodillé y asomé la cabeza por el corte. Aquí, me llegó claramente el ruido; y vi, allá abajo, un torrente de agua clara que brotaba de una pequeña grieta en la pared del Pozo, y se precipitaba, por entre las rocas, en el lago de abajo. Un poco más lejos, en el mismo corte, vi otro; y más allá, también, dos más pequeños. Estos, pues, contribuían a explicar la cantidad de agua del Pozo; y si la caída de rocas y tierra había bloqueado la salida de la corriente por el fondo, había poca duda de que eran la causa de que se hubiese formado este lago.

»Sin embargo, me tenía perplejo el aspecto hendido del lugar; estos arroyuelos, y la enorme grieta, ¡tan arriba del barranco! Me parecía que se necesitaba algo más que un corrimiento de tierra serio para explicarlo todo. Imaginaba que un terremoto y una gran explosión podían originar un estado de cosas como el existente; pero no había ocurrido nada de eso. Luego, me incorporé rápidamente, recordando el estampido y la nube de polvo que brotó a continuación, elevándose muy alto en el aire. Pero moví la cabeza negativamente, con escepticismo. ¡No!, debió de ser el ruido de las rocas y la tierra al derrumbarse, lo que lo había producido; por supuesto, la enorme polvareda se había levantado de manera natural. A pesar de mi razonamiento, tenía la incómoda impresión de que esta teoría no satisfacía mi sentido de la probabilidad; y sin embargo, ¿qué otra había que me resultase la mitad de convincente? Pepper se había tumbado en la hierba, mientras yo me hacía este razonamiento. Ahora, al dirigirme hacia la parte norte del barranco, se levantó y me siguió.

«Lentamente, y manteniendo una atenta vigilancia en todas direcciones, di un rodeo al Pozo, pero descubrí muy poco más, aparte de lo que ya había visto. En el extremo oeste, vi cuatro cascadas consecutivas. Estaban a considerable altura... a unos quince metros de la superficie del lago, según calculé.

«Anduve deambulando un rato más, con los ojos y oídos bien atentos, aunque sin ver ni oír nada sospechoso. Todo el lugar estaba maravillosamente tranquilo; efectivamente, salvo el continuo murmullo del agua, en la parte de más arriba, ningún ruido rompía el silencio.

»Durante todo este tiempo, Pepper no había manifestado signo alguno de inquietud. Esto parecía indicarme que, por el momento al menos, no había ninguna de aquellas Criaturas-cerdos en las proximidades. Por lo que yo podía ver, su atención parecía haberse centrado principalmente en escarbar y olisquear en la hierba, en el mismo borde del Pozo. A veces se alejaba del borde, y corría en dirección a la casa, como siguiendo un rastro invisible; pero en todos los casos, regresaba a los pocos minutos. Me cabía poca duda de que, efectivamente, rastreaba las pisadas de las Bestias-cerdos; y el mismo hecho de que todas ellas parecían conducirlo hasta el Pozo, era una prueba de que los brutos habían regresado todos al lugar de donde habían salido.

»A mediodía, volví a casa a comer. Por la tarde, efectué una inspección parcial de los jardines, acompañado de Pepper; pero no encontré nada que revelase la presencia de las criaturas.

»Una de las veces, mientras nos abríamos paso a través de la maleza, Pepper se precipitó entre unos arbustos con un ladrido feroz. A lo cual di un salto atrás, súbitamente asustado, y apunté con mi escopeta, preparado; pero sólo para reírme nerviosamente al reaparecer Pepper, persiguiendo a un desventurado gato. Hacia el atardecer, abandoné la búsqueda, y regresé a la casa. De repente, al pasar junto a un espeso grupo de matorrales, a nuestra derecha, Pepper desapareció, y pude oírle olfatear y gruñir de manera sospechosa entre la maleza. Con el cañón de mi escopeta, aparté las ramas que obstruían el paso, y eché una mirada. No se veía nada, aparte de un montón de ramas dobladas o rotas, como si algún animal hubiese estado agazapado allí, no hacía mucho tiempo. Probablemente, pensé, era uno de los lugares que había ocupado alguna de las Criaturas-cerdos la noche del ataque.

»Al día siguiente, reanudé mi exploración por los jardines; pero sin resultado. Al llegar la noche, los había revisado por completo, y tenía la certeza, sin la menor sombra de duda, de que no había oculto en toda la zona ninguno de aquellos Seres. Efectivamente, desde entonces he pensado muchas veces que había sido correcta mi primera suposición de que se habían marchado poco después del ataque.

EL POZO SUBTERRÁNEO

«Transcurrió otra semana, durante la cual pasé mucho tiempo en la boca del Pozo. Había llegado a la conclusión, unos días antes, de que el arqueado agujero del vértice de la gran grieta era el lugar por donde habían salido las Criaturas-cerdos, de alguna impía región de las entrañas del mundo. Más tarde me enteraría de lo cerca que había estado de la probable verdad.

»Es fácil comprender que me sentí tremendamente curioso, aunque muy precavido también, por saber a qué región infernal conducía dicho agujero; aunque no me seducía la idea de efectuar una investigación. Me imponía demasiado el horror hacia las Criaturas-cerdos, para pensar en aventurarme a entrar, de buenas a primeras, en un sitio donde posiblemente iba a tropezarme con ellas.

»De manera gradual, sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, este sentimiento fue disminuyendo sensiblemente, de suerte que, pocos días más tarde, me dio por pensar que tal vez fuera factible bajar a echar una mirada a la cueva. No me sentía tan radicalmente opuesto a la idea como se podría imaginar. Sin embargo, no creo que, aun entonces, se me hubiese ocurrido realmente intentar ninguna aventura descabellada. Por lo que yo sabía, entrar en esta abertura podía significar una muerte cierta. Y no obstante, es tal la obstinación de la curiosidad humana que, finalmente, mi mayor deseo no fue otro que averiguar qué había más allá de aquella entrada tenebrosa.

«Lentamente, a medida que transcurrían los días, mi miedo a las Bestias-cerdos se iba convirtiendo en una emoción del pasado... un recuerdo increíble y desagradable, más que otra cosa.

»Así llegó un día en que, rechazando temores y figuraciones, busqué una cuerda en la casa, y tras amarrar firmemente un extremo en un árbol, en lo alto de la grieta, y a cierta distancia del borde del Pozo, dejé caer el otro por el corte, hasta que quedó colgando justamente delante de la boca de la oscura cueva.

«Luego, cautelosamente, y con muchos recelos de que era una locura lo que estaba haciendo, descendí poco a poco, utilizando la cuerda como soporte, hasta que llegué a la entrada. Aquí, sin soltarme de la cuerda, me asomé. Todo estaba completamente oscuro, y no me llegaba ruido alguno. Sin embargo, un momento después, me pareció oír algo. Contuve el aliento, y presté atención; pero todo estaba silencioso como una tumba, y solté el aire libremente otra vez. En ese

mismo instante, oí de nuevo el ruido. Era como el rumor de una respiración fatigosa, profunda, prolongada. Durante un segundo, me quedé petrificado, incapaz de moverme. Luego los ruidos cesaron otra vez,, y no pude oír nada.

«Mientras estaba allí, expectante, mi pie desprendió un guijarro, que cayó hacia adentro, en la oscuridad, produciendo un ruido cavernoso. A continuación, el ruido se repitió una docena de veces, y cada uno de los ecos sucesivos se fue haciendo más remoto y distante, hasta que todo quedó en silencio otra vez, y oí la misma respiración solapada; a cada respiración mía, oía otra a modo de respuesta. El sonido parecía acercarse; y entonces oí varias otras, aunque más débiles y distantes. Aún no sé cómo no cogí la cuerda y me puse a salvo. Era como si me hubiese quedado paralizado. Y de repente, empecé a sudar copiosamente. Traté de humedecerme los labios con la lengua. La garganta se me había quedado sin saliva. Tuve un acceso de tos seca, que me fue contestado en una docena de tonos burlescos, horribles, guturales. Miré impotente hacia la oscuridad, pero seguí sin ver nada. Tenía una sensación extraña, sofocante, y tosí otra vez. Y nuevamente resonó el eco, elevándose y disminuyendo grotescamente, hasta perderse lentamente en un silencio apagado.

«Entonces, súbitamente, me vino una idea, y contuve el aliento. Una vez más, la respiración aquella se detuvo. Volví a respirar, y de nuevo comenzó la otra. Pero ahora ya no tuve miedo. Sabía que los extraños sonidos no los producía ninguna Criatura-cerdo agazapada, sino que eran simplemente el eco de mi propia respiración.

»Sin embargo, me había producido tal impresión, que fue un alivio para mí escalar la pared de la grieta y recoger la cuerda. Estaba demasiado alterado y nervioso para internarme en el agujero, en esta ocasión; de modo que regresé a casa. A la mañana siguiente, me sentí más recobrado, pero ni aun entonces tuve valor suficiente para ir a explorar el lugar.

»A todo esto, el agua del Pozo había ido aumentando lentamente, y ahora el nivel se hallaba a poca distancia de la abertura. Al ritmo que crecía, llegaría a la cueva en menos de otra semana; esto me hizo comprender que, a menos que practicase rápidamente una inspección, me quedaría sin hacerla definitivamente, ya que el agua subiría más y más, y la abertura quedaría sumergida. Puede que fuese este pensamiento lo que me movió a actuar; sea como fuere, un par de días más tarde me encontraba en lo alto del corte, completamente equipado para la empresa.

»Esta vez estaba decidido a vencer mis aprensiones y afrontar la cuestión decididamente. Con este fin, me había traído, además de la cuerda, un paquete de velas, con idea de utilizarlas a modo de antorcha, así como mi escopeta de cañón doble. En el cinturón llevaba un pesado revólver cargado con cartuchos de perdigones.

«Como antes, amarré la cuerda al árbol. Luego, me até la escopeta atravesada en los hombros, y descendí por el borde del Pozo. Al verme hacer esto, Pepper, que había estado presenciando con expectación todos mis preparativos, se puso de pie y corrió hacia mí, medio ladrando, medio gimiendo, a modo de advertencia, según me pareció. Pero yo estaba decidido a proseguir en mi empresa, así que le ordené que se tumbase. Mucho me habría gustado llevarlo conmigo; - pero era prácticamente imposible, dadas las circunstancias. Al llegar mi cara a ras del suelo, me dio un lametón en la boca; luego, agarrándose la manga con los dientes, empezó a tirar con fuerza. Era evidente por demás que no quería que bajase. Sin embargo, estaba decidido, no quería renunciar a este intento; y tras una severa orden a Pepper para que me soltase, proseguí mi descenso, dejando al pobre y viejo compañero en lo alto, ladrando y llorando como un cachorrillo abandonado.

«Cuidadosamente, descendí de saliente en saliente. Sabía que si resbalaba podía darme un chapuzón.

»Al llegar a la entrada, solté la cuerda y me desaté la escopeta de los hombros. Luego, tras una última mirada al cielo —que, según observé, se estaba nublando rápidamente—, di un par de pasos, a fin de protegerme del viento, y encendí una de las velas; sosteniéndola por encima de la cabeza, y con la escopeta firmemente cogida, empecé a avanzar despacio, mirando en todas direcciones.

«Durante el primer minuto pude oír los melancólicos aullidos de Pepper, que llegaban hasta abajo. Gradualmente, a medida que penetraba en la oscuridad, se fueron haciendo más débiles, hasta que poco después dejé de oírlos por completo. La cueva se inclinaba en ligera pendiente hacia abajo, un poco a la izquierda. Seguí avanzando, sin parar de torcer a la izquierda, hasta que vi que tomaba claramente la dirección de la casa.

»Muy cautelosamente, avancé, deteniéndome cada pocos pasos a escuchar. Habría recorrido un centenar de metros, quizá, cuando de pronto me pareció captar un débil ruido en algún punto, al fondo del pasadizo. Con el corazón palpitante, presté atención. El ruido aumentó sensiblemente, y parecía aproximarse con rapidez. Ahora podía oírlo con claridad. Eran pisadas suaves, de unos pies presurosos. En los primeros momentos de temor, me detuve indeciso; no sabía si avanzar o retroceder. Luego, comprendiendo de pronto que era lo mejor, pegué la espalda a la pared rocosa de mi derecha, y alzando la vela por encima de la cabeza, aguardé —escopeta en mano—, maldiciendo mi insensata curiosidad, que me había metido en semejante aprieto.

»No tuve que esperar mucho, sino unos segundos; y un par de ojos reflejaron desde la oscuridad los resplandores de mi vela. Levanté la escopeta, utilizando mi mano derecha tan sólo, y apunté rápidamente. Al hacerlo, algo saltó de la oscuridad con un escandaloso ladrido de alegría que provocó unos ecos atronadores. Era Pepper. No podía imaginar cómo se las había arreglado para bajar por el precipicio. Al pasarle la mano, nervioso, por encima del lomo, noté que estaba chorreando, y deduje que al intentar seguirme, debió de caer al agua, desde donde no le resultó difícil trepar.

»Tras esperar un minuto más o menos, para sobreponerme, reanudé la marcha, seguido de Pepper. Me alegré bastante de tener a mi viejo camarada conmigo. Era una compañía, y en cierto modo, con él en los talones me sentía menos temeroso. Además, sabía lo de prisa que su fino oído detectaría la presencia de cualquier criatura inoportuna, de haber alguna en medio de la oscuridad reinante.

«Durante unos minutos, caminamos despacio; el pasadizo seguía en dirección a la casa. No tardaríamos en estar exactamente debajo de ella, si se prolongaba lo suficiente. Continué cautelosamente durante otros cincuenta metros. Luego me detuve y levanté la luz; y tuve motivos de sobra para dar gracias por haberlo hecho; pues allí, a menos de tres pasos, el sendero desaparecía, y en su lugar se abría una repentina negrura de vacío que me dejó sobrecogido.

»Muy despacio, avancé y me asomé; pero, no pude ver nada. Luego crucé a la izquierda del pasadizo para ver si había alguna continuación del sendero. Aquí, justamente adosada en el muro, descubrí una estrecha cornisa de un metro de ancho que seguía adelante. Con mucho cuidado, continué por ella; pero no había avanzado mucho, cuando ya me arrepentí de haberme aventurado. Pues a los pocos pasos, el sendero, estrecho de por sí, se convertía en un mero saliente que tenía, a un lado, la sólida, inexorable roca, que se elevaba en forma de altísima pared, hasta un techo invisible, y al otro, el abismo insondable. No pude por menos de pensar cuan indefenso me

encontraba, si era atacado allí, sin espacio para dar la vuelta, y donde, incluso el retroceso de mi arma podía bastar para lanzarme de cabeza a las profundidades.

»Para mi inmenso alivio, un poco más allá la cornisa recobraba su anchura anterior. Gradualmente, mientras avanzaba, noté que el sendero giraba invariablemente a la derecha, de modo que unos minutos más tarde descubrí que no avanzaba, sino que, sencillamente, estaba bordeando el enorme abismo. Evidentemente, había llegado al final del largo pasadizo.

«Cinco minutos más tarde, me encontraba en el punto de partida; había dado una vuelta completa a lo que adivinaba ahora que era un inmenso pozo, cuya boca debía de tener no menos de un centenar de metros de diámetro.

«Durante un rato, permanecí sumido en completa perplejidad. ¿Qué significaba todo aquello?, era la pregunta que empezaba a repetirse en mi cerebro.

»Una idea me sobrevino de repente, y miré a mi alrededor, en busca de una piedra. Encontré un trozo de roca, del tamaño de una pequeña hogaza de pan. Encajé la vela en una grieta del suelo, y regresé al borde; y tomando un ligero impulso, lancé la piedra hacia el abismo, con intención de arrojarla lo bastante, lejos como para que no chocase contra las paredes. Luego me incliné y presté atención; pero aunque permanecí absolutamente inmóvil durante lo menos un minuto, no me llegó ruido alguno de aquellas tinieblas.

«Comprendí que la profundidad del agujero debía de ser inmensa; pues la piedra, de haber chocado con algo, era lo bastante grande como para despertar los ecos de este fantástico lugar, y multiplicarlos indefinidamente. Aunque la caverna debía haberme devuelto multiplicado el ruido de mis pisadas. El lugar era pavoroso, y de buena gana habría vuelto sobre mis pasos y dejado sin aclarar los misterios de su desolación; pero eso habría significado admitir la derrota.

«Entonces, me vino la idea de intentar echar una mirada al abismo. Se me ocurrió que si colocaba las velas alrededor del borde del agujero, podría vislumbrar algo, por confuso que fuese.

»Abrí el paquete y vi que traía quince velas: mi primera intención había sido, como he dicho ya, hacer con todas ellas una antorcha. Procedí a colocarlas alrededor de la base del Pozo, a una distancia de veinte metros unas de otras.

»Una vez completado el círculo, volví al pasadizo, y procuré hacerme una idea del aspecto del lugar. Pero inmediatamente, descubrí que estas luces eran totalmente insuficientes para mi propósito. Apenas hacían visible la oscuridad. Para una cosa valieron, sin embargo: para confirmar mi idea de las dimensiones de la abertura; y, aunque no me revelaron nada de lo que yo quería ver, en cambio, el contraste que formaban con la densa oscuridad me resultó extrañamente agradable. Era como si brillasen quince estrellas diminutas en la noche subterránea.

»Y en ese momento, Pepper soltó un aullido repentino, que el eco repitió y multiplicó con espectrales variaciones, desvaneciéndose lentamente. Alcé vivamente la única vela que me había reservado, y miré al perro; en el mismo instante, me pareció oír un ruido, como una risa diabólica que se elevaba de las hasta ahora silenciosas profundidades del Pozo. Me sobresalté; luego, supuse que eran, probablemente, los ecos del aullido de Pepper.

»Pepper se había apartado de mí, en dirección al pasadizo; estaba olfateando el suelo rocoso, y me pareció verle lamer. Fui hacia él, y bajé la vela. Al mismo tiempo, mi bota chapoteó en algo, y la

luz se reflejó en una superficie que brillaba y se deslizaba por debajo de mí, velozmente, hacia el Pozo. Me incliné más y miré; luego dejé escapar una exclamación de sorpresa. De arriba del pasadizo, bajaba una corriente de agua que corría de prisa en dirección a la gran abertura, y crecía por segundos.

«Nuevamente Pepper soltó un ladrido profundo; se acercó a mí, me agarró de la casaca, y trató de arrastrarme pasadizo arriba, hacia la salida. Con gesto nervioso, me solté y crucé rápidamente a la pared de la izquierda. Si iba a venir algo, tendría la pared a mi espalda.

«Entonces, mientras miraba ansiosamente hacia el pasadizo, mi vela reflejó algo, a lo lejos. Al mismo tiempo, percibí un murmullo, que fue en aumento, llenando la caverna con un rugido ensordecedor. Del Pozo se elevaba un profundo eco, cavernoso, como el sollozo de un gigante. Entonces salté a un lado, por el estrecho saliente que rodeaba el abismo, y al avanzar por él descubrí una gran sábana de espuma que me pasaba por debajo y se precipitaba tumultuosamente en el abismo. Una nube de agua pulverizada me envolvió, apagándome la vela y calándome hasta los huesos. Yo seguía con mi escopeta preparada. Las tres velas más próximas se apagaron también; pero las más alejadas sólo sufrieron un leve parpadeo. Tras la primera avalancha, el agua se amansó, convirtiéndose en una corriente regular, como de un palmo de profundidad; aunque no pude verlo hasta que no alcancé una de las velas encendidas, y con ella, empecé a inspeccionarla. Pepper me había seguido, afortunadamente, al saltar yo al saliente, y ahora me seguía de cerca, muy sumiso.

»Tras una breve inspección, comprobé que el agua venía pasadizo abajo y que corría a bastante velocidad. Y mientras miraba, vi aumentar su caudal. Sólo podía ser una cosa. El agua del barranco había irrumpido en la cueva de alguna manera. Y si era así, seguiría aumentando, hasta llegar un momento en que me resultaría imposible salir. El pensamiento me sobrecogió. Evidentemente, debía salir cuanto antes.

»Cogí la escopeta por la culata y sondeé el agua. Me llegaría por debajo de la rodilla. El ruido que producía al precipitarse en el Pozo era ensordecedor. Llamé a Pepper y me metí en el agua, utilizando la escopeta a modo de bastón. Instantáneamente el agua se solevantó por encima de mis rodillas, casi hasta cubrirme los muslos debido a lo de prisa que yo avanzaba. Durante un breve instante, casi perdí apoyo; pero el pensamiento de lo que había detrás me estimuló a luchar denodadamente y, paso a paso, seguí adelante.

»No sabía nada de Pepper al principio. Hacía todo lo posible por mantenerme de pie; y me alegré inmensamente al verlo aparecer junto a mí. Avanzaba por el agua valerosamente. Es un perro grande, de patas algo largas y delgadas, y supongo que el agua le ofrecía menos resistencia que a mí. En cualquier caso, se las arreglaba bastante mejor que yo; iba delante como un guía, con lo que contribuía inconscientemente —o no— a romper la fuerza del agua. Seguimos avanzando paso a paso, luchando y jadeando, y recorrimos un centenar de metros sin percance alguno. Luego no sabría decir si porque me descuidé o porque el suelo rocoso se hizo resbaladizo, resbalé de repente y caí de bruces. Instantáneamente, el agua saltó por encima de mí tumultuosa, y me arrastró hacia aquel agujero sin fondo a espantosa velocidad. Luché frenéticamente, pero me era imposible incorporarme. Me sentí desamparado, jadeante y medio ahogado. Inmediatamente, alguien me agarró de la casaca, y me ayudó a detenerme. Era Pepper. Al ver que no iba detrás, debió de retroceder rápidamente, en medio del oscuro torbellino, para buscarme; luego me cogió y me detuvo, hasta que fui capaz de incorporarme.

«Tengo la vaga idea de haber visto fugazmente destellos de luces; pero no estoy completamente seguro. Si mis impresiones son ciertas, debí de llegar, arrastrado por el agua, al mismísimo borde de ese espantoso precipicio, antes de que Pepper lograra detenerme. Las luces, evidentemente, no podían ser más que las llamas distantes de las velas que yo había dejado encendidas. Pero como digo, no estoy seguro en absoluto. Tenía los ojos llenos de agua, y me sentía muy agitado.

»Y allí estaba, sin mi valiosa escopeta, sin luz, con los nervios deshechos, y el agua en constante aumento; y sin otra ayuda que la de mi viejo amigo Pepper para salir de aquel lugar infernal.

«Estaba de cara al torrente. Por supuesto, era la única forma de poder conservar mi posición un momento; pues ni siquiera Pepper habría podido sostenerme mucho tiempo contra aquella fuerza impetuosa, sin una colaboración, aunque ciega, por parte mía.

«Transcurrió, quizá, un minuto, que fue de vida o muerte para mí; luego, gradualmente, reanudé mi penosa marcha por el pasadizo. Y de este modo, emprendí la más denodada lucha con la muerte, de la que esperaba salir airoso. Avanzaba, lenta, furiosa, casi desesperadamente; y el fiel Pepper me guiaba, me arrastraba hacia adelante, hacia arriba, hasta que por fin, vi un resplandor de bendita luz. Era la entrada. Avancé unos metros más, y llegué a la abertura, con el agua bullendo y alzándose voraz a mis costados.

«Ahora comprendí la causa de la catástrofe. Estaba lloviendo copiosamente, de manera literalmente torrencial. La superficie del lago llegaba a ras del suelo de la abertura..., ¡no!, más que a ras, rebosaba por encima. Evidentemente, la lluvia había hecho aumentar el nivel del lago, ocasionando esta crecida prematura. Al ritmo que se había ido llenando, no habría llegado a la entrada en un par de días infortunadamente, la cuerda por la que había descendido se adentraba en la cueva arrastrada por las aguas. Cogí su extremo y lo até alrededor del cuerpo de Pepper: luego, haciendo acopio de las pocas fuerzas que me quedaban, comencé a escalar la pared del precipicio. Llegué al borde del Pozo en el último grado de extenuación. No obstante, tuve que hacer un esfuerzo más, e izar a Pepper, sacándolo del peligro.

«Lenta, trabajosamente, tiré de la cuerda. Una o dos veces, me pareció que no iba a ser capaz. Pepper pesa mucho, y yo estaba completamente agotado. No obstante, dejarlo habría significado la muerte de este viejo camarada, y tal idea me espoleó paja realizar renovados esfuerzos. Tengo una noción muy brumosa de lo que ocurrió al final. Recuerdo que unas veces tiraba, y otras me demoraba extrañamente. También me parece que vi asomar el hocico de Pepper por el borde del Pozo, tras un intervalo que me pareció bastante largo. Luego todo se sumió súbitamente en tinieblas.

LA TRAMPA DEL SÓTANO GRANDE

«Supongo que debí de desvanecerme, pues lo siguiente que recuerdo es que abrí los ojos y todo estaba oscuro. Me hallaba tendido de espaldas, con una pierna doblada debajo de la otra, y Pepper me lamía las orejas. Me sentía horriblemente entumecido, y tenía la pierna dormida de rodilla para abajo. Durante unos minutos, seguí así, en estado de semiinconsciencia; luego, despacio, conseguí incorporarme, y miré a mi alrededor.

«Había dejado de llover, pero los árboles goteaban aún, tristemente. Del Pozo subía un continuo murmullo de agua. Yo estaba frío y tiritaba. Tenía las ropas empapadas y me dolía todo. Muy lentamente, mi pierna dormida volvió a la vida, y, al cabo de un rato, traté de ponerme de pie. Lo conseguí al segundo intento; pero me sentía muy flojo, tremendamente débil. Me daba la sensación de que iba a caer enfermo, aunque me las arreglé para ponerme en camino y regresar a casa. Mis pasos eran vacilantes y mi cabeza estaba confusa. Cada movimiento me producía agudos dolores en las piernas.

«Habría dado quizá una treintena de pasos, cuando un ladrido de Pepper atrajo mi atención y me volví, entumecido, hacia él. El viejo perro trataba de seguirme, pero no podía: aún tenía atada alrededor del cuerpo la cuerda con que lo había izado, y el otro extremo seguía firmemente amarrado en el árbol. Durante un rato manoteé torpemente en los nudos; pero estaban mojados y duros, y no pude desatarlos. Entonces me acordé de mi cuchillo, y en un minuto quedó cortada la cuerda.

«Apenas recuerdo cómo llegué a casa, y menos aún los días que siguieron. De una cosa sí estoy seguro, y es que si no llega a ser por el cariño y el incansable cuidado de mi hermana, yo no estaría escribiendo en este momento.

«Cuando recobré el sentido, me encontré con que había estado en cama cerca de dos semanas. No obstante, aún pasé otra más, antes de sentirme lo bastante fuerte como para dar un paseo por los jardines. Y aun entonces, no fui capaz de llegar hasta el Pozo. Hubiera deseado preguntarle a mi hermana qué altura había alcanzado el agua; pero sabía que era preferible no mencionarle el tema. En efecto, desde entonces he adoptado la norma de no hablarle nunca de las cosas extrañas que suceden en esta vieja y enorme casa.

«Hasta un par de días después, no me decidí a acercarme al Pozo. Entonces descubrí que, durante mi ausencia de unas semanas, se había operado un cambio prodigioso. En vez de un barranco inundado en sus tres cuartas partes, me encontré con un lago, cuya plácida superficie reflejaba fríamente la luz. El agua había subido hasta un par de metros del borde del Pozo. Sólo en un lugar se turbaba, y era en el punto situado sobre la cueva que conducía al Pozo subterráneo, ahora profundamente sumergida bajo las silenciosas aguas. Aquí se observaba un continuo fluir de burbujas y, de vez en cuando, una especie de gorgoteo aislado y sollozante que emergía de las profundidades. Pero aparte de esto, nada se sabía de los seres que se ocultaban abajo. Mientras contemplaba este fenómeno, me dio por pensar cuan asombrosamente habían sucedido las cosas. La entrada al lugar de donde habían salido las Criaturas-cerdos había quedado sellada por una fuerza que eliminaba todo temor de otra invasión. Pero junto a este pensamiento, tenía la impresión de que ahora ya no se sabría nada del lugar del que habían salido los Seres horrendos. Había quedado completamente cerrado y oculto a la curiosidad humana para siempre.

«Resultaba extraño —conociendo ese infernal agujero del subsuelo— lo atinado que había sido ponerle el nombre de Pozo. Me pregunto cómo ocurriría, y cuándo. Naturalmente, uno puede pensar que la forma y profundidad del barranco haya podido sugerir la idea de "Pozo". Sin embargo, ¿no es posible que haya tenido una significación más profunda, que aludiese —siquiera como una sospecha— a ese otro y más prodigioso Pozo oculto en la profundidad de la tierra, debajo de esta vieja casa? ¡Debajo de esta casa! Aún ahora, la idea me resulta extraña y terrible. Pues he comprobado, más allá de toda duda, que el Pozo se abre debajo de esta casa, y que el edificio está asentado sobre él, sostenido por una bóveda tremenda de sólida roca.

»Se me ocurrió, a este propósito, que podía bajar a los sótanos y visitar la gran cripta donde se encontraba la trampa; y ver si había alguna novedad.

»Al llegar al lugar, me dirigí al centro, donde estaba la trampa. Tenía el montón de piedras encima, exactamente como lo había dejado. Había traído mi linterna, y se me ocurrió que era una buena ocasión para averiguar lo que había debajo de la gran trampa de roble. Dejé la linterna en el suelo, aparté las piedras de encima y, agarrando la argolla, tiré hasta abrirla. Y al hacerlo, el sótano se llenó de un ruido continuo y atronador, que provenía de muy abajo. Al mismo tiempo, me dio en la cara un aire húmedo, cargado de una nube de gotitas diminutas de agua. Cerré la trampa apresuradamente, con una impresión medio de terror, medio de asombro.

»Durante un momento, me quedé perplejo. No estaba especialmente asustado. Hacía tiempo que me había librado de la obsesión por las Bestias-cerdos; pero me sentía evidentemente nervioso y asombrado. Luego un pensamiento repentino se apoderó de mí, y alcé la pesada trampa con excitación. La apoyé sobre su canto, cogí la linterna y, arrodillándome, la introduje en la abertura. Al hacerlo, el aire húmedo y las gotitas de agua pulverizada me inundaron los ojos, impidiéndome ver durante unos instantes. Pero cuando se me aclararon, no me fue posible ver nada, debajo de mí, sino la oscuridad, y la tumultuosa nube de agua pulverizada.

«Viendo que era inútil pretender averiguar nada con la luz tan alta, me registré los bolsillos, en busca de un cordel para bajar la linterna por la abertura. Y al hacerlo, se me resbaló la linterna de las manos, y se precipitó en las tinieblas de abajo. Durante un breve instante, la miré caer, y vi brillar la luz en un tumulto de espuma blanca, a unos veinte o treinta metros de profundidad. Luego se apagó. Mi suposición había sido correcta; y ahora sabía la causa de la humedad y el ruido. El sótano grande estaba conectado con el Pozo por medio de la trampa, que se abría justamente encima de él; y la humedad era el agua que se elevaba de la cascada que sé precipitaba en las profundidades.

»En un instante, tuve la explicación de ciertas cosas que hasta ahora me habían tenido confundido. Ahora podía entender por qué los ruidos —la primera noche de la invasión— habían parecido provenir de debajo de mis pies. ¡Y la risa que había sonado, la primera vez que abrí la trampa! Evidentemente, algunas de las Bestias-cerdos debían estar justamente debajo de mí.

»Otro pensamiento me asaltó. ¿Se habrían ahogado todas estas criaturas? Recordé mi imposibilidad de encontrar indicio alguno que revelase que mis disparos habían sido realmente fatales... ¿Tenían vida, tal como entendemos nosotros la vida, o eran gules? Estos pensamientos me cruzaron por el cerebro, mientras me registraba los bolsillos a oscuras buscando los fósforos. Ahora tenía la caja en la mano; encendí uno, me acerqué a la trampa y la cerré. Luego amontoné las piedras otra vez encima; hecho esto, salí del sótano.

»Así que supongo que el agua sigue entrando, atronadora, en este pozo sin fondo. De vez en cuando, siento un inexplicable deseo de bajar al sótano grande y asomarme a la húmeda e impenetrable negrura. A veces este deseo se me hace casi irresistible. No es la mera curiosidad lo que me incita. Pero no bajo nunca; me propongo luchar contra este acuciante deseo, y reprimirlo, aun cuando a veces me vienen pensamientos suicidas.

»Puede que parezca insensata la idea de una fuerza intangible que actúa sobre mí. Sin embargo, mi instinto me advierte que no, que no lo es. En estas cosas, la razón me parece menos fiable que el instinto.

»Hay un pensamiento, para concluir, que se me impone con creciente insistencia. Y es que vivo en una casa muy extraña, en una casa espantosa. Y he empezado a preguntarme si hago bien permaneciendo aquí. Pero si me marchó, ¿adonde iré, dónde puedo encontrar la soledad y la sensación de su presencia², que es lo único que hace soportable mi vejez?

² Se trata de una interpolación aparentemente sin sentido. No he podido encontrar ninguna referencia anterior a esta cuestión en el Manuscrito. Sin embargo, se hace más clara a la luz de los acontecimientos subsiguientes. (N. del Edit.)

EL MAR DEL SUEÑO

»Durante un período considerable, después del último incidente que he relatado en mi diario, he pensado seriamente varias veces en abandonar la casa; y podía haberlo hecho, de no ser por el grande y maravilloso acontecimiento que voy a contar.

»¡Cuán certeramente me advirtió mi corazón, cuando me vine a vivir aquí, a pesar de las visiones y apariciones de seres desconocidos e inexplicables!; pues de no haber venido, no habría visto otra vez el rostro de mi amada. Porque, aunque son pocos los que lo saben, aparte de mi hermana Mary, yo he amado y, ¡ay!, he perdido lo que amaba.

»Me gustaría escribir la historia de aquellos tiempos remotos y felices; pero sería como hurgar en las viejas heridas; sin embargo, después de lo que ha sucedido, ¿qué necesidad tengo de preocuparme? Ella ha vuelto a mí desde lo desconocido. Pero es extraño que haya venido a advertirme; me ha prevenido vehementemente contra esta casa; me ha suplicado que la abandone; pero al preguntarle yo, ha admitido que no habría venido a mí de no estar yo aquí en ella. No obstante, ha seguido advirtiéndome muy gravemente, diciendo que hace mucho tiempo esta casa estuvo dedicada al mal y al poder de sus leyes horrendas, cosa que nadie sabe aquí. Y al preguntarle si volvería a mí en otro lugar, se ha limitado a guardar silencio.

»Así es como llegué al Mar del Sueño, como ella lo ha llamado en su dulce conversación conmigo. Me había quedado leyendo en mi estudio; y debí de dormirme sobre el libro. Súbitamente, me desperté y me incorporé sobresaltado. Durante un instante, miré a mi alrededor, con la vaga sensación de algo inusitado. Descubrí como una bruma en la estancia, que confería una suave borrosidad a cada mesa y silla y pieza del mobiliario.

«Gradualmente, la bruma aumentó, por así decir, de la nada. Luego, lentamente, una luz blanca, difusa, empezó a inundar de claridad la habitación. Las llamas de las velas brillaban pálidas en medio de este resplandor extraño. Miré de un extremo a otro, y descubrí que todavía podían distinguirse los muebles, pero de una manera singularmente irreal, más bien como si el fantasma de cada mesa y cada silla ocupase el lugar del objeto material.

«Mientras los miraba, los vi desvanecerse más y más, hasta que se disolvieron en la nada. Ahora miré de nuevo hacia las velas. Ante mis ojos, sus llamas desmayadas se fueron volviendo irreales, y se desvanecieron también. La habitación se había llenado ahora de un difuso resplandor blanco,

como una tenue bruma de luz. Detrás de ella, me era imposible distinguir nada. Incluso las paredes habían desaparecido.

»A continuación, tuve conciencia de un ruido leve, continuo, latente en medio del silencio que me envolvía. Escuché intensamente. Se fue haciendo más distinto, hasta que me pareció la respiración de un gran mar. No puedo decir cuánto tiempo transcurrió; pero al cabo de un rato, me pareció que podía ver a través de la niebla; y, lentamente, tuve conciencia de que me hallaba de pie, en la playa de un mar inmenso y silencioso. Era una playa suave y extensa, y se perdía a izquierda y derecha en la lejanía. Frente a mí, se extendía la sosegada inmensidad de un océano dormido. A veces, me parecía captar el débil cabrilleo de una luz bajo su superficie; pero de esto no estoy seguro. Detrás de mí, se alzaban a considerable altura unos acantilados descarnados y negros. Arriba, el cielo era de un color gris, frío y uniforme..., todo el lugar estaba iluminado por un prodigioso globo de pálido fuego, que flotaba a poca distancia del horizonte y derramaba una luz espumosa.

«Fuera del suave murmullo del mar, la quietud que reinaba era inmensa. Largo tiempo estuve contemplando este extraño escenario. Y mientras miraba, me pareció ver emerger de las profundidades una burbuja de blanca espuma; luego, aún no sé cómo, me encontré con que en el rostro de Ella, o más bien a su través —¡ah, su rostro!—, contemplaba su alma; y ella me devolvió la mirada, con tal mezcla de alegría y tristeza, que corrí a su encuentro, ciegamente, pidiéndole a gritos, en una agonía de recuerdos, de terror y de esperanza, que viniese a mí. Sin embargo, a pesar de mis gritos, siguió donde estaba, sobre el mar, diciendo que no con la cabeza, dolorosamente; pero en sus ojos brillaba la vieja luz terrenal de la ternura, que yo había llegado a conocer, por encima de todo, antes de que llegase nuestra separación.

«Ante esta perversidad suya, me sentí desesperado, y quise vadear hacia ella; sin embargo, por mucho que me empeñaba, no podía: algo, alguna barrera invisible, me retenía y me obligaba a permanecer donde estaba, y a gritar con todas las fuerzas de mi alma: "¡Oh, mi vida...!", pero sin poder decir más, ahogado por la misma intensidad. Y entonces, se acercó velozmente, y me rozó, y fue como si se hubiesen abierto los cielos. Pero cuando yo tendí las manos, ella me apartó con las suyas, tiernamente firmes, y me sentí avergonzado...»

NOTA. Aquí el texto se vuelve indescifrable, debido al estado de deterioro en que se encuentra esta parte del Manuscrito. A continuación imprimo los fragmentos legibles. (El Edit.)

Los fragmentos (las porciones legibles de las hojas mutiladas)

«...A través de jirones... ruido de la eternidad en mis oídos, nos despedimos... a la que amo. ¡Oh, Dios mío...!»

«Permanecí mucho tiempo ofuscado; luego vi que estaba solo en la oscuridad de la noche. Comprendí que había regresado una vez más, al universo conocido. Seguidamente, emergí de esa inmensa tiniebla. Había llegado a las estrellas... mucho tiempo... el sol lejano y remoto.

«Entré en el abismo que separa nuestro sistema de los soles exteriores. Mientras me desplazaba vertiginosamente por la negrura intermedia, percibí el aumento de luminosidad y tamaño de nuestro sol. Volví la mirada hacia las estrellas, y las vi moverse, por así decir, en mi estela, sobre el fondo imponente de la noche; tan vasta era la velocidad de mi espíritu viajero.

»Me acercaba a nuestro sistema; pude vislumbrar la luz de Júpiter. Más tarde, distinguí el frío y azul resplandor de la Tierra... Sufrí un instante de deslumbramiento. Alrededor del sol, parecía haber diseminados objetos brillantes que se movían en rápidas órbitas. Dentro, cerca del salvaje esplendor del sol, orbitaban veloces dos puntitos luminosos; y más lejos, flotaba la mancha de brillante azul que era la Tierra. La vi circundar el sol en lo que parecía no ser más que un minuto terrestre.

«...Aproximaba muy de prisa. Vi prolongarse los resplandores de Júpiter y Saturno, a increíble velocidad, en órbitas enormes. Y seguí acercándome, hasta que me asomé a una extraña visión: la de la órbita visible de los planetas en torno al sol materno. Era como si el tiempo hubiese desaparecido; de suerte que un año para mi espíritu desencarnado era como un instante para el alma anclada en la Tierra.

»La velocidad de los planetas pareció aumentar; y poco después, contemplé el sol, totalmente rodeado de anillos que eran como hebras de fuego de distintos colores: eran las órbitas de los planetas, que se desplazaban a prodigiosa velocidad alrededor de la hoguera central...

»...El sol se hacía inmenso, como si se abalanzase sobre mí... Y entré en el círculo de los planetas exteriores, y me precipité vertiginosamente hacia el lugar donde la Tierra, asomando en medio del esplendor azul de su órbita como una niebla ígnea, circundaba el sol a pasmosa velocidad.»

NOTA. Pese a mis mayores esfuerzos, no he podido descifrar más de la parte dañada del Manuscrito. Empieza a hacerse legible otra vez en el capítulo titulado «El rumor de la noche». (El Edit.)

EL RUMOR DE LA NOCHE

«Y ahora entro en el más extraño de todos los sucesos que me han acontecido en esta casa de misterios. Ocurrió muy recientemente: hace un mes; y tengo poca duda de que lo que vi fue, en realidad, el fin de todas las cosas. Pero seguiré mi historia.

»No sé cómo, pero hasta ahora no he sido capaz de consignar estos hechos tan pronto como sucedieron. Es como si hubiese tenido que esperar un tiempo para recobrar mi equilibrio y digerir —por decirlo de esta "manera— las cosas que he presenciado. Efectivamente, así debe de ser, pues ahora puedo ver todos estos incidentes con más exactitud, y hablar de ellos con un estado de ánimo más sereno y objetivo. Una observación a este propósito:

«Estamos a finales de noviembre. Mi historia se refiere a lo que sucedió en la primera semana del mes.

»Era de noche, sobre las once. Estábamos Pepper y yo, haciéndonos compañía el uno al otro, en mi estudio, esa enorme y vieja habitación donde leo y trabajo. Es curioso: estaba leyendo la Biblia. Últimamente, he empezado a sentir un creciente interés por este gran libro de la antigüedad. De repente, un perceptible temblor sacudió la casa, y se oyó un zumbido distante que aumentó rápidamente hasta convertirse en un alarido lejano, apagado. Me recordó el ruido del reloj cuando se le suelta el resorte y se le deja correr libremente, pero aumentado de manera extraña, gigantesca. Parecía provenir de una altura remota, de algún lugar de la noche. No se repitió la sacudida. Miré a Pepper. Dormía pacíficamente.

»De manera gradual, el zumbido fue decreciendo, y dio paso a un gran silencio. .

»De pronto, surgió un resplandor apagado en lo alto de la ventana, que forma mirador y se asoma al este y al oeste. Me sentí confundido, y tras un momento de vacilación, crucé la estancia y aparté la celosía. Entonces vi que el sol estaba saliendo por detrás del horizonte. Se elevaba con un movimiento firme y perceptible. Un minuto después, según me pareció, había llegado a las copas de los árboles, a través de cuyos troncos lo había vislumbrado. Subió y subió; era pleno día ahora. Detrás de mí, tuve conciencia de un zumbido agudo, como de un mosquito. Me volví y vi que provenía del reloj. Justamente al mirarlo, comenzó a dar las horas. El minutero se desplazaba sobre su esfera más de prisa que un segundero ordinario. La manecilla de las horas se movía con rapidez

también. Experimenté una muda sensación de asombro. Un momento más tarde —eso es lo que me pareció—, se acabaron las dos velas, casi a la vez. Me volví rápidamente hacia la ventana, pues había percibido cómo la sombra de los marcos se había desplazado por el suelo hacia mí, como si hubiesen pasado una lámpara gigantesca por delante de ella.

»Ahora estaba el sol en lo alto del cielo; pero seguía moviéndose perceptiblemente. Cruzó por encima de la casa, con un movimiento muy semejante al de una nave. Al quedar la ventana en la sombra, vi otra cosa extraordinaria: las nubes del buen tiempo no cruzaban el cielo reposadamente. Huían como si soplase un viento de cien millas por hora. Y mientras pasaban, cambiaban sus formas mil veces y se contorsionaban, como dotadas de una vida extraña y desaparecían. Y luego, venían otras que huían igualmente veloces.

»Al oeste vi descender el sol con un movimiento suave, rápido, increíble. Al otro lado, las sombras de las cosas visibles se deslizaban en dirección al creciente crepúsculo. Este movimiento me resultaba perfectamente perceptible: era un furtivo, solapado deslizarse de las sombras de los árboles agitados por el viento. Una extraña visión.

«Rápidamente la habitación empezó a oscurecer. El sol se escurrió tras el horizonte, y desapareció ante mis ojos casi de golpe, por así decir. En la luz crepuscular de la tarde, vi el creciente plateado de la luna que descendía del cielo meridiano hacia el oeste. La tarde pareció teñirse súbitamente de negrura. Por encima de mí desfilaron múltiples constelaciones en extraordinaria, sigilosa procesión hacia poniente. La luna descendió las últimas brazas de abismo que quedaban, dejando tan sólo la luz de las estrellas.

«Entonces cesó el zumbido del rincón, lo que indicó que el reloj se había quedado sin cuerda. Unos minutos después, vi clarear el cielo por oriente. Una madrugada gris, renuente, se propagó por toda la oscuridad, y emborronó el cortejo de los astros. En lo alto desfilaba con pesada, sempiterna marcha, un tapiz inmenso y continuo de nubes grises : era un cielo nublado que habría podido parecer inmóvil a lo largo de todo un día terrestre. El sol se había ocultado; pero, de instante en instante, se iluminaba y oscurecía bajo sutiles oleadas de luz y de sombra...

»La luz se deslizó hacia poniente, y la noche descendió sobre la Tierra. Parecían acompañarla siempre una lluvia inmensa, y un viento tremendo y sonoro como el aullido de una borrasca, larga como la noche y concentrada en el espacio de un minuto.

»Pasó el ruido, casi inmediatamente, y se abrieron las nubes, de forma que pude contemplar el firmamento una vez más. Las estrellas corrían hacia poniente a asombrosa velocidad. Entonces, tuve conciencia, por primera vez, de que, aunque el ruido del viento había cesado, sin embargo, aún llegaba a mis oídos un rumor constante y oscuro. Ahora que lo notaba, me daba cuenta de que lo había venido oyendo todo el tiempo. Era el rumor del mundo.

»Y entonces, a la vez que esto me llegaba a la conciencia, brotó una claridad por levante. Tras unos latidos de corazón, asomó el sol rápidamente. Lo vi entre los árboles, y al instante siguiente, surgió por encima de sus copas. Ascendió más y más, y el mundo entero se llenó de luz. Se elevó decidido hacia su cénit, y comenzó a descender después hacia poniente. Vi girar el día de manera perceptible sobre mi cabeza. Unas cuantas nubéculas huyeron hacia el norte, se desflecaron y desaparecieron. El sol se zambulló con rápido movimiento, y en unos segundos aumentó a mi alrededor la creciente oscuridad del anochecer. La luna descendió presurosa hacia el sudoeste. La noche había llegado ya. Un minuto después, la vi hundirse en las brazas que quedaban de cielo negro. Y al minuto siguiente, se iluminó el cielo en el otro extremo con las primeras claridades del alba. El sol saltó

con sobrecogedora e inesperada presteza, y ascendió con doblada celeridad hacia su cénit. Luego, de pronto, surgió algo nuevo ante mi vista. Una nube oscura había hecho su aparición por el sur; se deslizó, describiendo en un instante el arco del firmamento; al desplazarse, sus bordes formaron como una manta monstruosa que cubría el cielo, girando y ondulándose con inquietas y espantosas sugerencias. Un instante después, el aire entero se llenó de lluvia, y cien relámpagos descargaron su furia como un tremendo chaparrón. El rumor del mundo quedó ahogado bajo el rugir del viento, y el impacto de los truenos me produjo un dolor insoportable.

»Y en medio de esta tormenta, llegó la noche; y luego, en espacio de otro minuto, pasó la tormenta, y quedó tan sólo el rumor constante y borroso del mundo en mis oídos. En lo alto, las estrellas se deslizaban veloces hacia poniente; y algo, quizá la asombrosa rapidez que habían alcanzado, me hizo pensar, por vez primera, claramente, que era la Tierra que giraba. De pronto, me pareció verla —una masa oscura, inmensa— girando visiblemente contra las estrellas.

»El alba y el sol parecieron surgir a la vez, tan rápidas eran ahora las revoluciones del mundo. El sol subió describiendo una curva larga y continua, rebasó su punto más alto, descendió veloz por el cielo de poniente, desapareció. Apenas llegué a tener conciencia de la tarde, de lo breve que fue. Aparecieron las fugaces constelaciones, y la luna corrió hacia poniente. En espacio de segundos, se deslizó hacia abajo, recorriendo el azul oscuro de la noche y desapareció. Y casi en el mismo instante, amaneció.

«Ahora parecía haberse iniciado una extraña aceleración. El sol describió una órbita limpia y clara en el cielo, y desapareció tras el horizonte de poniente, y llegó la noche y se fue con igual premura.

»A lo largo del día, que se abrió y se cerró sobre el mundo, tuve conciencia de un sudor de nieve que había aparecido súbitamente sobre la Tierra. Llegó la noche, y, casi de repente, el nuevo día. En el breve salto del sol, vi que la nieve había desaparecido; luego, una vez más, cayó la noche.

»Así iban las cosas; y, aun después de los muchos e increíbles sucesos que ya había presenciado, experimenté esta vez el más profundo terror. El ver surgir y ponerse el sol en un espacio de tiempo que podía medirse en segundos; el contemplar (poco después) el salto de la luna —un globo pálido cada vez más completo—, deslizándose con singular rapidez por el inmenso azul; ver luego saltar el sol en el cielo de oriente, y seguirla como en persecución suya, y otra vez hacerse de noche, con el paso veloz y espectral de las constelaciones estelares, era demasiado para dar crédito a los sentidos. Y no obstante, así era: el día se deslizaba del alba al crepúsculo, y la noche se disolvía rápidamente en la madrugada, cada vez más de prisa y más velozmente.

«Los tres últimos pasos del sol me habían revelado una tierra cubierta de nieve, que, de noche, había parecido, por unos segundos, increíblemente irreal, bajo la luz de la efímera luna que se elevó y descendió exhalada. Ahora, sin embargo, durante un corto espacio, el cielo quedó oculto tras un mar de nubes oscilantes y plomizas, que se iluminaban y oscurecían, alternativamente, con el paso del día y la noche.

»Las nubes se desflecaban y desvanecieron, y una vez más, tuve ante mí el espectáculo del sol saltando velozmente, y el continuo sucederse de las noches que huían como sombras.

»El mundo giraba cada vez más de prisa. Ahora, cada día y cada noche duraba tan sólo unos segundos; y seguía aumentando la velocidad.

»Muy poco después, noté que el sol había empezado a mostrar como un rastro de fuego tras él. Evidentemente, se debía a la rapidez con que cruzaba los cielos. Y a medida que pasaban los días, cada uno más breve que el anterior, el sol comenzó a adoptar la forma de un inmenso cometa llameante³, derramando su fuego en el cielo durante breves, periódicos intervalos. En la noche, la luna presentaba mucho más verazmente el aspecto de un cometa: era una pálida, clara, veloz forma de fuego que dejaba tras de sí una estela de fría llama. Las estrellas parecían ahora, meramente, delgadas hebras de fuego sobre la oscuridad del firmamento.

»Una vez más, me aparté de la ventana y miré a Pepper. En el relámpago efímero de un día, vi qué dormía tranquilo; volví a mi vigilancia.

»El sol salió ahora disparado del horizonte de levante como un espléndido cohete, y no tardó más de un segundo o dos en desplazarse de este a oeste. Ya no pude ver el paso de las nubes por el cielo, que se había vuelto más oscuro. Las breves noches parecían haber perdido su negrura, de forma que las hebras de fuego de las estrellas se habían hecho más débiles. Y al aumentar la velocidad, la órbita del sol empezó a oscilar muy lentamente en el cielo, subiendo de sur a norte, y luego descendiendo de norte a sur.

»Y así, en medio de una extraña confusión mental, pasaron horas.

«Durante todo este tiempo, Pepper no había hecho más que dormir. Ahora, sintiéndome solo y desconcertado, le llamé suavemente; pero no contestó. Le llamé otra vez, alzando la voz un poco más, pero siguió sin moverse. Me acerqué adonde estaba echado, y lo toqué con el pie para despertarlo. Y entonces, aunque mi movimiento fue suave, se deshizo. Eso fue lo que sucedió: literalmente, se convirtió en un montón de huesos y polvo.

«Durante quizá un minuto, me quedé contemplando el montón informe. ¿Qué podía haber sucedido?, me pregunté, incapaz de comprender el horrible significado de aquel montón de cenizas. Luego, mientras las removía con el pie, se me ocurrió que sólo podía deberse al transcurso del tiempo. Al paso de años... y años.

«Afuera, la luz monótona, fugaz, seguía alumbrando el mundo. Dentro, inmóvil, trataba yo de entender el sentido y significado de este pequeño rintero de huesos y polvo sobre la alfombra. Pero no era capaz de pensar con coherencia.

«Miré a mi alrededor, por la habitación, y entonces, por primera vez, noté lo vieja y polvorienta que estaba la estancia. Había suciedad en todas partes; el polvo se acumulaba en pequeños montones en los rincones, y el mobiliario y la misma alfombra eran invisibles bajo la capa que lo cubría e invadía todo. Mis pisadas levantaron del suelo pequeñas nubéculas de polvo que asaltaron mi nariz con su olor seco, amargo, que me hizo resoplar ásperamente.

«De pronto, al caer mi mirada, una vez más, sobre los restos de Pepper, me quedé inmóvil, y di expresión a mi perplejidad, preguntándome en voz alta si efectivamente eran años lo que estaban transcurriendo, si esto que yo había tomado por una especie de visión era real en verdad. Me detuve. Un nuevo pensamiento me asaltó. Rápidamente, aunque, según observaba por vez primera, con paso tembloroso, crucé la habitación, me acerqué al espejo y me miré. Pero estaba demasiado

³ El Recluso emplea esta imagen a modo de referencia, evidentemente en el sentido de la concepción popular de un cometa. (N. del Edit.)

cubierto de suciedad para devolver ninguna imagen; empecé a limpiarlo con mano insegura. Entonces pude verme. La idea que me había asaltado se confirmó. En vez de un hombre alto y fuerte que apenas frisaba los cincuenta, vi a un individuo encorvado, decrepito, de hombros caídos, cuyo rostro estaba cubierto de arrugas seculares. El cabello —que unas horas antes había sido casi tan negro como el carbón— aparecía ahora plateado. Sólo los ojos brillaban. Gradualmente, fui encontrando en este anciano un débil parecido con mi aspecto de otro tiempo.

»Me aparté, y me acerqué con paso vacilante a la ventana. Ahora sabía que era un anciano; esta revelación explicaba mis movimientos temblorosos. Durante un momento, miré melancólicamente el paisaje borroso y cambiante; aun en ese breve espacio de tiempo, transcurrió un año. Me aparté de la ventana de mal humor. Al hacerlo, observé que mi mano temblaba con la flojedad de la vejez; reprimí un breve sollozo entre los labios.

«Durante un rato, me paseé entre la ventana y la mesa; mis ojos vagaban inquietos de un lado a otro. ¡Cuan deteriorada estaba la habitación! En todas partes se acumulaba un polvo espeso; espeso, soñoliento y negro. El guardafuego era una mancha herrumbrosa. Las cadenas que sostenían las pesas del reloj se habían oxidado hacía tiempo, y ahora las pesas yacían en el suelo, y no eran más que dos conos de cardenillo.

»Al mirar a mi alrededor, me pareció que los mismos muebles del estudio se pudrían y deshacían ante mis ojos. No eran figuraciones mías, pues seguidamente, la estantería de los libros de la pared se desmoronó con un crujido de madera podrida, derramando su contenido por el suelo, y llenando la habitación de una nube de átomos de polvo.

»Qué cansado me sentía. Al dar unos pasos, me pareció oír que crujían y chascaban mis articulaciones. Me pregunté qué habría sido de mi hermana. ¿Habría muerto de la misma manera que Pepper? Todo había sucedido de una manera demasiado rápida y repentina. ¡Esto era, sin duda, el principio del fin de todas las cosas! Pensé ir a verla; pero me sentía demasiado cansado. Además, se había mostrado muy rara con respecto a los sucesos recientes. ¡Recientes! Repetí la palabra, y me reí, sin fuerza y sin alegría... al darme cuenta de que aquello había pasado hacía medio siglo. ¡Medio siglo! ¡Quizá un siglo entero!

»Lentamente, me dirigí a la ventana, y me asomé al mundo de nuevo. Como mejor puedo describir el paso del día y la noche en esta fase, es como una especie de pesado, gigantesco parpadeo. Segundo a segundo, la aceleración del tiempo seguía aumentando, de forma que, en las noches de ahora, veía la luna tan sólo como una estela vacilante de pálido fuego, que variaba de una mera línea de luz a una franja brumosa; luego disminuía otra vez, desapareciendo periódicamente.

»El parpadeo de los días y las noches se aceleró. Los días se habían vuelto sensiblemente más oscuros, y reinaba una extraña tonalidad crepuscular, por así decir, en la atmósfera. Las noches eran tan claras que apenas se veían las estrellas, aparte de alguna ocasional hebra de luz que parecía señalarse con la luna.

»El parpadeo de los días y las noches aumentaba más y más. Y de repente, me di cuenta de que había desaparecido, y que en su lugar, reinaba una luz relativamente estable sobre el mundo; una luz que provenía de un eterno río de llamas que oscilaba arriba y abajo, al norte y al sur, en prodigiosa alternancia.

»El cielo se había vuelto ahora bastante más oscuro, y en su azul había una pesada lóbreguez, como si detrás de él acechase a la Tierra una absoluta negrura. Sin embargo, había también una extraña

claridad, y un tremendo vacío. Periódicamente, captaba una fugaz estela de fuego que oscilaba tenue, oscuramente, hacia el río-sol; desaparecía y volvía a aparecer. A todo esto, el río-luna apenas era visible.

»Al mirar el paisaje, tuve conciencia, nuevamente, de una especie de borrosa "capa" que, o bien provenía de la luz del oscilante río-sol, o bien era consecuencia de los cambios increíblemente rápidos de la superficie de la Tierra. Y cada pocos instantes, según me parecía, la nieve se extendía tan súbitamente como si un gigante invisible extendiese y quitase una blanca sábana sobre la tierra.

«Seguía huyendo el tiempo, y el cansancio se me hizo insoportable. Me retiré de la ventana y crucé la habitación; la espesa capa de polvo amortiguaba mis pisadas. A cada paso que daba, el esfuerzo que hacía me parecía mayor que el anterior. Un dolor insufrible se adueñó de mis articulaciones y mis miembros, mientras avanzaba con fatigosa inseguridad.

»Me detuve junto a la pared opuesta, y me pregunté confundido adonde me dirigía. Miré a mi izquierda, y vi mi vieja butaca. La idea de sentarme en ella me produjo una débil sensación de alivio, en mi desconcertada infelicidad. Sin embargo, tan abrumado y tan viejo y cansado me sentía, que apenas tenía ánimos para hacer otra cosa que quedarme de pie, renunciando a salvar los pocos metros que mediaban. Me tambaleaba de pie. El suelo, incluso, me parecía un buen sitio para descansar; pero el polvo era muy espeso y soñoliento y negro. Me volví, con un supremo esfuerzo de voluntad, y me dirigí a la butaca. Llegué a ella con un gemido de agradecimiento y me senté.

»Todo a mi alrededor pareció oscurecerse. Era todo muy extraño e incomprensible. La noche anterior, yo había sido, aunque maduro, un hombre relativamente fuerte; ¡y ahora, unas horas más tarde...! Miré el montón de polvo que una vez había sido Pepper. ¡Horas!, y me reí, con una risa débil, amarga; una risa estridente y castañeteante que sorprendió a mis debilitados sentidos.

»Debí de quedarme dormido un rato. Luego abrí los ojos con un sobresalto. En alguna parte de la habitación, había sonado un ruido apagado, como de algo al caer. Miré y vi, vagamente, una nube de polvo que se elevaba sobre un montón de débris. Más cerca de la puerta, algo se derrumbó con estrépito. Era uno de los armarios; pero me sentía cansado, y apenas presté atención. Cerré los ojos y seguí sentado, en un estado de sopor semiconsiente. Una o dos veces —como si me llegase a través de espesas brumas—, oí otros ruidos. Luego volví a quedarme dormido.

EL DESPERTAR

»Me desperté sobresaltado. Durante un instante, no supe dónde estaba. Luego, me volvió la memoria...

»La habitación seguía iluminada por una luz extraña, una luz que era mitad solar, mitad lunar. Me sentía descansado, y se me había ido el dolor fastidioso y abrumador. Me acerqué a la ventana y me asomé. Arriba, el río de llamas ascendía y descendía, al norte y al sur, en un danzante semicírculo de fuego. Parecía —según se me figuró de pronto— una inmensa lanzadera pasando el hilo de los años. Tan enormemente se había acelerado el tiempo, que ya no tenía sensación de desplazamiento del sol de oriente a poniente. El único movimiento perceptible era la oscilación de norte a sur del río-sol, tan rápida ahora que podía describirla como una vibración.

«Mientras miraba hacia afuera, me vino el repentino, inusitado recuerdo de aquel último viaje a los Mundos Exteriores⁴. Me acordé de la visión repentina que había tenido, al aproximarme a nuestro sistema solar, del vertiginoso girar de los planetas alrededor del sol, como si se hubiese roto el ritmo moderado del tiempo, dejando que la Máquina del Universo corriese una eternidad en unas horas. Pasó el recuerdo, así como una transitoria impresión de que se me había permitido asomarme fugazmente a los espacios venideros del tiempo. Miré al exterior otra vez, y vi el temblor del río-sol. Pareció aumentar su velocidad mientras miraba. Y durante este rato transcurrió varias veces la vida de un hombre.

»De pronto se me ocurrió, con una especie de grotesca seriedad, que yo aún estaba vivo. Pensé en Pepper, y me pregunté cómo era que yo no había tenido su destino. El había llegado hasta el momento en que le tocó morir y había expirado, probablemente al agotarse el plazo de su vida. Y aquí estaba, yo, vivo, cientos de miles de siglos después de haberse cumplido el mío.

»Durante un rato, reflexioné abstraído. "Ayer...", me detuve súbitamente. ¡Ayer! No había ayer. El ayer del que yo podía hablar se había hundido en el abismo de los siglos, hacía muchísimo tiempo. Mi perplejidad aumentó con este pensamiento.

⁴ Evidentemente se refiere a algo consignado en las páginas mutiladas. Ver "Los fragmentos", pág. 112. (N. del Edit).

«Luego me aparté de la ventana y miré la habitación. Parecía distinta... extraña, absolutamente otra. Entonces, supe qué era lo que la hacía parecer tan rara. Estaba vacía: no había un solo mueble en ella; ni un solo objeto de cualquier naturaleza. Gradualmente, se disipó mi asombro, al recordar que era el inevitable final del proceso de deterioro, que había visto iniciarse antes de mi sueño. ¡Miles de años! ¡Millones de años!

»En el suelo se extendía una espesa capa de polvo que llegaba hasta la mitad del antepecho de la ventana. Había aumentado enormemente durante mi sueño; y representaba el polvo de incontables eras. Indudablemente, los átomos del vetusto, podrido mobiliario habían contribuido a engrosar su volumen; y en alguna parte de esta capa, estarían los del pobre Pepper, muerto hacía tanto tiempo.

»No recordaba haber paseado por en medio de todo este polvo, desde que había despertado. Ciertamente, había transcurrido una cantidad increíble de años desde que me había acercado a la ventana; pero eso evidentemente no era nada, comparado con los incontables espacios de tiempo que, según calculaba yo, habían transcurrido mientras dormía. Ahora recordaba que me había quedado dormido en mi silla. ¿Habría desaparecido...? Miré hacia el lugar donde había estado. Naturalmente, no se veía butaca alguna. No podía saber a ciencia cierta si había desaparecido después de despertarme o antes. Si se hubiese desmoronado debajo de mí, seguramente me habría despertado al caer. Luego recordé que el espeso polvo que cubría el suelo habría bastado para amortiguar la caída, de modo que era perfectamente posible que hubiese dormido sobre el polvo durante un millón de años o más.

«Mientras estos pensamientos daban vueltas en mi cabeza, miré otra vez, casualmente, hacia el lugar que ocupara mi butaca. Entonces, por primera vez, observé que no había huella alguna de mis pies en el polvo, desde ese lugar a la ventana. Pero entonces, habían transcurrido eras desde que había despertado..., ¡decenas de miles de años!

»Mi mirada descansó, pensativamente, otra vez en el lugar donde había estado la butaca. De repente, pasé del abstraimiento a la atención; pues allí, en su lugar, descubrí una larga ondulación, incorporada en el espeso polvo. Sin embargo, no estaba muy oculto, y podía adivinarse qué era lo que la había causado. Supe entonces —y temblé al saberlo— que era un cuerpo humano, muerto hacía siglos, lo que yacía allí, en el lugar donde había estado yo durmiendo. Estaba tendido sobre su costado derecho, de espaldas a mí. Podía distinguir cada curva de su silueta, suavizada y modelada, por así decir, en el polvo negro. Traté de explicarme su presencia allí. Empezaba a sentirme cada vez más perplejo, al ocurrírseme que estaba exactamente en el lugar donde debí caer yo al desmoronarse la butaca.

«Poco a poco, empezó a cobrar consistencia en mi cerebro una idea; un pensamiento que sacudió mi espíritu. Me resultaba espantoso e insoportable; no obstante, fue creciendo en mí, progresivamente hasta convertirse en una convicción. El cuerpo que yacía bajo aquella capa, bajo aquella mortaja de polvo, no era ni más ni menos que mi propia envoltura carnal. No traté de cerciorarme. Lo sabía ahora, y me extrañó no haberlo comprendido antes. Yo era un ser incorpóreo.

»Traté de ajustar mis pensamientos a este nuevo problema. Con el tiempo —no sé cuántos miles de años— había alcanzado cierto grado de quietud: la suficiente para permitirme prestar atención a lo que acontecía a mi alrededor.

»Ahora vi que el alargado montón se había hundido, se había desmoronado, quedando a nivel con el resto del polvo extendido. Y nuevos átomos, impalpables, se habían posado sobre aquella mezcla

de polvo sepulcral, que los evos habían triturado. Durante largo rato, permanecí de espaldas a la ventana. Poco a poco, me fui recobrando, mientras el mundo se deslizaba siglo tras siglo en el futuro.

»Ahora empecé a inspeccionar la habitación. El tiempo había empezado su obra destructora sobre este extraño y vetusto edificio. El hecho de que se hubiese conservado a través de los siglos, me parecía a mí, probaba que era distinto del resto de los edificios. Creo que, de alguna manera, no había pensado en su destrucción. Aunque no habría sido capaz de decir por qué. Hasta que no reflexioné sobre el asunto, durante largo rato no tuve plena conciencia de la extraordinaria cantidad de tiempo que se había conservado, tiempo que habría bastado para pulverizar las mismas piedras de que estaba hecho, si hubiesen sido extraídas de una cantera terrestre. Pero sí: evidentemente, se estaba desmoronando ahora. Todo el yeso había caído de las paredes; el maderamen de la habitación había desaparecido hacía muchísimos milenios.

»Estando allí en contemplación, uno de los pequeños cristales en forma de rombo cayó con un ruido sordo, en medio del polvo, sobre el alféizar que tenía yo detrás, y se hundió en un pequeño montículo. Al volverme, vi luz entre dos sillares que formaban la pared exterior. Evidentemente, el mortero se estaba deshaciendo...

»Una vez más me volví hacia la ventana y miré. Ahora descubrí que la velocidad del tiempo era inmensa. La vibración lateral del río-sol se había hecho tan vertiginosa que el danzante semicírculo de llamas que surgía y desaparecía era una sábana de fuego que cubría la mitad del firmamento meridional, de este a oeste.

»Del cielo bajé la mirada a los jardines. No eran más que un contorno borroso de un verde pálido y sucio. Tenía la sensación de que se elevaban más que en los viejos tiempos; que estaban más cerca de mi ventana, como si se hubiesen alzado realmente. Sin embargo, aún se hallaban muy por debajo de mí; pues el peñasco que se erguía sobre la boca del pozo, y sobre el que se asentaba esta casa, alcanzaba una gran altura.

»Fue más tarde cuando observé un cambio en el constante color de los jardines. El verde pálido y sucio se estaba volviendo cada vez más pálido, más desleído. Después, tras un largo período, adquirió un tono gris blancuzco, y así siguió durante mucho tiempo. Finalmente, no obstante, el gris empezó a desleírse, sin perder cierto matiz verdoso, hasta convertirse en un blanco total. Y así permaneció, inalterable. Entonces comprendí que la nieve había cubierto toda la superficie del mundo.

»De este modo siguió corriendo el tiempo, millones y millones de años a través de la eternidad, hacia el final..., el final en el que, en los días de la vieja Tierra, había pensado yo remotamente, de manera vaga y gratuita. Y ahora se acercaba como jamás había sospechado nadie.

»Recuerdo que, por este tiempo, empecé a sentir una viva, aunque morbosa curiosidad, sobre qué sucedería cuando llegase el fin..., pero yo parecía carecer absolutamente de imaginación...

«Durante todo este tiempo, el constante proceso de deterioro continuaba. Los pocos trozos de cristal que quedaban, hacía tiempo que habían desaparecido; y, a cada instante, un golpe sordo, y una nubécula de polvo, delataba que acababa de desprenderse algún fragmento de mortero o de piedra.

«Alcé los ojos una vez más, hacia la ígnea sábana que se estremecía en los cielos, por encima de mí, allá en el cuadrante meridional. Me dio la impresión de que había perdido algo de su primera brillantez... que se había vuelto más apagada, más oscura.

«Bajé los ojos hacia la borrosa blancura del paisaje del mundo. Y unas veces mi mirada volvía a la sábana ardiente de apagada llama, que era y no obstante ocultaba, el sol, y otras miraba tras de mí, hacia la creciente oscuridad de la enorme, silenciosa habitación, con la alfombra de soñoliento polvo secular...

»Así veía deslizarse los siglos, sumido en abrumados pensamientos y preguntas, y dominado por un nuevo cansancio.

LA ROTACIÓN DECRECIENTE

«Habría transcurrido un millón de años quizá cuando percibí, más allá de toda duda, que la sábana de fuego que iluminaba el mundo estaba efectivamente oscureciendo.

»Pasó otro inmenso período de tiempo, y la gigantesca llama se tino de un color cobre. Oscureció gradualmente, volviéndose rojiza, y de ahí tendió a una coloración oscura, pesada, purpúrea, con una extraña apariencia de sangre.

«Aunque la luz disminuía, no veía que aminorase la aparente velocidad del sol. Aún se extendía en forma de velo deslumbrante y vertiginoso.

«El mundo, hasta donde yo podía ver, se había sumido en una terrible, sombría lobreguez, como si, efectivamente, se aproximase el día final de las esferas.

»El sol se estaba muriendo; de eso había poca duda; y la Tierra seguía girando aún en el espacio, durante evos y evos. Esta vez, recuerdo, me invadió una tremenda sensación de perplejidad. Después me di cuenta de que estaba sumido mentalmente en un extraño caos de fragmentarias teorías modernas y de viejas historias bíblicas sobre el fin del mundo.

«Entonces, por primera vez, cruzó por mi mente la idea de que el sol con su sistema de planetas había estado y estaba viajando a través del espacio a increíble velocidad. Y de pronto, surgió la pregunta: ¿Hacia dónde? Durante muchísimo tiempo, reflexioné sobre esta cuestión; pero finalmente, con una cierta sensación de que eran inútiles mis especulaciones, dejé vagar mis pensamientos hacia otras cosas. Me pregunté cuánto más se mantendría en pie esta casa. Asimismo, me decía si estaría yo condenado a seguir incorpóreo, en la Tierra, durante los oscuros tiempos que estaban por venir. Tras estos pensamientos, me sumí nuevamente en lucubraciones sobre la posible trayectoria del sol a través del espacio... con lo que transcurrió otro larguísimo período.

»Poco a poco, a medida que el tiempo huía, empecé a sentir el frío de un invierno interminable. Entonces recordé que, con la muerte del sol, el frío debía ser, de necesidad, extraordinariamente intenso. Muy despacio, a medida que los evos se deslizaban hacia la eternidad, la Tierra se fue hundiendo en un crepúsculo espeso y rojizo, y la mortecina llama del firmamento adoptó un matiz más apagado y sombrío y turbido.

«Entonces, finalmente, empecé a comprender que se había operado un cambio. El oscuro velo de llamas que se estremecía en el cielo meridional comenzaba a adelgazar y a contraerse; y del mismo modo que se ven las rápidas vibraciones de una cuerda de arpa mal tensada, así veía, una vez más, temblar el río-sol, vertiginosamente, de norte a sur.

»Poco a poco, la apariencia de sábana de fuego desapareció, y vi de manera clara, el lento batir del río-sol. Sin embargo, aun entonces, la velocidad de su oscilación era inconcebible. Y entretanto, el esplendor del arco ígneo seguía apagándose invariablemente. Abajo, el mundo apenas iluminado era una región confusa y espectral.

»En lo alto, el río de llama se cimbreaba más despacio cada vez; hasta que por último osciló de norte a sur en grandes, pesadas vibraciones que duraban segundos. Transcurrió largo tiempo, hasta que cada oscilación del enorme arco se hizo de casi un minuto; de forma que, al cabo de mucho rato, dejé de percibirlo como un movimiento visible; y el río de fuego corrió con un raudal inacabable de oscura llama por el cielo mortecino.

«Transcurrió un período indefinido, y el arco de fuego pareció volverse menos recortado. Lo veía más impreciso; y me daba la impresión de que, ocasionalmente, surgían franjas negruzcas. Ahora, mientras miraba, cesó el blando fluir, y sobrevino un momentáneo pero regular oscurecimiento del mundo. Aumentó éste, hasta que la noche volvió otra vez, aunque periódicamente, a intervalos, sobre la tierra cansada.

»Las noches se fueron alargando más y más, de suerte que, finalmente, el día y la noche adquirieron una duración de varios segundos, y el sol se mostró de nuevo como una bola casi invisible y cobriza, en la incandescente bruma de su vuelo. Correspondiendo con las líneas oscuras, que a veces recortaban su estela, destacaban ahora distintamente sobre el sol, semivisibles, grandes franjas oscuras.

»Se deslizaron los años, uno tras otro, y los días y las noches se ensancharon por minutos. El sol había perdido su aspecto de cola, y salía y se ponía como un tremendo globo color bronce incandescente, cruzado de bandas de un rojo sangre, que formaban anillos en unas zonas, mientras otras mostraban unas bandas oscuras, como he dicho ya. Estos círculos —rojos y negros— eran de una anchura variable. Durante un tiempo, no supe a qué atribuirlos. Luego se me ocurrió que era poco probable que el sol se enfriase uniformemente todo él; y que estas señales se debían quizá a las diferencias de temperatura de las diversas zonas; las rojas representarían aquellas partes donde el color aún era elevado, y las negras las porciones relativamente frías.

»Pero me resultaba raro que el sol se enfriase regularmente a franjas definidas; hasta que se me ocurrió que debían de ser manchas aisladas, a las que la enorme velocidad de su rotación les daba aspecto de cinturones. El sol mismo era mucho más grande que el que yo había conocido en los viejos días terrestres; por lo que deduje que estaba considerablemente más cerca.

«Algunas noches aún aparecía la luna⁵, pero pequeña y remota; y la luz era tan mortecina y débil, que parecía poco más que el fantasma minúsculo y confuso de la vieja luna que yo había conocido en otro tiempo.

⁵ No vuelve a hacerse mención de la luna. Por lo que se dice aquí, es evidente que nuestro satélite había aumentado enormemente su distancia con respecto a la Tierra. Posiblemente, en una época

«Gradualmente, los días y las noches se fueron prolongando, hasta alcanzar poco menos que la duración de una vieja hora terrestre; el sol salía y se ponía como un gigantesco disco de bronce rojizo, cruzado de franjas negras como la tinta. A la sazón, descubrí que nuevamente podía contemplar con claridad los jardines. Pues el mundo se había quedado ahora muy quieto e inmóvil. No obstante, no soy exacto al decir "jardines", pues no los había... ni existía nada que me fuese conocido o pudiera reconocer. En su lugar, había una inmensa llanura que se prolongaba en la lejanía. Un poco a mi derecha, había una cordillera de pequeñas elevaciones. En todas partes se veía una blanca, uniforme capa de nieve que en algunos lugares se alzaba en montículos y crestas.

»Ahora era cuando me daba cuenta de lo verdaderamente grande que había sido la nevada. En algunas zonas era inmensamente espesa, como lo indicaban las grandes, insalvables ondulaciones que se alzaban como colinas a mi derecha; aunque no es imposible que se debiesen a alguna prominencia de la superficie del suelo. Extrañamente, la cordillera de bajas elevaciones a mi izquierda —ya mencionada— no estaba enteramente cubierta por esta nieve universal, y en varios lugares se veían sus desnudas y oscuras laderas. Y en todas partes, y siempre, reinaba un increíble silencio y desolación. La inmutable, espantosa quietud de un mundo agonizante.

»Durante todo este tiempo, los días y las noches se iban alargando perceptiblemente. Ya, cada día, duraba quizá unas dos horas, desde el alba al crepúsculo. Por la noche, me había sorprendido descubrir tan pocas estrellas en lo alto; y las que había eran diminutas, aunque de extraordinaria brillantez; cosa que atribuí a la singular aunque evidente negrura de la noche.

»Hacia el norte, podía discernir una especie de nebulosa, no muy distinta de una pequeña porción de Vía Láctea. Podía ser un enjambre de estrellas extremadamente remoto; o —la idea se me ocurrió de pronto— quizá un universo sidéreo que yo había conocido, y que ahora se quedaba muy atrás, para siempre... una pequeña, mortecina bruma de estrellas perdidas en las profundidades del espacio.

»Los días y las noches seguían aún alargándose lentamente. Cada vez, el sol salía más apagado que se ocultaba. Y sus oscuros cinturones aumentaban en anchura.

«Entonces, vino a suceder algo nuevo. El sol, la tierra y el cielo se oscurecieron de repente, y aparentemente, desaparecieron durante un breve intervalo. Tuve una sensación, una cierta conciencia (muy poco era lo que podía captar visualmente), de que la Tierra sufría una gran nevada. Luego, un instante después, el velo que lo había oscurecido todo se disipó, y me volví a asomar al exterior. Mis ojos descubrieron un espectáculo maravilloso. La oquedad en la que se hallaba alojado este edificio con sus jardines, desbordaba de nieve⁶. Rebosaba por encima del alféizar de la ventana. En todas partes se extendía una gran alfombra blanca que reflejaba melancólicamente los oscuros resplandores cobrizos del sol agonizante. El mundo se había vuelto plano, sin sombras, de horizonte a horizonte.

»Alcé los ojos hacia el sol. Brillaba con una extraordinaria y pálida claridad. Lo miré como el que hasta ahora lo ha visto sólo a través de un medio parcialmente oscuro. Alrededor suyo, el cielo se había vuelto negro, de una negrura intensa, profunda, espantosa en su profundidad, en su infinita

posterior, debió de liberarse de nuestra atracción. No puedo por menos de lamentar que el Manuscrito no arroje ninguna luz sobre este punto. (N. del Edit.)

⁶ Verosíblemente, aire congelado. (N. del Edit)

tiniebla y su absoluta hostilidad. Durante un período inmenso, me asomé a él, nuevamente, estremecido y temeroso. Estaba muy cerca. De haber sido un niño, podría haber expresado mi impresión y mi angustia diciendo que el cielo había perdido su techo.

»Más tarde me volví y miré a mi alrededor por la estancia. Todo estaba cubierto con el fino sudario blanco y omnipresente. Podía verlo, aunque confusamente, debido a la luz difusa que ahora iluminaba el mundo. Parecía adherirse a los muros ruinosos; el polvo blanco y espeso de los años, que cubría el suelo hasta las rodillas, había desaparecido. La nieve debió de entrar por el hueco de las ventanas. Sin embargo, no había sido impelida hacia ningún rincón; sino que se veía, suave y uniforme, en todos los puntos de la enorme y antigua habitación. Por otra parte, no había soplado viento durante todos estos miles de años. Sin embargo, allí estaba la nieve como he dicho.

»Y toda la tierra estaba en silencio. Y reinaba un frío como ningún ser viviente podría haber conocido jamás.»La tierra estaba ahora iluminada durante el día por una luz penosa, imposible de describir. Parecía como si contemplase una gran llanura a través de un mar bronceo.

»Era evidente que el movimiento rotatorio de la Tierra disminuía invariablemente.

»Y, de repente, llegó el final. La noche había durado más que nunca, y cuando al fin salió el sol agonizante por encima del mundo, me sentía tan cansado de oscuridad, que lo saludé como a un amigo. Se elevó poco a poco, hasta unos veinticinco grados del horizonte. Entonces, se detuvo súbitamente y, tras un extraño movimiento de retroceso, se quedó inmóvil, como un gran escudo en el firmamento⁷. Sólo el borde circular del sol aparecía brillante; sólo eso, y una delgada franja de luz próxima al ecuador.

«Paulatinamente, la hebra luminosa se apagó; y ahora, todo lo que quedaba de nuestro grande y esplendoroso sol, era un inmenso disco muerto, bordeado de un fino halo de luz rojiza.

⁷ Me confunde el hecho de que ni aquí, ni más adelante, haga el Recluso mención alguna del continuo movimiento norte-sur (aparente, por supuesto) del sol, de solsticio en solsticio. (N. del Edit.)

LA ESTRELLA VERDE

»El mundo quedó sumido en una lóbreguez tenebrosa, fría, insoportable. En el exterior, todo estaba quieto..., ¡quieto! En la oscura habitación, detrás de mí, se oían los ocasionales, amortiguados golpes⁸ de los materiales al caer: eran fragmentos de piedra en desintegración. Y pasó el tiempo, y la noche se apoderó del mundo, envolviéndolo en un sudario de tiniebla impenetrable.

»No era en el firmamento la noche que conocemos nosotros. Incluso las pocas estrellas dispersas habían desaparecido definitivamente. Era como estar en una habitación cerrada, sin luz, a juzgar por lo que podía ver. Sólo, en medio de las impalpables tinieblas, ardía aquella inmensa hebra circular de fuego mortecino. Aparte de esto, no había rayo ninguno en toda la vastedad de la noche que me rodeaba; salvo, allá en el norte, un suave, brumoso resplandor que perduraba todavía.

«Silenciosamente, los años siguieron transcurriendo. No sé el tiempo que pasó. Me pareció, mientras aguardaba, que desfilaban eternidades, una tras otra, solapadamente; y yo seguía vigilando. Sólo podía ver el borde del sol a veces; pues ahora había empezado a aparecer y desaparecer, encendiéndose un momento y apagándose a continuación.

»De pronto, durante uno de estos instantes de vida, surgió una llamarada en la noche: un vivo resplandor que iluminó brevemente la tierra muerta, brindándome una visión de su uniforme soledad. La luz parecía provenir del sol; brotó de algún lugar próximo a su centro, en diagonal. Durante unos segundos, me sentí asustado. Luego la llama disminuyó, y volvió a reinar la oscuridad. Pero ahora no era tan absoluta; y el sol fue circundado por una fina línea de vivida luz blanca. Me fijé en ella intensamente. ¿Habría irrumpido un volcán en la superficie del sol? Pero deseché la idea tan pronto como se me ocurrió. La luz había sido intensísimamente blanca, y demasiado grande para deberse a eso.

⁸ A estas alturas, la atmósfera transmisora de sonido debía de estar terriblemente atenuada, o — más probablemente— ser inexistente. A la luz de esto, no puede suponerse que estos u otros ruidos cualesquiera hubiesen sido perceptibles a unos oídos vivos... que se oyesen en el sentido corpóreo, tal como nosotros lo entendemos. (N. del Edit.)

»Se me ocurrió otra idea. Era que había caído sobre el sol uno de los planetas interiores..., volviéndose incandescente a causa del impacto. Esta teoría me atraía más, por ser más verosímil, y explicar más satisfactoriamente el extraordinario tamaño y brillantez de la llamarada, que había iluminado el mundo muerto de forma tan inesperada.

»Lleno de interés y emoción, miré atento, en medio de la oscuridad, aquella línea de blanco fuego que cortaba las tinieblas. Una cosa me revelaba inequívocamente: que el sol seguía girando a enorme velocidad⁹. Comprendí que los años transcurrían aún a incalculable ritmo; aunque, por lo que a la Tierra se refería, la vida y la luz y el tiempo eran cosas que pertenecían a una etapa perdida en las largas edades pasadas.

»Tras aquella llamarada solitaria, la luz se había manifestado sólo como una franja circular de brillante fuego. Ahora, no obstante, mientras miraba, empezó a adquirir lentamente un matiz rojizo, y más tarde una coloración oscura, cobriza, igual que había hecho el sol. Ahora se volvió más oscuro, y seguidamente, comenzó a fluctuar, alternando períodos de resplandor y de oscurecimiento total. Así hasta que, al cabo de mucho tiempo, desapareció.

»Mucho antes de esto, el borde ardiente del sol se había fundido en las tinieblas. Y de este modo, en este tiempo supremamente futuro, la Tierra, oscura e intensamente silenciosa, siguió describiendo su órbita alrededor de la pesada masa del sol apagado.

»Mis pensamientos, en este período, son difícilmente descriptibles. Al principio, fueron caóticos y faltos de coherencia. Pero más tarde, a medida que transcurrían los milenios, mi alma parecía absorber la misma esencia de la opresiva soledad y monotonía que dominaba la tierra.

«Junto con esta sensación, me vino una maravillosa claridad de pensamiento, y me di cuenta, desesperadamente, de que el mundo podía seguir vagando eternamente, en esta noche interminable. Durante un tiempo, me obsesionó esta horrible idea, con un sentimiento de tremenda desolación; de manera que podía haber llorado como un niño. Con el tiempo, sin embargo, este sentimiento fue disminuyendo casi insensiblemente, y una irrazonada esperanza se apoderó de mí. Aguardé pacientemente.

»De vez en cuando, el ruido de las partículas desprendidas, detrás, en la habitación, llegaba apagado a mis oídos. Una de las veces, oí un estrépito, y miré instintivamente, olvidando que la noche impenetrable había borrado todas las cosas. Después, mi mirada buscó el cielo, volviéndose inconscientemente hacia el norte. Sí, el brumoso resplandor aún subsistía. Casi podía imaginar que parecía algo más perceptible. Durante largo tiempo permanecí con la mirada fija en esa dirección, sintiendo en mi alma solitaria que esa suave neblina era, en cierto modo, un vínculo con el pasado. ¡Qué extraño, las insignificancias en que uno puede encontrar consuelo! Y no obstante, si yo hubiera sabido... Pero ya llegaré a esto en su debido momento.

«Durante un tiempo larguísimo, estuve mirando sin experimentar ningún deseo de dormir, cosa que no habría tardado en hacer en los viejos tiempos terrestres. ¡Con qué placer habría recibido ese sueño! Así, al menos, habría pasado el tiempo lejos de todas estas perplejidades y preocupaciones.

⁹ Sólo puedo suponer que el tiempo de la órbita anual de la Tierra había cesado de guardar su presente proporción relativa al período de la rotación del sol. (N. del Edit.)

»De vez en cuando, el desagradable ruido producido por la caída de un gran trozo de albañilería me sacaba de mis meditaciones; y, una de las veces, me pareció oír un suspiro en la habitación, detrás de mí. Sin embargo, era absolutamente inútil intentar ver nada. Negrura como la que reinaba apenas podía concebirse. Era palpable y espantosamente brutal para los sentidos; parecía como si algo muerto pesara sobre mí, oprimiéndome... algo blando y frío como un témpano.

»Por debajo de todo esto, fue creciendo en mi espíritu una inmensa y abrumadora angustia; se me pasó, pero me sumió en inquieta meditación. Sentía que debía luchar contra esto; y, entonces, con la esperanza de alejar mis pensamientos, me volví hacia la ventana y miré hacia el norte, buscando la brumosa blancura que aún me parecía el lejano resplandor del universo que había abandonado. Y nada más alzar los ojos, me estremecí, presa de una sensación de prodigio; pues ahora, la luz difusa se había resuelto en una estrella simple, grande, de vivida y verdosa luminosidad.

«Mientras la contemplaba con asombro, me asaltó de pronto el pensamiento de que la Tierra debía de estar viajando hacia ella, no alejándose, como había imaginado. Luego pensé que no podía ser el universo que la Tierra había dejado, sino, posiblemente, una estrella remota, perteneciente a algún grupo de estrellas oculto en las enormes profundidades del espacio. Con una mezcla de pavor y curiosidad, me quedé contemplándola fijamente, preguntándome qué nuevo prodigio se iba a desvelar ante mí.

«Durante un rato, me sumí en vagos pensamientos y especulaciones, mientras mi mirada permanecía insaciablemente clavada en aquella mancha de luz rodeada de oscuridad abismal. Renació en mi interior una esperanza que fue disipando la opresión y desesperación que me ahogaban. Fuera el que fuese el lugar hacia el que la Tierra se dirigía, al menos era una región de luz. ¡Luz! Tendría que pasar una eternidad sumergido en la noche silenciosa, para comprender el indecible horror de sentirse privado de ella.

Lentamente, pero de manera invariable, la estrella aumentó de tamaño ante mis ojos, hasta que, al cabo de un tiempo lució tan esplendorosamente como lo hiciera el planeta Júpiter en los viejos tiempos terrestres. Con el aumento de tamaño, su color se volvió impresionante; me recordaba una inmensa esmeralda, emitiendo rayos de fuego a través del vacío.

«Transcurrieron años en silencio, y la estrella verde se convirtió en una gran salpicadura sobre el firmamento. Un poco más tarde, vi algo que me llenó de estupefacción. Era la silueta espectral de un inmenso creciente, en la noche, una nueva luna gigantesca, que pareció surgir de las tinieblas envolventes. Me quedé mirándola absolutamente confundido. Parecía muy próxima, relativamente, y me esforcé en comprender cómo se había acercado tanto a la Tierra sin que yo la hubiese visto antes.

»La luz de la estrella se hizo más viva, y me di cuenta de que era posible ver de nuevo la forma de la Tierra; aunque de manera confusa. Traté durante un rato de averiguar si podía distinguir algún detalle de la superficie del mundo, pero aquella luz resultaba insuficiente. Poco después, desistí, y miré una vez más hacia la estrella. Incluso en este breve espacio en que mi atención se había desviado, había aumentado considerablemente, y ahora parecía, ante mis asombrados ojos, como un cuarto de luna llena. Emitía una luz extraordinariamente poderosa; sin embargo, su color era tan abominablemente desconocido, que aquello que alcanzaba a ver del mundo resultaba irreal; parecía más bien tener ante mi un paisaje de sombras.

«Durante todo este tiempo, el gran creciente fue aumentando en esplendor, y empezaba ahora a brillar con una perceptible sombra verdosa. Entretanto, la estrella aumentó su tamaño y brillantez, y

alcanzó la mitad del volumen de la luna; y, a medida que se hacía más grande y luminosa, más y más luz reflejaba el inmenso creciente de la luna, más verdosa cada vez. Bajo el resplandor combinado de sus irradiaciones, el desierto que se extendía ante mí se fue volviendo más visible. Poco más tarde, me pareció que podía ver el mundo —ahora bajo una extraña luminiscencia—, terriblemente frío y de una espantosa y lisa monotonía.

»Fue un poco más tarde, cuando me llamó la atención el hecho de que la gran estrella verde se desplazase del norte hacia el este. Al principio, apenas podía creer que lo estaba viendo bien; pero no tardé en comprobar que era así. Gradualmente, se fue hundiendo, y mientras lo hacía, el vasto creciente verde brillante empezó a menguar hasta convertirse en un arco menos luminoso, contra el cielo lívido. Después, se desvaneció, desapareciendo en el mismísimo lugar en que lo había visto surgir lentamente.

»A todo esto, la estrella había llegado a unos treinta grados del horizonte. Ahora podía haber rivalizado en tamaño con la luna llena; aunque aún no podía distinguir claramente su disco. Este hecho me hizo pensar que se hallaba todavía a considerable distancia; y si era así, sabía que su tamaño debía de ser descomunal, más allá de lo que el hombre puede comprender o imaginar. Súbitamente, mientras miraba, el borde inferior de la estrella desapareció... cortado por una línea recta, oscura. Pasó un minuto —o un siglo—, y se hundió más, y la mitad quedó oculta a mi mirada. Muy lejos de la gran llanura, vi una monstruosa sombra que la oscurecía y avanzaba velozmente. Sólo un tercio de la estrella era visible ahora. Luego, como un relámpago, vi la explicación de tan extraordinario fenómeno. La estrella se hundía tras la enorme masa del sol muerto. O más bien, el sol —obediente a su atracción—, se elevaba hacia ella¹⁰, arrastrando a la Tierra tras su estela. A la vez que estos pensamientos cruzaban por mi mente, la estrella desapareció, quedando oculta por el tremendo volumen del sol, y sobre la Tierra cayó, una vez más, la noche ominosa.

«Con las tinieblas, me invadió una insoportable sensación de soledad y de terror. Por primera vez, pensé en el Pozo y en sus habitantes. Después se alzó en mi memoria la entidad, aún más terrible, que merodeaba por las orillas del Mar del Sueño y acechaba en las sombras de este viejo edificio. ¿Dónde estaban?, me pregunté... Y me estremecí ante estos miserables pensamientos. Por una vez, el miedo se apoderó de mí, y recé salvaje e incoherentemente, para que surgiese algún rayo de luz que disipase la fría negrura que envolvía el mundo.

»Me es imposible decir cuánto esperé... Mucho tiempo, desde luego, hasta que vi surgir una diminuta lucecita en lo alto. Se hizo más distinta poco a poco. Y de súbito, un rayo de viva luz verde traspasó las tinieblas. En el mismo instante, vi una fina línea de fuego pálido, allá lejos, en la noche. En seguida se convirtió en un gran cuajaron de fuego; y debajo de él, surgió el mundo bañado en un resplandor de color verde esmeralda. Siguió aumentando progresivamente, hasta que, a continuación, surgió ante mí otra vez, la estrella, toda entera. Pero ahora apenas podía llamarse estrella, pues se habían dilatado sus dimensiones, haciéndose inmensamente más grande que el sol en sus antiguos tiempos.

¹⁰ Una atenta lectura del Manuscrito sugiere que, o bien el sol describe una órbita de gran excentricidad, o bien se estaba aproximando a la Estrella Verde disminuyendo de órbita. En este momento, imagino que pierde finalmente su curso oblicuo, debido a la atracción gravitatoria de la inmensa estrella. (N. del Edit.)

«Mientras la contemplaba, me di cuenta de que podía ver el borde del sol inerte, que brillaba como un gran creciente lunar. Su iluminada superficie se ensanchó ante mí, hasta que se hizo visible la mitad de su diámetro, mientras la estrella empezaba a descender. Pasó el tiempo, y la Tierra siguió desplazándose, cruzando lentamente la tremenda superficie del sol muerto¹¹.

«Gradualmente, a medida que avanzaba la Tierra, la estrella fue descendiendo hacia la derecha, hasta que, por último, brilló por detrás de la casa, enviando un haz de luz sobre sus muros descarnados. Alcé los ojos y vi que gran parte del techo había desaparecido, lo que me permitía comprobar que los pisos superiores se hallaban aún más deteriorados. El tejado, evidentemente, había desaparecido enteramente; de modo que podía verse el verde fulgor de la estrella, que entraba sesgadamente.

¹¹ Se observará aquí que la Tierra "atravesaba lentamente la tremenda superficie del sol". No se da ninguna explicación de esto, y debemos concluir que, o bien la velocidad había disminuido, o que la Tierra orbitaba a un ritmo lento, comparado con las referencias existentes. Un estudio cuidadoso del Manuscrito, empero, me lleva a la conclusión de que la velocidad del tiempo había ido disminuyendo de manera constante durante un período considerable. (N. del Edit.)

EL FIN DEL SISTEMA SOLAR

»Desde el contrafuerte donde habían estado en otro tiempo las ventanas desde las que había contemplado aquel primer amanecer fatal, pude ver el sol, enormemente mayor de lo que había sido, cuando la Estrella iluminó el mundo al principio. Tan grande era, que su borde inferior parecía casi rozar el lejano horizonte. Y mientras miraba, me pareció observar que se acercaba. El resplandor verde que iluminaba la tierra helada seguía haciéndose más brillante.

»Así siguieron las cosas durante mucho tiempo. Luego, de repente, el sol cambió de forma, y se hizo más pequeño, exactamente como había ocurrido tiempo atrás con la luna. Luego sólo un tercio de su parte iluminada quedó vuelto hacia la Tierra. La Estrella se desplazaba hacia la izquierda.

«Gradualmente, mientras el mundo seguía, la Estrella llegó a situarse de nuevo frente a la casa, en tanto que el sol brillaba sólo como un gran arco de fuego verde. Un instante después, el sol había desaparecido. La Estrella aún era plenamente visible. Luego la Tierra se situó tras la negra sombra del sol y cayó la noche. La noche intensa, rotunda, insoportable.

«Lleno de un sinfín de pensamientos confusos, seguí vigilando en la oscuridad..., esperando. Años debieron de transcurrir. Luego, en la oscura casa que tenía detrás, se quebró la congelada quietud del mundo. Me pareció oír el blando rumor de una multitud de pies, y un débil susurro inarticulado, que se hizo sensible a mis oídos. Miré a mi alrededor en la negrura, y vi un sinfín de ojos. Los vi aumentar y parecieron acercarse a mí. Por un instante, permanecí quieto, incapaz de moverme. Y de pronto, un horrendo gruñir de cerdos en la noche; entonces, sin pensarlo, salté por la ventana, hacia el mundo congelado.

»Tengo la vaga idea de haber corrido mucho tiempo; después, esperé..., esperé. Varias veces oí chillidos; pero siempre como a gran distancia. Aparte de esos ruidos, no tuve otra referencia de la situación de la casa. El tiempo seguía discurriendo. Yo no tenía conciencia de nada, salvo una sensación de frío, de desesperanza y de miedo. Pasó un siglo, según me pareció, y surgió una claridad que indicaba la llegada de la luz. Aumentó, lentamente. Luego —con un atisbo de esplendor extramundano— el primer rayo de la Estrella Verde rozó el borde del sol oscuro e iluminó el mundo. Cayó sobre una grande y ruinosa construcción, unos doscientos metros más allá. Era la casa. Al fijarme, vi una escena espantosa: sobre sus muros se arrastraba una legión de seres

atroces, que cubrían casi por entero el viejo edificio, desde sus torres tambaleantes hasta sus cimientos. Podía verlos claramente. Eran las Criaturas-cerdos.

»El mundo salió a la luz de la Estrella, y la vi ocupar ahora una cuarta parte de cielo. El esplendor de su luz lívida era tan tremendo que parecía llenar el cielo de llamas temblonas. Luego vi el sol. Estaba tan cerca, que la mitad de su superficie quedaba por debajo del horizonte; y mientras el mundo lo circundaba, pareció elevarse, inmenso, en el cielo, en forma de una descomunal cúpula de fuego color esmeralda. De vez en cuando, miraba hacia la casa; pero las Criaturas-cerdos parecían ignorar mi proximidad.

»Transcurrieron los años lentamente. La Tierra casi había llegado al centro del disco solar. La luz del Sol Verde —como ahora debía ser llamado— brillaba a través de los intersticios que se abrían entre las desmoronadas paredes de la vieja casa, dándoles el aspecto de estar envueltas en llamas verdosas. Las Criaturas-cerdos seguían arrastrándose por los muros.

»De pronto, se elevó un rugido de voces de cerdo, al tiempo que del centro de la casa sin tejado brotaba una enorme columna de fuego rojo como la sangre. Vi incendiarse las pequeñas torres y torrecillas, si bien seguían conservando su torcidas siluetas. Los rayos del Sol Verde incidieron en la casa, y se entremezclaron con sus fantásticas llamas, de forma que parecía un horno hirviente de fuego rojo y verde.

»Me quedé fascinado, mirando, hasta que atrajo mi atención una sensación abrumadora de inminente peligro. Alcé los ojos, y vi que el sol estaba mucho más cerca; tanto, en realidad, que parecía cernerse sobre el mundo. Entonces —no sé cómo—, me sentí desplazado hacia las alturas... flotando como una burbuja en el espantoso resplandor.

»Muy por debajo de mí, vi la tierra con su casa envuelta en una montaña de fuego constantemente creciente. A su alrededor, el suelo parecía estar al rojo, y en algunos lugares se elevaban pesadas espirales de humo amarillento. Daba la impresión de que el mundo se estaba volviendo incandescente, con aquella pestífera mancha de fuego. Débilmente, pude distinguir a las Bestias-cerdos. Parecían completamente indemnes. Luego el suelo se hundió de repente, y la casa, junto con su cargamento de inmundas criaturas, desapareció en las profundidades de la tierra, despidiendo a las alturas una extraña nube roja. Recordé el Pozo infernal que se abría bajo la casa.

»Un rato después, miré alrededor. El enorme volumen del sol se alzaba por encima de mí. La distancia entre él y la Tierra disminuía rápidamente. Y de pronto, la Tierra pareció precipitarse hacia él. Un instante después, había recorrido la distancia que la separaba del sol. No oí ningún ruido; pero de la cara del sol brotó una larga lengua de llamas deslumbrantes. Pareció alcanzar casi el lejano Sol Verde, hender la luz esmeralda como una verdadera catarata de fuego cegador. Alcanzó su límite, y se apagó; quedando en el sol una mera salpicadura de fuego blanco: ésa fue la tumba de la Tierra.

»El sol estaba muy cerca de mí, ahora. En ese momento, observé que me estaba elevando; hasta que, finalmente, me encontré por encima de él, flotando en el vacío. El Sol Verde era ahora tan enorme, que su volumen parecía llenar todo el firmamento que yo tenía delante. Miré hacia abajo, y vi que el sol pasaba justamente por debajo de mí.

»Transcurrió un año —o un siglo—, y yo me encontraba suspendido, solo. El sol aparecía delante, a lo lejos: era una masa negra, circular, recortada sobre el derretido brillo del inmenso Orbe Verde. Cerca de uno de los bordes observé que había aparecido un pálido resplandor, señalando el lugar

donde se había estrellado la Tierra. Por ésta, supe que el sol, muerto, aún seguía girando, aunque con gran lentitud.

»Allá lejos, a mi derecha, me pareció percibir un débil fulgor de luz blanquecina. Durante muchísimo tiempo, no supe si atribuirlo a mi imaginación o no. Así que, estuve mirando fijamente, con nuevas dudas, hasta que por último descubrí que no eran figuraciones mías, sino una realidad. Se hizo más brillante; y a continuación se separó del verde un globo pálido, dotado de la más suave blancura. Se acercó, y lo vi rodeado de un manto de nubes que resplandecían levemente. Pasó un tiempo...

»Miré hacia el sol, cada vez más pequeño. Ahora se veía como una mancha oscura sobre la faz del Sol Verde. Mientras miraba, lo vi disminuir de manera constante, como si se precipitase contra el orbe superior, a prodigiosa velocidad. Miré anhelante. ¿Qué pasaría? Experimenté una extraordinaria emoción, al comprobar que iba a estrellarse contra el Sol Verde. No era ya más grande que un guisante, y me dispuse, con toda el alma, a presenciar el fin último de nuestro sistema... de aquel sistema que había sostenido al mundo durante tantísimos evos, con su multitud de dolores y alegrías; y ahora...

«Súbitamente, algo se cruzó ante mi mirada, ocultándome por completo el espectáculo que con tan palpitante interés contemplaba. No vi lo que ocurrió al sol muerto; pero no tengo motivo —a juzgar por lo que vi después— para dudar de que cayó en el extraño fuego del Sol Verde, desapareciendo de este modo.

»Y entonces, de repente, me asaltó una pregunta extraordinaria: si este portentoso globo de fuego verde no sería el vasto Sol Central, el gran sol en torno al cual giran nuestro universo, e innumerables otros. Me sentí confundido. Pensé en el probable fin del sol muerto, y me vino a la mente otra posibilidad: ¿Sería el Sol Verde la tumba de todas las estrellas apagadas? La idea no me resultaba nada descabellada, sino más bien algo muy posible y probable.

LOS GLOBOS CELESTES

«Durante algún tiempo, se me agolparon múltiples pensamientos en la mente, de suerte que fui incapaz de hacer nada, salvo mirar de manera ciega ante mí. Me sentía inmerso en un mar de dudas e interrogantes y dolorosos recuerdos.

»Fue más tarde, cuando salí de este estado de perplejidad. Miré a mi alrededor, confundido. Entonces tuve una visión tan extraordinaria que, durante un rato, apenas fui capaz de creer que no me hallaba sumido en el visionario tumulto de mis propios pensamientos. Del verde reinante, había empezado a brotar un inacabable río de globos que resplandecían suavemente, cada uno de ellos envuelto en un maravilloso vellón de pura nube. Y pasaron por debajo y por encima de mí, a una distancia incalculable; y no sólo ocultaban el resplandor del Sol Verde, sino que proporcionaban en su lugar una delicada luminiscencia que se difundía a mi alrededor como un esplendor que no había visto hasta entonces, ni he visto después.

»Al poco tiempo, observé que estas esferas estaban dotadas de una especie de transparencia, casi como si estuviesen formadas de brumoso cristal, en cuyo interior ardiera alguna fuente de suave y moderada luz. Pasaban junto a mí y seguían, flotando, desplazándose no muy de prisa, sino más bien como si tuviesen ante sí toda la eternidad. Miré durante mucho tiempo, sin ver el final de aquella larga fila. A veces, me parecía distinguir rostros, en medio de la bruma; aunque muy imprecisos, como si fuesen parcialmente reales, y parcialmente formados por la misma niebla a través de la cual se asomaban.

«Durante mucho tiempo, aguardé pasivamente, con creciente sensación de alegría. Ya no tenía la impresión de absoluta soledad, sentía que estaba menos solo de lo que había estado durante millones de años. Este sentimiento de contento aumentó, de modo que habría deseado flotar eternamente en compañía de estos globos celestes.

«Transcurrieron siglos, y vi los rostros confusos con mucha más frecuencia, y también con mayor claridad. No sé decir si esto se debía a que mi alma estaba ahora más en armonía con su entorno..., probablemente era eso. Fuera lo que fuese, sólo estoy seguro del hecho de que había ido teniendo conciencia de un nuevo misterio a mi alrededor, que me indicaba que, efectivamente, había traspasado el confín de alguna región o lugar o forma de existencia sutil e intangible.

»El enorme caudal de esferas luminosas seguía desfilando junto a mí constantemente: eran innumerables, millones, y no veía indicio alguno de que fuesen a terminar, o siquiera a disminuir.

«Entonces, mientras me hallaba flotando en silencio, en el éter inmóvil, sentí un súbito, irresistible movimiento hacia adelante, hacia uno de los globos que cruzaba delante de mí. Luego me deslicé en su interior, sin experimentar resistencia de ningún tipo. Durante un breve instante, no fui capaz de ver nada; y esperé, curioso.

»De repente, tuve conciencia de un sonido que quebró la inconcebible quietud. Era como el murmullo de un inmenso mar en calma, un mar que respiraba en su letargo. Gradualmente, la bruma que oscurecía mi visión empezó a disiparse; y así, al poco tiempo, mi visión volvió a posarse en la silenciosa superficie del Mar del Sueño.

«Durante un breve instante, me quedé mirando, sin poder creer lo que veía. Luego miré a mi alrededor. El inmenso globo de pálido fuego flotaba, como ya lo había visto antes, a poca distancia del confuso horizonte. A mi izquierda, en un punto lejano del mar, descubrí ahora una débil Línea, como de leve bruma, y adiviné que sería la playa donde mi Amada y yo nos habíamos visto durante aquellos maravillosos períodos de vagabundeos del alma de los que había gozado en los viejos tiempos terrestres.

»Me vino otro recuerdo inquietante: el de la Bestia Monstruosa que merodeaba por las playas del Mar del Sueño. El guardián de aquella región silenciosa y sin ecos. Estos y otros detalles recordé, y comprendí sin sombra de duda ninguna, que tenía delante el mismo mar. Con esta seguridad, me invadió una abrumadora sensación de sorpresa y alegría y nerviosa expectación, al concebir la posibilidad de ver de nuevo a mi Amada. Busqué a mi alrededor; pero no conseguí descubrirla en ninguna parte. Entonces, durante un rato, me sentí desesperado. Recé con fervor, y seguí mirando ansiosa, intensamente... ¡Qué quieto estaba el mar!

«Allá, muy por debajo de mí, pude ver numerosas estelas de fuego cambiante, que al principio me habían llamado la atención vagamente, preguntándome qué las habría causado; recordé que había intentado preguntarle a mi Amada sobre estas estelas, y sobre otras muchas cosas, también; pero me había visto obligado a dejarla, antes de poderle decir siquiera la mitad.

»Mis pensamientos retrocedieron al presente. Entonces tuve conciencia de que algo me había tocado. Me volví rápidamente. Dios, eres verdaderamente misericordioso: ¡era Ella! Me miró a los ojos, anhelante, y yo le devolví la mirada con toda mi alma. Hubiera querido estrecharla, pero la gloriosa pureza de su rostro me contuvo. Luego extendió sus preciosos brazos en la envolvente bruma, y su voz me llegó, tenue como el rumor de una nube pasajera. "¡Amor mío!", dijo; eso fue todo; pero yo lo había oído y, un instante después, la tuve conmigo —como había pedido— para siempre.

»En muy poco tiempo, me habló de muchas cosas, y yo la escuché. De buena gana habría pasado así todas las eras que están por venir. A veces susurraba yo, y en respuesta a mis palabras, se encendía su rostro espiritual, con un matiz indescriptiblemente delicado: era el rubor del amor. Más tarde, hablé más libremente, y escuchaba cada palabra mía, y la contestaba deliciosamente, de manera que me sentí en el Paraíso.

»Ella y yo; y ninguna otra cosa más, sino el silencioso, inmenso vacío para vernos, y las quietas aguas del Mar del Sueño para oírnos.

»Mucho antes, la flotante multitud de esferas envueltas en bruma se había disuelto en la nada. Así que miramos sobre la faz de las soñolientas profundidades, y vimos que estábamos solos. ¡Solos, Dios mío, así hubiera querido seguir estando, y no me habría sentido jamás a solas! La tenía a ella, y más aún, ella me tenía a mí. Para siempre, durante evos y evos; y con este pensamiento, y quizá algún otro, espero seguir existiendo los años que puedan quedarnos.

EL SOL OSCURO

»No sé decir cuánto tiempo estuvieron nuestras almas en brazos del gozo; pero, de repente, una disminución de la luz pálida y suave que iluminaba el Mar del Sueño me despertó de mi felicidad. Me volví hacia el orbe gigantesco y blanco con el presagio de una calamidad inminente. Uno de sus lados se curvaba hacia adentro como si una sombra convexa y negra cruzase por encima. Me volvió el recuerdo. Así fue como habían llegado las tinieblas antes de nuestra última separación. Me volví hacia mi Amada, inquisitivamente. Con una súbita conciencia de dolor, noté cuan vaga e irreal se había vuelto, aun en este breve espacio. Su voz parecía llegarme de lejos. El tacto de sus manos no fue ya más que la blanda presión de una brisa de verano, y se hizo menos perceptible.

»Ya, la mitad entera del inmenso globo se hallaba envuelta en aquel sudario de tinieblas. Un sentimiento de desesperación se apoderó de mí. ¿Iba a abandonarme? ¿Tendría que irse, como se había ido la otra vez? Se lo pregunté anhelante, asustado; y ella, acurrucándose aún más cerca, me explicó que no tenía más remedio que dejarme, antes de que el Sol de las Tinieblas —así lo denominó— ocultase la luz. Ante esta confirmación de mis recelos, me sentí vencido por la desesperación; y sólo fui capaz de mirar, mudo, las quietas llanuras del mar silencioso.

«¡Qué de prisa se extendían las tinieblas por la superficie del Orbe Blanco! Sin embargo, en realidad, el tiempo debió de ser muy largo, más allá de toda humana comprensión.

«Finalmente, sólo un creciente de pálido fuego iluminó el ahora confuso Mar del Sueño. Todo este tiempo, me había tenido ella; pero con tan suave caricia, que yo apenas había tenido conciencia de esto. Aguardamos juntos, ella y yo; mudos de dolor. Con aquella luz débil, su rostro se mostraba oscuramente..., se mezclaba con la niebla sombría que nos rodeaba.

«Luego, cuando el mar quedó iluminado sólo por una línea delgada, curva, de suave luz, me dejó... apartándose tiernamente. Su voz sonó en mis oídos: "No puedo quedarme más tiempo, Amado mío". Terminó con un sollozo.

«Pareció alejarse flotando, y hacerse invisible. Su voz me llegó de las sombras, débilmente, desde remota distancia.

«"Dentro de poco..." se perdió en la lejanía. Un instante después, el Mar del Sueño quedó en tinieblas. A lo lejos, a mi izquierda, me pareció ver brevemente un suave resplandor. Se desvaneció y, en el mismo momento, me di cuenta de que no me hallaba ya sobre el sosegado mar, sino suspendido de nuevo en el espacio infinito, con el Sol Verde —ahora eclipsado por una inmensa esfera oscura— ante mí.

«Absolutamente abrumado, miré casi sin ver el anillo de llamas verdes que sobresalía del borde oscuro. Aun en el caos de mis pensamientos, me sentí maravillado ante las extraordinarias formas que adoptaban estas llamas. Me asaltó una multitud de preguntas. Pensé en ella una vez más; la había visto hacía tan poco, que aún tenía su imagen ante mí. Mi pesar y la idea del futuro, me agobiaban. ¿Estaba condenado a vivir separado de ella definitivamente? Aun en los viejos tiempos terrestres, había sido mía sólo un breve momento; luego, me había dejado, como creí entonces, para siempre. Después sólo la había visto estas dos veces en el Mar del Sueño.

»Una oleada de furioso resentimiento me invadió, a la vez que un sinfín de preguntas miserables. ¿Por qué no me he ido con mi Amada? ¿Por qué razón teníamos que separarnos? ¿Por qué debía yo permanecer solo, mientras ella dormía durante años y años en el fondo imperturbable del Mar del Sueño? ¡El Mar del Sueño! Inconsecuentemente, mis pensamientos se desviaron de su cauce de amargura, hacia nuevas y desesperadas cuestiones. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba? Parecía que me había separado de mi Amada en esta quieta superficie y se había ido absolutamente. ¡No podía ser lejos! ¡Y el Orbe Blanco que yo había visto ocultarse tras la sombra del Sol de las Tinieblas! Mi mirada se posó en el Sol Verde eclipsado. ¿Qué lo había eclipsado? ¿Era una inmensa estrella muerta que lo circundaba? ¿Acaso era el Sol Central —como yo había llegado a considerarlo— una estrella doble? El pensamiento se me ocurrió casi espontáneamente; sin embargo, ¿por qué tenía que ser así?

»Mis pensamientos se volvieron hacia el Orbe Blanco. Resultaba extraño que hubiese sido... Me detuve. De pronto, se me había ocurrido una idea. ¡El Orbe Blanco y el Sol Verde! ¿Serían uno y el mismo? Mi imaginación retrocedió hacia el pasado, y recordé el globo luminoso hacia el que había sido tan inexplicablemente atraído. Era curioso que lo hubiese olvidado, aun momentáneamente. ¿Dónde estaban los demás? Me acordé del globo en el que había entrado. Pensé por una vez, y las cosas se aclararon. Supuse que, al penetrar en ese glóbulo impalpable, había pasado a una dimensión ulterior hasta ahora invisible. Allí el Sol Verde aún se veía; pero como una prodigiosa esfera de pálida luz blanca, casi como si fuese su fantasma, y no su ser material.

»Medité sobre esta cuestión muchísimo tiempo. Recordaba cómo, al entrar en Ja esfera, había perdido inmediatamente de vista a todas las demás. Y durante mucho tiempo seguí dando vueltas en mi mente a los diversos detalles.

»Después, mis pensamientos derivaron hacia otras cosas. Me fui metiendo más en el presente, y empecé a ver a mi alrededor. Por primera vez observé que un sinfín de rayos de una tonalidad sutil, violeta, taladraban la extraña semioscuridad en todas direcciones. Brotaban del borde ígneo del Sol Verde. Parecían aumentar sensiblemente, de forma que poco después descubrí que eran incontables. Y que llenaban la noche... irradiando del Sol Verde en abanico. Deduje que podía verlos debido a que el esplendor del sol quedaba tapado por el eclipse. Estos rayos se precipitaban en el espacio y desaparecían.

«Gradualmente, mientras miraba, me di cuenta de que eran atravesados por unos puntitos de luz intensamente brillantes. Muchos parecían desplazarse del Sol Verde hacia el espacio. Otros salían del vacío, hacia el sol; pero cada uno de ellos se mantenía estrictamente en el rayo por el que se

desplazaba. Su velocidad era inconcebiblemente grande, y sólo cuando se acercaban al Sol Verde, o cuando se separaban de él, podía verlos como aisladas manchas luminosas. A cierta distancia del sol, se convertían en finas líneas de fuego vivido dentro del violeta.

»El descubrimiento de estos rayos, y estas chispas viajeras, me interesó extraordinariamente. ¿Adonde conducían, en tan abundante profusión? Pensé en el mundo del espacio... ¡Y aquellas chispas! ¡Mensajeras! Posiblemente, la idea era fantástica; pero no me daba la impresión de que fuese así. ¡Mensajeras! ¡Mensajeras del Sol Central!

»Una idea se desarrolló, lentamente. ¿Sería el Sol Verde la morada de alguna inmensa Inteligencia? El pensamiento era desconcertante. Vagamente, se suscitaron en mí visiones de lo Inefable. ¿Habría llegado efectivamente a la morada del Eterno? Durante un tiempo, rechacé este pensamiento. Era demasiado prodigioso. Sin embargo...

«Enormes, vagos pensamientos habían despertado en mi interior. Me sentía, de pronto, terriblemente desnudo. Y una espantosa Proximidad me sacudió.

»Y ¡cielos...! ¿Era una ilusión?

»Mis pensamientos fluctuaban erráticos. El Mar del Sueño, ¡y ella! El cielo... De pronto, volví al presente. En alguna parte del vacío que tenía detrás de mí, surgió un cuerpo inmenso, oscuro, enorme, silencioso. Era una estrella muerta que se precipitaba en el cementerio de los astros. Pasó entre los Soles Centrales y yo... obstruyendo mi visión, y sumiéndome en una noche impenetrable.

«Transcurrió un siglo, y vi otra vez los rayos violeta. Mucho tiempo después —evos, debieron de pasar— comenzó a «urgir un resplandor circular en el firmamento que tenía delante, y vi recortarse oscuramente el borde de la estrella viajera contra él. De modo que comprendí que se aproximaba a los Soles Centrales. Ahora vi el resplandeciente anillo del Sol Verde brillando claramente en la noche. La estrella había entrado en la sombra del Sol Muerto. Después, esperé. Transcurrieron lentos los extraños años, mientras yo vigilaba con atención.

»Lo que yo había esperado, llegó al fin: súbitamente, espantosamente. Fue una descomunal llamarada de deslumbrante luz. Una explosión torrencial de fuego blanco en el oscuro vacío. Durante un tiempo, ascendió de manera incontenible, formando un gigantesco hongo de fuego. Y dejó de crecer. Luego, pasado un tiempo, comenzó a disminuir lentamente. Ahora vi que procedía de una enorme mancha brillante, próxima al centro del Sol Oscuro. Aún se elevaban de ella inmensas llamaradas. No obstante, a pesar de su tamaño, la tumba de la estrella no abultaba más que el resplandor de Júpiter sobre la faz de un océano, comparado con la inconcebible masa del Sol Muerto.

»Debo decir aquí, una vez más, que no hay palabras que puedan dar idea del volumen descomunal de los dos Soles Centrales.

LA NEBULOSA OSCURA

»Se diluyeron los años en el pasado; y los siglos y los milenios. La luz del astro incandescente disminuyó, volviéndose de un rojo furioso.

»Más tarde, vi la nebulosa oscura: al principio, apareció como una nube impalpable, a mi derecha. Fue creciendo progresivamente, hasta convertirse en un grumo de tinieblas en la noche. Es imposible decir el tiempo que la estuve contemplando; pues el tiempo, según lo computamos, era cosa del pasado. Se aproximó la informe, tremenda monstruosidad de tiniebla. Parecía avanzar a través de la noche, soñolienta, como una auténtica niebla infernal. Lentamente, se acercó, y se desplazó en el vacío, entre los Soles Centrales y yo. Fue como si hubiesen corrido un telón ante mí. Un miedo estremecedor se apoderó de todo mi ser, juntamente con una nueva sensación de prodigio.

»El verde crepúsculo que había reinado durante tantos millones de años había dado paso ahora a una oscuridad impenetrable. Inmóvil, escruté a mi alrededor. Pasó un siglo, y me pareció descubrir algún ocasional destello rojo, que cruzaba ante mí a intervalos.

»Miré atentamente, y entonces me pareció distinguir unas masas circulares, de un rojo turbio, en el interior de la negra bruma. Parecían brotar de la espesa tiniebla. Pasó algún tiempo, y al habituarse mi vista las vi con más claridad. Ahora podía distinguirlas con bastante nitidez: eran unas esferas rojizas, semejantes, en tamaño, a los globos luminosos que había visto hacía ya muchísimo tiempo. Desfilaban flotando ante mí continuamente. De manera gradual, me fue dominando una extraña inquietud. Tenía conciencia de una creciente repugnancia y temor. Me la producían aquellos orbes errantes, y parecía deberse a una impresión instintiva, más que a una causa o motivo real.

«Algunos de los globos eran más brillantes que otros; y, de repente, en uno de éstos asomó una cara. Una cara de rasgos humanos; pero tan torturada por el dolor, que al verla me quedé horrorizado. Jamás concebí que existiese tanta aflicción hasta que la vi. Y aun fui consciente de un nuevo sentimiento de aflicción, al darme cuenta de que los orbes, que brillaban tan tremendamente, eran ciegos. Lo seguí con la vista un poco más; luego pasó, perdiéndose en la oscuridad envolvente. Después pasaron otros... todos con la misma expresión de dolor desesperado y ciego.

»Transcurrió mucho tiempo, y tuve conciencia de que ahora me encontraba más cerca de los orbes. Esto aumentó mi desasosiego; aunque sentía menos miedo de estos glóbulos extraños del que había tenido antes de ver a sus afligidos habitantes; pues la compasión atemperaba mi temor.

»Más tarde, no me cupo ninguna duda de que estaba siendo arrastrado hacia las rojas esferas, y al cabo de un tiempo me encontré flotando entre ellas. Vi a una dirigirse directamente hacia mí. Me esforcé en vano por apartarme de su camino. Un minuto después, según me pareció, se abalanzó sobre mí, y yo me sumergí en una espesa bruma roja. Al disiparse, miré confuso por encima de la inmensa Llanura del Silencio. Apareció tal como la había visto la primera vez. Me di cuenta de que me desplazaba, continuamente, por encima de su superficie. Delante de mí, allá lejos, brillaba el inmenso anillo rojo¹² que iluminaba toda la región. Por todas partes se extendía la extraordinaria desolación de la quietud, que tanto me había impresionado durante mis anteriores vagabundeos por este inmenso desierto.

»Ahora vi, elevándose en la rojiza oscuridad, los picos distantes del imponente anfiteatro de montañas donde, incontables milenios antes, había tenido yo mi primera visión de los terrores que subyacen debajo de muchas cosas; y donde, inmensa y silenciosa, vigilada por mil dioses mudos, se alza la réplica de esta casa de misterios..., esta casa que he visto hundirse en el fuego infernal, antes de que la Tierra besara el sol y desapareciera para siempre.

»Aunque podía ver la cresta del montañoso anfiteatro, sin embargo, transcurrió mucho tiempo antes de que se hiciera visible la parte inferior. Quizá se debía esto a la extraña niebla rojiza que parecía prenderse en la superficie de la Llanura. Sin embargo, fuera lo que fuese, la vi al fin.

«Posteriormente, me acerqué tanto a las montañas, que parecieron colgar por encima de mí. Descubrí la gran hendidura abierta ante mí, y me deslicé hacia ella sin desearlo.

«Más tarde salí a la extensión de la enorme arena. Allí, a unas cinco millas, se alzaba la Casa, inmensa, gigantesca, silenciosa..., en el mismísimo centro de este prodigioso anfiteatro. Hasta donde alcanzaba a ver, no había experimentado cambio alguno; parecía como si hubiese dejado de verla el día anterior. Las severas y oscuras montañas de su alrededor me miraban ceñudas desde su altivo silencio.

»A mi derecha, entre los picos inaccesibles, se asomó la enorme silueta del gran dios-Asno. Más arriba, vi la forma horrenda de la diosa terrible, alzándose en la roja tiniebla, miles de brazas por encima de mí. A mi izquierda, descubrí a la monstruosa Entidad-Sin-Ojos, inescrutable y gris. Más allá, tendida sobre su elevadísimo reborde, aparecía la lívida forma del Gul: mancha de siniestro matiz entre las montañas oscuras.

«Lentamente, me adentré en la inmensidad de la arena... flotando. Al avanzar, distinguí las formas sombrías de muchos de los otros Horrores que poblaban aquellas alturas supremas.

«Gradualmente, me aproximé a la Casa, y mis pensamientos retrocedieron vertiginosos en el abismo de los siglos. Recordé el pavoroso Espectro del Lugar. Pasó un breve espacio de tiempo, y me sentí impelido directamente hacia la enorme mole de aquel edificio silencioso.

¹² Sin duda, la masa bordeada de llamas del Sol Central Muerto, vista desde otra dimensión. (N. del Edit.)

»A todo esto, tuve conciencia, de manera indiferente, de una creciente sensación de entumecimiento, que me sustrajo del miedo que de otro modo habría experimentado al acercarme al espantoso Edificio. Por así decir, lo miré sosegadamente, como el hombre que presencia un desastre entre las brumas de su tabaco.

»En poco tiempo, me había aproximado tanto a la Casa que pude distinguir muchos de sus detalles. Cuanto más la miraba, más me confirmaba en mis antiguas impresiones de su completa semejanza con esta otra extraña casa. Salvo en sus inmensas proporciones, no encontraba diferencia alguna.

»De pronto, mientras miraba, me sobrevino una tremenda sensación de asombro. Había llegado al lado opuesto, donde se encuentra la puerta exterior de mi estudio. Allí, tumbada justamente en medio del umbral, había una gigantesca piedra de caballete, idéntica —salvo en su tamaño y color— a la que se había desprendido en mi lucha con las criaturas del Pozo.

»Me acerqué más, flotando, y mi asombro aumentó al observar que la puerta estaba parcialmente arrancada de sus goznes, precisamente del mismo modo que había sido forzada la puerta de mi estudio durante los asaltos de las Criaturas-cerdos. La visión desencadenó en mí un torrente de pensamientos, y empecé a vislumbrar, vagamente, que el ataque a esta casa podía tener una significación más honda de lo que hasta aquí había imaginado. Recordé cómo hacía muchísimo tiempo, en los viejos tiempos terrestres, había medio sospechado que, de alguna manera inexplicable, la casa en la que yo vivía, estaba en rapport —por emplear una expresión acuñada— con esta otra tremenda construcción, tan remota, en medio de esta incomparable Llanura.

«Ahora, no obstante, empezaba a comprender vagamente lo que significaba mi sospecha. Empezaba a darme cuenta, con una claridad más que humana, que de alguna extraordinaria manera, el ataque que yo había rechazado estaba en relación con un ataque a este edificio extraño.

»Con una singular inconsecuencia, mi pensamiento abandonó repentinamente esta cuestión para centrarse, maravillado, en el extraño material con que estaba construida la Casa. Era —como he referido antes— de un color verde oscuro. Sin embargo, ahora que me había aproximado bastante, veía que fluctuaba de vez en cuando, aunque ligeramente... iluminándose y apagándose, a la manera de los vapores del fósforo, cuando se lo frota uno en la mano, en la oscuridad.

«Luego mi atención dejó de fijarse en esto al llegar a la entrada principal. Aquí, por primera vez, me sentí asustado; pues, de repente, se abrieron las enormes puertas de par en par, y me deslicé por entre ellas sin poder evitarlo. Tan pronto como crucé el umbral, las puertas se movieron, de nuevo, silenciosamente, dejándome encerrado en el recinto tenebroso.

«Durante un rato, me pareció flotar inmóvil, suspendido en medio de la oscuridad. Luego tuve conciencia de que me desplazaba otra vez; no podía decir hacia dónde. De repente, muy por debajo de mí, me pareció percibir un murmullo como de risa de cerdo. Se apagó, y el silencio que siguió pareció cargarse de horror. Entonces se abrió una puerta en algún lugar, delante de mí; una luz blanca, difusa, neblinosa, se filtró por ella, y me dirigí hacia allí, flotando lentamente, y entré en una habitación extrañamente familiar. De repente, sonó un chillido desconcertante, tremendo, que me ensordeció. Se alzó ante mí un espectáculo de visiones borrosas y llameantes. Mis sentidos quedaron aturdidos durante el espacio de un instante eterno. Luego recobré mi sentido de la vista. Pasó la brumosa, vertiginosa sensación, y pude ver con claridad.

PEPPER

»Me encontraba sentado en mi silla, de nuevo en este viejo estudio. Mi mirada vagó por la habitación. Durante un minuto, tuve una visión extraña, temblorosa... una visión inconsistente e irreal. Desapareció ésta, y vi que nada había cambiado. Miré hacia la última ventana: tenía la celosía apartada.

»Me puse de pie, vacilante. Al hacerlo, un leve ruido, en la dirección de la puerta, atrajo mi atención. Miré hacia allí. Por un instante, me pareció que estaba entornada. Pero al fijarme, descubrí que me había equivocado: tenía los cerrojos echados.

«Con esfuerzo, me las arreglé para llegar a la ventana y me asomé. El sol estaba saliendo, e iluminaba el enmarañado espesor de los jardines. Durante un minuto quizá permanecí de pie, mirando. Me pasé la mano por la frente, confundido.

«Luego, en medio del caos de mis sentidos, me vino a la cabeza un pensamiento; me volví rápidamente y llamé a Pepper. No obtuve respuesta. Crucé la estancia con paso inseguro, presa de un temor repentino. Mientras avanzaba, traté de pronunciar su nombre; pero mis labios permanecieron mudos. Llegué a la mesa, y me incliné sobre ella con un encogimiento de corazón. Se había echado a la sombra de ésta, razón por la cual no había podido verlo desde la ventana. Ahora, al inclinarme, se me cortó la respiración. Allí no estaba Pepper; en su lugar, había un montoncito alargado y gris de polvo ceniciento...

»He debido permanecer en esa postura medio inclinada algunos minutos. Estaba aturdido..., estupefacto. Pepper ha entrado, verdaderamente, en el reino de las sombras.

PISADAS EN EL JARDÍN

«¡Pepper ha muerto! Aun ahora, de vez en cuando, me siento incapaz de comprender que es así. Hace semanas que he vuelto de ese extraño y terrible viaje a través del espacio y el tiempo. A veces, cuando duermo, sueño con eso y recorro, en mi imaginación, todas las incidencias de este espantoso periplo. Cuando despierto, mis pensamientos se demoran en él. Aquel Sol..., aquellos Soles, ¿serían efectivamente los grandes Soles Centrales, en torno a los cuales gira todo el universo de los cielos desconocidos? ¡Quién sabe! ¡Y los brillantes glóbulos, flotando eternamente a la luz del Sol Verde! ¡Y el Mar del Sueño, por encima del cual desfilaban! ¡ Qué increíble era todo esto! De no ser por Pepper, me inclinaría a pensar, aun después de tantas cosas extraordinarias, que no ha sido otra cosa que un sueño gigantesco. Entonces, aquella nebulosa horrible, oscura (con su muchedumbre de rojas esferas) deslizándose siempre a la sombra del Sol Oscuro, que gira en una órbita prodigiosa, envuelta eternamente en tinieblas, ¡y aquellos rostros que me miraban fijamente!, Dios, ¿existen esas cosas, en realidad?... Ahí está, sin embargo, ese pequeño montón de ceniza gris, en el suelo de mi estudio. No lo tocaré.

»A veces, cuando me siento más calmado, me pregunto qué sería de los planetas exteriores del Sistema Solar. Supongo que se desprenderían de la atracción solar, y se perderían en el espacio. Esto es, naturalmente, sólo una conjetura. Hay muchas cosas para las que no encuentro respuesta.

«Ahora que estoy escribiendo, dejadme consignar aquí mi convicción de que está a punto de suceder algo horrible. Anoche ocurrió una cosa que me ha llenado de un terror aún mayor que el miedo al Pozo. Lo contaré, y si sucede algo, procuraré anotarlo en seguida. Tengo la impresión de que en este último incidente hay algo más que en todo el resto. Me siento trastornado y nervioso, aun ahora, mientras escribo. No sé por qué, pienso que la muerte no está muy lejos. No es que tenga miedo a morir..., la muerte es algo inteligible. Pero hay algo en el aire que me produce un miedo..., un horror frío, intangible. Lo noté anoche. Fue así:

«Estaba sentado aquí, en mi estudio, escribiendo. La puerta que da al jardín estaba entornada. De vez en cuando, sonaba débilmente el golpeteo metálico de la cadena del perro. He comprado un perro, después de la muerte de Pepper. Pero no quiero tenerlo dentro de la casa... después de Pepper. Con todo, me siento más tranquilo teniendo un perro cerca. Son criaturas maravillosas.

«Estaba absorto en mi trabajo, y el tiempo pasaba de prisa. De pronto, oí un suave ruido en el sendero, afuera en el jardín: pad, pad, pad, avanzaba con un ruido curioso, furtivo. Me levanté

vivamente, y me asomé a la puerta abierta. Nuevamente oí el mismo susurro: pad, pad, pad. Parecía acercarse. Con una ligera sensación de nerviosismo, miré atentamente los jardines; pero la noche lo ocultaba todo.

«Luego el perro soltó un largo aullido que me sobresaltó. Durante un minuto quizá presté atención; pero no oí nada. Poco después, cogí la pluma que había dejado, y proseguí mi trabajo. Me había tranquilizado, pues imaginaba que el ruido no era otra cosa que el perro paseando alrededor de su perrera, hasta donde alcanzaba su cadena.

«Debió de transcurrir como un cuarto de hora; luego, súbitamente, el perro volvió a aullar con acento tan plañidero, que me puse en pie de un brinco, y solté la pluma, manchando la página en la que estaba escribiendo.

«"¡Maldito perro!", refunfuñé, al ver lo que había hecho. Entonces, al tiempo que profería esta exclamación, volvió a sonar el mismo extraño pad, pad, pad. Era horriblemente cerca; casi junto a la puerta, me pareció. Ahora comprendí que no podía ser el perro; su cadena no le permitía llegar tan cerca.

»El gruñido del perro sonó otra vez, y me di cuenta, subconscientemente, de que estaba asustado.

»Fuera, en el alféizar de la ventana, pude ver a Tip, el gato de mi hermana. No había hecho más que verlo, cuando dio un brinco, con el rabo completamente erizado. Durante un instante, permaneció levantado sobre sus patas tiesas; parecía mirar algo fijamente, en dirección a la puerta. Luego, de repente, empezó a retroceder por el alféizar, hasta que llegó a la pared, y no pudo hacerlo más. Se quedó allí, rígido, como congelado, en una actitud de miedo insuperable.

«Asustado y confundido, cogí un garrote de un rincón, y me dirigí a la puerta sigilosamente, con una de las velas encendidas en la mano. Estaba ya sólo a unos pasos, cuando, súbitamente, me corrió por todo el cuerpo una extraña sensación de terror..., de terror palpitante y real; no sabía de dónde me venía, ni por qué. Tan grande fue la sensación, que no perdí tiempo; retrocedí inmediatamente, de espaldas, con los ojos atemorizadamente fijos en la puerta. Hubiera querido precipitarme sobre ella, cerrarla de golpe, y pasar el cerrojo y los pestillos; pues la había reparado y reforzado, de forma que ahora quedaba mucho más resistente que antes. Como Tip, seguí mi continuo, inconsciente retroceso, hasta que tropecé con la pared. Entonces me sobresalté, nervioso, y miré a mi alrededor con recelo. Al hacerlo, mis ojos cayeron momentáneamente en el armero, y di un paso hacia él; pero me detuve con la singular impresión de que sería inútil cualquier arma. Fuera, en los jardines, el perro gemía extrañamente.

»De pronto, el gato profirió un furioso, largo maullido. Me volví rápidamente hacia él: algo luminoso y fantasmal lo tenía cercado, permitiéndome verlo mejor. Se resolvió en una mano resplandeciente, traslúcida, con una fosforescencia verdosa alrededor de ella. El gato dio un último maullido de espanto, y lo vi convertirse en humo y en una llamarada. Se me cortó el aliento, y me apoyé contra el muro. Sobre esa parte de la ventana se extendió una mancha verdosa y fantástica. Me ocultó al ser, aunque el resplandor del fuego brilló, atenuado, a través de ella. Un hedor a carne chamuscada se filtró en la habitación.

»Pad, pad, pad... Algo cruzó el sendero del jardín, y un olor débil, mohoso, entró por la puerta abierta, mezclándose con el hedor de carne abrasada.

»El perro se había callado unos momentos. Ahora lo oí aullar agudamente, como en tono lastimero. Luego se calmó, aunque de vez en cuando emitía algún apagado quejido de temor.

«Transcurrió un minuto; la verja de poniente de los jardines se cerró de golpe, distante. Después, nada; ni siquiera el gimoteo del perro.

«Creo que seguí algunos minutos donde estaba. Luego me volvió un poco de ánimo al corazón, y me abalancé sobre la puerta, la cerré de golpe y pasé el cerrojo. Después de eso y durante media hora, permanecí sentado, incapaz de hacer nada, mirando ante mí, rígidamente.

»Poco a poco me volvió la vida, y subí temblando a mi dormitorio.

«Eso es todo.

LA ENTIDAD DE LA ARENA

»Esta mañana, temprano, he salido a los jardines; pero lo he encontrado todo como siempre. Cerca de la puerta, he examinado el sendero en busca de huellas; pero tampoco aquí he visto nada que me aclare si ha sido un sueño o no.

»Sólo cuando he ido a hablarle al perro, he descubierto una prueba irrefutable de que ha ocurrido algo. Al acercarme a su perrera, él ha permanecido dentro, acurrucado en un rincón, y he tenido que hablarle con mimo para persuadirle de que saliera. Cuando finalmente ha consentido en venir a mí, lo ha hecho de manera extrañamente acobardada y sumisa. Al acariciarlo, me ha llamado la atención una mancha verdosa en su costado izquierdo. La he examinado, y he visto que tiene el pelo y la piel aparentemente chamuscados; pues tiene una quemadura en carne viva; me recuerda la huella de una gran garra o mano.

«Me he incorporado, pensativo. Mi mirada se ha fijado entonces en la ventana del estudio. Los rayos del sol naciente incidían temblones en un bulto humeante del ángulo inferior, haciendo que fluctuase de un modo extraño entre verde y rojo. ¡Ahí, ésa era, indudablemente, otra prueba; y de repente, me ha venido a la cabeza la espantosa Entidad de anoche. He mirado al perro otra vez. Ahora sabía la causa de esa herida horrible en el costado; sabía también que lo que yo había visto anoche había sucedido realmente. Y una gran inquietud se ha apoderado de mí. ¡Pepper! ¡Tip! ¡Y ahora este pobre animal!... Al mirar al perro otra vez, he observado que se estaba lamiendo la herida.

»"¡ Pobre animal!", he murmurado, y me he inclinado a darle una palmada en la cabeza. Entonces se ha puesto de pie, me ha olisqueado y me ha lamido la mano, melancólicamente.

»A continuación, lo he dejado, ya que había otras cosas que quería atender.

«Después de la comida, he ido a verlo otra vez. Parecía tranquilo y poco dispuesto a abandonar su perrera. Por mi hermana, he sabido que ha rechazado la comida hoy. Me lo ha contado extrañada; aunque sin recelar nada raro.

»Ha pasado el día sin incidencias. Después del té, he ido otra vez a echarle una mirada al perro. Parecía triste y algo inquieto; pero no ha consentido en salir de su perrera. Antes de cerrar la casa

esta noche, he separado la perrera de la pared, a fin de poderla vigilar desde la ventana pequeña. Había pensado meterlo dentro de casa; pero cierto sentido de respeto me ha decidido a dejarlo fuera. No puedo decir que la casa sea, en el más mínimo grado, menos digna de temor que los jardines. Pepper estaba en la casa, y sin embargo...

»Son las dos. Llevo desde las ocho vigilando la perrera, apostado en la pequeña ventana lateral de mi estudio. Pero no ha ocurrido nada, y estoy demasiado cansado para seguir vigilando. Quiero irme a dormir...

»He estado inquieto toda la noche. Esto es raro en mí; pero cerca de la mañana, he conseguido conciliar el sueño unas horas.

»Me he levantado temprano y, después del desayuno, he visitado al perro. Estaba tranquilo, aunque hosco, y se ha negado a salir de la perrera. Me habría gustado tener cerca de aquí a un veterinario. Le habría llevado al pobre animal. No ha comido en todo el día, aunque ha mostrado evidentes deseos de beber...; lo ha hecho con avidez. Esto me ha tranquilizado.

»Se ha hecho de noche, y estoy en mi estudio. Me propongo seguir el plan de anoche, y vigilar la perrera. La puerta que da al jardín tiene pasado el cerrojo y los pestillos. Me alegro de veras de que las ventanas tengan esos barrotes...

»Ha pasado la noche..., la medianoche. El perro ha estado callado hasta este momento. Desde el ventanuco lateral, a mi izquierda, puedo distinguir, confusamente, la silueta de la perrera. El perro se mueve por primera vez, y oigo el repiqueteo de su cadena. Me asomo rápidamente. El animal se remueve inquieto, y percibo una pequeña mancha de luz, que brilla en el interior de la perrera. Desaparece. Luego el perro se agita y, una vez más, surge el mismo resplandor. Me siento perplejo.. El perro se tranquiliza, y puedo ver lo luminoso claramente. Destaca con toda nitidez. Hay algo en su forma que me resulta familiar. Durante un instante, me pregunto qué es; luego se me ocurre que tiene cierta semejanza con los cinco dedos de una mano. ¡Como una mano! Y recuerdo el contorno de la espantosa herida en el costado del perro. Debe de ser la herida lo que veo. Se hace luminosa por la noche... ¿Por qué? Los minutos pasan. Mi mente se obsesiona con este nuevo enigma...

»De pronto, oigo un ruido en los jardines. ¡Qué nervioso estoy! Se está acercando. Un picor insoportable me recorre la espina dorsal y me sube hasta el cuero cabelludo. El perro se agita en su perrera, y gime amedrentado. Debe de haberse dado la vuelta, pues ahora ya no veo la silueta de su herida luminosa.

»Afuera, los jardines están en silencio, una vez más, y escucho asustado. Transcurre un minuto y otro; luego oigo el apagado ruido otra vez. Está muy cerca; parece venir de la grava del camino. Es un ruido cautelosamente medido y deliberado. Cesa al otro lado de la puerta; me levanto y permanezco inmóvil. De la puerta, me llega un leve ruido: están levantando la aldaba muy despacio. Los oídos me zumban, y siento una opresión en la cabeza...

»Cae la aldaba con un agudo clic en el fiador. Este ruido me sobresalta otra vez, y hace vibrar horriblemente mis nervios tensos. A continuación, permanezco durante largo rato en medio de una calma cada vez mayor. Inesperadamente, mis rodillas comienzan a temblar, y tengo que sentarme.

«Transcurre un tiempo indeterminado, y gradualmente, empieza a pasármese la sensación de terror que me tenía atenazado. No obstante, sigo sentado. Me parece haber perdido toda capacidad de

movimiento. Me siento singularmente cansado, y a punto de adormilarme. Los ojos se me cierran y se me abren, y me duermo y me despierto a ratos.

»Es un poco más tarde. Me doy cuenta, entre sueños, de que una de las velas está goteando. Me he despertado otra vez; ahora se ha apagado, y la habitación está a oscuras, bajo la luz de la única llama que queda. La semioscuridad me preocupa poco. He perdido esa tremenda sensación de miedo, y mi único deseo creo que es dormir..., dormir.

»De repente, aunque no se oye ningún rumor, me despierto..., me despabilo completamente. Tengo viva conciencia de la proximidad de un misterio, de una abrumadora Presencia. El mismo aire parece cargado de terror. Permanezco sentado, ofuscado, y me limito a prestar atención intensamente. Sigue sin producirse ruido alguno. La propia naturaleza parece haberse petrificado. Luego la opresiva quietud se quiebra con un pequeño gemido del viento que viene a dar contra la casa, y se pierde a lo lejos.

»Dejo vagar mi mirada por la penumbra de la habitación. Junto al gran reloj del fondo se proyecta una sombra alta, oscura. Por un instante, la miro asustado. Luego veo que no es nada, y esto me produce un alivio momentáneo.

«Seguidamente, se me ocurre de pronto una idea: ¿por qué no abandono esta casa de misterio y de terror? Luego, como en respuesta, surge efímera ante mis ojos, la visión portentosa del Mar del Sueño; el Mar del Sueño donde me ha sido dado encontrarme con ella, después de años de separación y dolor. No; sé que me quedaré aquí ocurra lo que ocurra.

«Desde la ventana lateral, vigilo la densa negrura de la noche. Vuelvo la mirada hacia la habitación, y mis ojos se van demorando de objeto en objeto. De repente, me asomo a la ventana, y miro a mi derecha; contengo el aliento, y me agacho asustado al descubrir algo al otro lado de la ventana, junto a la reja. Es un enorme, brumoso rostro de cerdo, en el que fluctúa un resplandor llameante de verdosos matices. Es la Entidad de la Arena. De su boca temblona parece gotear una baba continua, fosforescente. Sus ojos observan el interior de la estancia con expresión inescrutable. De modo que yo permanezco en mi butaca, rígido..., helado.

«La Entidad ha empezado a moverse. Se vuelve lentamente hacia mí. Su rostro se enfrenta directamente conmigo. Me ve. Dos ojos enormes, inhumanos, me miran a través de la semioscuridad. Siento un terror frío; sin embargo, soy vivamente consciente, y observo que las distantes estrellas quedan oscurecidas por el volumen de este rostro gigantesco.

»Un nuevo horror se ha adueñado de mí. Me levanto de la silla, sin propósito alguno. Estoy de pie, y algo me impulsa a dirigirme hacia la puerta que da acceso a los jardines. Quiero detenerme, pero no puedo. Una fuerza inexorable domina mi voluntad, y avanzo lentamente, sin quererlo, resistiéndome. Mi mirada vaga por la habitación, y se detiene en la ventana. El enorme rostro de cerdo ha desaparecido; y oigo de nuevo el mismo ruido furtivo: pad, pad, pad. Se detiene en la puerta..., la puerta hacia la que me siento atraído...

«Sobreviene un corto, intenso silencio; luego surge un ruido. Es la aldaba al ser levantada lentamente. Yo me siento lleno de desesperación. No quiero dar un solo paso más. Hago un ímprobo esfuerzo por regresar, pero aunque lo intento con todo mi ser, hay un muro invisible detrás de mí que me lo impide. Dejo escapar un gemido, en la agonía de mi horror, y el sonido de mi voz me estremece a mí mismo. Nuevamente oigo el golpeteo, y siento que me recorre un escalofrío. Me debato..., lucho e intento retroceder, retroceder; pero es inútil...

«Estoy en la puerta y, maquinalmente, observo cómo mi mano se levanta y descorre el pestillo de arriba. Lo hace sin volición alguna por mi parte. Mientras alcanzo el pestillo, la puerta es sacudida violentamente, y percibo una nauseabunda vaharada de aire fétido que parece filtrarse por los intersticios de la puerta. Tiro del pestillo, despacio, a la vez que me debato interiormente. Sale de su hueco con un clic, y empiezo a temblar angustiado. Quedan aún el de abajo, al pie de la puerta y el cerrojo, un sólido artefacto colocado en el centro. Durante quizá un minuto, me quedo con los brazos colgándome a los lados. El influjo que me impulsa a manipular los cerrojos de la puerta parece haber desaparecido. De repente, oigo un súbito repiqueteo de hierro a mis pies. Miro rápidamente y observo, con indecible terror, que es mi pie el que descorre el pestillo de abajo. Una sensación de pavoroso desamparo se apodera de mí... El pestillo sale de su agujero con leve ruido, y me tambaleo, cogiéndome al gran cerrojo del centro para sostenerme. Transcurre un minuto, una eternidad; luego, otro... ¡Dios mío, ayúdame! Me siento impulsado a descorrerlo. ¡No quiero! Antes morir que abrirle la puerta al Terror que espera al otro lado de la puerta. ¿No hay escapatoria?... ¡Dios, ayúdame, he sacado medio cerrojo de su agujero! Mis labios profieren un alarido de terror; el cerrojo está casi fuera ahora, y mis manos inconscientes siguen empujándome hacia mi perdición. Sólo una fracción de acero se interpone entre mi alma y el Horror. Grito por segunda vez en una suprema agonía; luego, con un esfuerzo .indecible, aparto las manos. Mis ojos dejan de ver. Una inmensa negrura se abate sobre mí. La naturaleza ha venido a rescatarme. Siento ceder mis rodillas. Suena un golpe sordo contra la puerta y caigo, caigo...

»He debido de estar en el suelo lo menos un par de horas. Al recobrarme, me doy cuenta de que la otra vela se ha consumido, y que la habitación ha quedado casi totalmente a oscuras. No puedo ponerme en pie, porque estoy frío y terriblemente entumecido. Sin embargo, tengo el cerebro completamente lúcido, y no siento ya la tensión de esa impía influencia.

«Cautelosamente, me pongo de rodillas, y alargo la mano a tientas buscando el cerrojo central. Lo encuentro, y lo vuelvo a pasar; luego el pestillo del pie de la puerta. Ya soy capaz de incorporarme, y compruebo el pestillo de arriba. Después de eso, me pongo de rodillas otra vez, y me pongo en marcha a cuatro patas, entre los muebles, en dirección a la escalera. De esta manera evito que me vean desde la ventana.

«Llego a la puerta opuesta, y al salir del estudio, echo una mirada nerviosa por encima del hombro, hacia la ventana. Fuera, en la noche, me parece captar algo impalpable, pero quizá son sólo figuraciones mías. Luego salgo al pasillo y voy a la escalera.

»Al llegar a mi dormitorio, trepo a la cama, vestido como estoy, y me echo el embozo por encima. Al cabo de un rato, empiezo a recobrar un poco de confianza. Es imposible dormir; pero agradezco el calor de las mantas. A continuación, intento pensar en los sucesos de esta noche; pero, aunque no puedo dormir, me resulta inútil tratar de hilvanar dos ideas seguidas. Tengo el cerebro singularmente en blanco.

»Hacia la madrugada, empiezo a agitarme inquieto. No puedo descansar. Abandono la cama y paseo por la habitación. La fría madrugada empieza ahora a filtrarse por las ventanas, y revela la desnuda incomodidad de la vieja habitación. Es extraño que, durante todos estos años, no se me haya ocurrido pensar en lo tétrica que es esta casa. Y así pasa el tiempo.

»De algún lugar de abajo, me llega un ruido. Me acerco a la puerta del dormitorio y escucho. Es Mary, que anda en la cocina preparando el desayuno. Siento poco interés. No tengo hambre. Mis pensamientos, sin embargo, siguen prendidos en ella. Qué poco parecen inquietarla los sucesos

preternaturales que ocurren en esta casa. Salvo el incidente de las criaturas del Pozo, parece no tener conciencia de que ocurra nada fuera de lo corriente. Es vieja, como yo; no obstante, qué poco tenemos que ver el uno con el otro. No tenemos nada en común; ¿o será que, al ser viejos, nos preocupa menos la conciencia que la tranquilidad? Estas y otras cuestiones me vienen a la cabeza, cuando me pongo a meditar, y me ayudan a desviar la atención de las angustiosas tribulaciones de la noche.

»Me acerco a la ventana, la abro y me asomo. El sol está ahora por encima del horizonte, y el aire, aunque frío, es suave y susurrante. Gradualmente, mi cerebro se aclara, y me invade una sensación de seguridad. Algo más contento, bajo la escalera, y salgo al jardín a echarle una mirada al perro.

»Al acercarme a la perrera, me sale al encuentro el mismo hedor mohoso que me asaltó anoche en la puerta. Desecho una momentánea sensación de temor, y llamo al perro; pero no me hace caso, y, tras llamarlo una vez más, le tiro una piedrecita a la perrera. Entonces se remueve incómodo; lo llamo por su nombre de nuevo, pero no viene a mí. Mi hermana sale ahora y se acerca; mientras, trato de inducir al animal a que salga hablándole con cariño.

»Poco después, el pobre animal se levanta y sale tambaleándose, dando extraños bandazos. Se queda parado, al sol, balanceándose de costado a costado, parpadeando estúpidamente. Lo miro, y observo que la horrible herida se le ha hecho más grande, mucho más grande; y parece haber adquirido un aspecto blancuzco, fungoide. Mi hermana se acerca a acariciarlo, pero se lo impido, y le explico que es mejor no acercarse a él durante unos días, ya que es imposible contarle lo que le pasa. Conviene ser precavido.

»Un minuto después, se marcha ella, y vuelve con una escudilla llena de alimento, la deja en el suelo, cerca del perro, y yo la coloco a su alcance con ayuda de una rama que he arrancado de uno de los arbustos. Sin embargo, aunque la carne tiene un aspecto tentador, no le hace caso, y regresa a su perrera. Allí aún tiene agua en el bebedero, así que, tras hablar unos momentos, regresamos a la casa. Me doy cuenta de que mi hermana está intrigada sobre lo que le ocurre al animal; pero sería una solemne estupidez contarle la verdad.

»El día transcurre sin incidencias, y empieza a oscurecer. He decidido repetir mi experimento de anoche. No puedo decir que sea lo más prudente; pero lo tengo decidido. No obstante, he tomado precauciones, pues he clavado con grandes clavos un tope detrás de cada uno de los tres cerrojos, para evitar abrir la puerta del estudio que da al jardín.

»Son las dos y media. Llevo vigilando desde las diez, pero no ocurre nada. Así que me voy a la cama, donde no tardaré en quedarme dormido.

LA MANCHA LUMINOSA

»Me despierto de repente. Todavía es de noche. Doy una vuelta o dos, tratando de conciliar el sueño otra vez, pero no puedo. Me duele la cabeza ligeramente, y siento frío y calor alternativamente. Un poco después, renuncio a seguir intentándolo, y alargo la mano en busca de los fósforos. Quiero encender la palmatoria y leer un poco, quizá consiga dormir dentro de un rato. Durante unos momentos, busco a tientas los fósforos; luego mi mano tropieza con la caja; pero al abrirla, me llevo un sobresalto al ver una mancha luminosa brillando en medio de la oscuridad. Saco mi otra mano y la toco. Está en mi muñeca. Con una vaga sensación de alarma, enciendo un fósforo apresuradamente, y me la miro; pero no veo nada, aparte de un pequeño rasguño.

«"¡Figuraciones!", murmuro con medio suspiro de alivio. Luego el fósforo me quema los dedos, y lo suelto rápidamente. Mientras busco torpemente otro, observo la mancha que brilla otra vez. Ahora sé que no son figuraciones. Esta vez enciendo una vela y me examino la muñeca con más atención. Tengo una ligera decoloración verdosa alrededor del rasguño. Me siento preocupado y perplejo. Me viene una idea a la cabeza. Recuerdo la mañana siguiente a la aparición de la Entidad. Recuerdo que el perro me lamió la mano. Fue ésta, la del rasguño; aunque no tenía noción de arañazo alguno hasta ahora. Un miedo horrible se ha adueñado de mí, y me socava el cerebro: la herida del perro también brilla en la oscuridad. Con una sensación de aturdimiento, me siento en la cama y trato de pensar; pero no puedo. Mi cabeza parece obnubilada por el puro horror de esta nueva aprensión.

»El tiempo transcurre sin sentir. Me levanto, y trato de persuadirme a mí mismo de que estoy equivocado; pero es inútil. En el fondo, no tengo la menor duda. Hora tras hora, permanezco sentado en la oscuridad, en silencio, y tiemblo de desesperación.

»Ha transcurrido el día, y es de noche otra vez.

»Esta madrugada le he pegado un tiro al perro y lo he enterrado entre los arbustos. Mi hermana se ha sobresaltado; pero estoy desesperado. Además, es mejor así. La horrenda excrecencia casi le había cubierto el costado izquierdo. En cuanto a mí, la mancha de la muñeca ha aumentado perceptiblemente. Varias veces me he sorprendido a mí mismo rezando pequeñas jaculatorias aprendidas de niño. ¡Dios, Dios Omnipotente, ayúdame! Me volveré loco.

»Han transcurrido seis días, y no he comido nada. Es de noche. Estoy sentado en mi butaca. ¡Ah, Dios! Me pregunto si ha sentido nadie jamás el horror de la vida que he llegado a conocer. Estoy ahogado de terror. Siento crecer continuamente el fuego de esta espantosa excrecencia. Me ha

cubierto todo el brazo derecho y el costado, y empieza a extenderse por el cuello. Mañana habrá mordido en mi cara. Me convertiré en una horrible masa de corrupción viviente. No hay escapatoria. Sin embargo, se me ocurre una idea, ahora que veo el armero, al otro lado de la habitación. Lo miro otra vez con el más extraño de los sentimientos. La idea va tomando cuerpo en mi espíritu. Dios, Tú sabes, Tú debes saber que la muerte es mejor, sí, mil veces mejor que Esto. ¡Esto! ¡Jesús, perdóname, pero no puedo vivir así, no puedo, no puedo! ¡No me atrevo! No existe ninguna ayuda para mí... y no se puede hacer otra cosa. Al menos, me evitaré el horror final...

»Creo que me he adormilado. Me siento muy débil y muy desdichado; muy desdichado; y cansado..., cansado. Él susurro del papel me irrita el cerebro. Mis oídos parecen haberse vuelto hipersensibles. Seguiré un rato sentado y pensaré...

»¡Chissst! Oigo algo abajo..., abajo en los sótanos. Ha sido un crujido. ¡Dios mío!, ¿será que han abierto la gran trampa de roble? ¿Quién puede hacer una cosa así? El rasgueo de la pluma me resulta ensordecedor...; debo escuchar... Oigo pasos en la escalera; pasos extraños, apagados, que suben... (Jesús, sé piadoso conmigo, con este anciano! ¡Oh, Dios, ayúdame! ¡Jesús! La puerta se abre... lentamente... Alg...»

Eso es todo.

NOTA. Arrancando de la palabra sin terminar, se observa en el Manuscrito una débil línea de tinta, que sugiere que la pluma se deslizó en el papel, posiblemente debido al miedo y la debilidad. (El Edit.)

CONCLUSIÓN

Dejé el Manuscrito, y dirigí una mirada a Tonnison: estaba sentado, con los ojos vueltos hacia la oscuridad de la noche. Aguardé un minuto; luego dije:

—¿Y bien?

El se volvió lentamente y me miró. Sus pensamientos parecían estar muy lejos.

—¿Estaba loco? —pregunté, y señalé el Manuscrito con un gesto de cabeza.

Tonnison me miró un instante sin verme; luego volvió en sí, y de repente, comprendió mi pregunta.

—¡No! —exclamó.

Abrí la boca para manifestarle mi opinión contraria, pues mi sentido de la sensatez de las cosas no me permitía aceptar la historia literalmente; pero la cerré otra vez, sin decir nada. De alguna manera, la firmeza de la voz de Tonnison despertó mis dudas. Inmediatamente me sentí menos seguro; aunque no me había convencido ni mucho menos. Tras unos momentos de silencio, Tonnison se levantó, rígido, y empezó a desvestirse. Parecía poco dispuesto a la conversación; así que no dije nada, y seguí su ejemplo. Estaba cansado, aunque imbuido todavía por la historia que acababa de leer.

De alguna manera, mientras me envolvía en las mantas, me vino a la mente la imagen de los viejos jardines, tal como los habíamos visto. Recordé el temor singular que el paraje había suscitado en nuestros corazones, y empecé a sentir la convicción de que Tonnison estaba en lo cierto. Era muy tarde cuando me levanté: casi mediodía; la mayor parte de la noche la había pasado leyendo el Manuscrito.

Tonnison estaba de mal humor, y yo me sentía apesadumbrado. Era un día algo lúgubre, y había una brizna de frío en el aire. Ninguno de los dos hablamos de salir a pasear. Comimos, y después nos sentamos a fumar en silencio. Luego Tonnison me pidió el Manuscrito; se lo tendí, y se pasó casi toda la tarde enfrascado en su lectura. Mientras estuvo entregado a esta actividad, a mí se me ocurrió una idea.

—¿Qué te parece si echamos otra mirada a...? —hice un gesto hacia el río.

Tonnison alzó los ojos.

—¡Ni hablar de eso! —dijo secamente; y en cierto modo, me sentí menos contrariado que aliviado ante tal respuesta. Así que le dejé en paz.

Poco antes del té, levantó la vista y me miró curioso.

—Lo siento, muchacho; he estado un poco seco contigo ahora —(¡vaya, conque ahora!; llevaba tres horas sin dirigirme la palabra)—; pero no volvería allí otra vez —e hizo una indicación con la cabeza— por mucho que me ofrecieran. ¡Uf! —y dejó a un lado la crónica de los terrores y esperanzas y desesperaciones de un solitario.

A la mañana siguiente, nos levantamos temprano y nos dimos nuestro baño acostumbrado en el río: nos habíamos librado parcialmente de la depresión del día anterior; así que cogimos las cañas al terminar de desayunar, y pasamos el día dedicados a nuestro deporte favorito. Después de ese día, disfrutamos de las vacaciones al máximo; aunque los dos pensábamos en el momento en que debía llegar nuestro cochero, pues estábamos deseosos de hacerle un montón de preguntas y de pedirle que indagara entre las gentes de la aldea si había alguien que pudiera informarnos sobre aquel extraño jardín, situado en el corazón de una zona casi desconocida del país.

Finalmente, llegó el día que habíamos acordado para que el cochero pasase a recogernos. Llegó temprano; estábamos aún acostados, y lo primero que hizo fue abrir la tienda y preguntar si habíamos tenido buena pesca. Contestamos que sí; y luego, los dos a la vez, casi al unísono, le hicimos la pregunta que más atormentaba a nuestras mentes: ¿Sabía algo sobre un antiguo jardín, y un pozo enorme, con un lago, situado a unas millas río abajo, y había oído hablar de una enorme casa que se encontraba allí cerca?

No; no sabía nada; aunque, un momento, había oído un rumor, hacía mucho tiempo, acerca de una vieja casa solitaria en mitad de esta región desértica; pero, si no recordaba mal, era un paraje encantado; o, si no era así, estaba seguro de que había habido algo «raro» sobre él; en cualquier caso, no había oído contar nada desde hacía muchísimo tiempo..., desde que era un crío. No, no recordaba nada particular; y efectivamente, no recordaba nada, «en absoluto, en absoluto», hasta que le interrogamos.

—Escuche —dijo Tonnison, viendo que era todo lo que podía decirnos—, dése una vuelta por el pueblo, mientras nos vestimos, y trate de averiguar algo si puede.

Con un vago saludo, se fue nuestro hombre a cumplir el encargo, mientras nosotros nos apresurábamos a enfundarnos en nuestras ropas; después de lo cual, empezamos a preparar el desayuno. Y estábamos sentados desayunando, cuando regresó.

—Aún están en la cama los condenados perezosos, señor —dijo, repitiendo el saludo, y lanzando una mirada apreciativa a la succulenta comida desplegada sobre la cesta de las provisiones, que utilizábamos a modo de mesa.

—¡Ah, bien!, siéntese —contestó mi amigo—; tome algo con nosotros.

El hombre obedeció sin dilación.

Después de desayunar, Tonnison le envió otra vez a cumplir el mismo encargo, mientras nosotros nos quedábamos sentados fumando. Estuvo ausente unos tres cuartos de hora, y cuando regresó, traía cara de haber averiguado algo. Al parecer, había entablado conversación con un anciano del pueblo, quien, probablemente, sabía más —aunque no mucho— sobre la extraña casa que ninguna otra persona viviente.

Lo que sacó en claro de esta charla fue que, en los años mozos de este «anciano» —sabe Dios cuánto tiempo hacía de eso—, existía un caserón muy grande en el centro de los jardines, donde ahora sólo quedaban algunas ruinas. Esta casa había permanecido vacía durante mucho tiempo, años antes de que naciese él —el anciano—. Era un lugar que las gentes del pueblo evitaban, como habían hecho sus padres antes que ellos. Se contaban de ella muchísimas historias, todas ellas malas. Nadie se había acercado allí jamás, ni de día ni de noche. En el pueblo era sinónimo de todo lo impío y espantoso.

Luego, un día, pasó un hombre por el pueblo, un extranjero, y le vieron coger el camino del río en dirección a la Casa, como siempre la han llamado los aldeanos. Unas horas después, pasó de regreso en la misma dirección que había venido hacia Ardrahan. Luego, durante tres meses o así, no se oyó decir nada. Al final de ese tiempo, reapareció; pero ahora venía acompañado de una mujer mayor, y gran número de asnos cargados con diversos bultos. Pasaron por el pueblo sin detenerse, y tomaron directamente la ribera del río, en dirección a la Casa,

Desde entonces, nadie les volvió a ver, salvo un hombre de Ardrahan, al que había encargado que les llevase mensualmente las provisiones necesarias; en cuanto a este hombre, nadie logró sonsacarle una palabra; evidentemente, le pagaban bien por su trabajo.

Transcurrieron los años sin incidentes dignos de mención en la pequeña aldea, y el hombre efectuaba sus viajes a la Casa con regularidad.

Un día, como siempre, pasó, en cumplimiento de su encargo acostumbrado. Cruzó el pueblo sin cambiar con sus habitantes otra cosa que un hosco saludo con la cabeza, y prosiguió hacia la Casa. Normalmente, se hacía de noche antes de que pasara de regreso. En esta ocasión, sin embargo, reapareció en el pueblo pocas horas más tarde, en un extraordinario estado de agitación, y con la asombrosa información de que la Casa había desaparecido totalmente, y que ahora se abría un tremendo pozo en su lugar.

Esta noticia, al parecer, excitó la curiosidad de los aldeanos, que, venciendo sus temores, se dirigieron al lugar. Allí lo encontraron todo tal como lo había descrito el carretero.

Y esto es cuanto hemos podido saber. Del autor del Manuscrito, quién era y de dónde venía, no sabemos nada. Su identidad, como él mismo parece que deseaba, ha quedado enterrada para siempre.

Ese mismo día abandonamos el solitario pueblo de Kraighten. Desde entonces no hemos vuelto por allí.

A veces, en mis sueños, veo el pozo gigantesco rodeado de árboles y arbustos. El rumor del agua se eleva y se mezcla —en mis sueños— con otros ruidos más bajos, mientras que, por encima, se extiende el eterno sudario de agua pulverizada.